

EL «QUIEBRE EPOCAL» Y LA CONCIENCIA DE NACIÓN

ASDRÚBAL AGUIAR

Prólogo de José Rodríguez Iturbe



Editorial Jurídica Venezolana Internacional

Miami, 2023



idea

INICIATIVA DEMOCRÁTICA DE ESPAÑA Y LAS AMÉRICAS

**EL “QUIEBRE EPOCAL” Y
LA CONCIENCIA DE NACIÓN**

ASDRÚBAL AGUIAR

Miembro Correspondiente de la Real Academia Hispanoamericana
de Ciencias Artes y Letras de España
y Miembro de Honor de la Academia de Mérida

**EL «QUIEBRE EPOCAL» Y
LA CONCIENCIA DE NACIÓN**



 **Ediciones EJV International**

2023

© Asdrúbal Aguiar
Email: asdrubalaguiar@yahoo.es
ISBN: 979-8-88680-242-9

Editado por: Editorial Jurídica Venezolana
Avda. Francisco Solano López, Torre Oasis, P.B., Local 4,
Sabana Grande, Caracas, Venezuela
Apartado 17.598 – Caracas, 1015, Venezuela
Teléfono 58-0212-762.25.53, 762.38.42. Fax. 763.5239
<http://www.editorialjuridicavenezolana.com.ve>

Impreso por: Lightning Source, an INGRAM Content company
para Editorial Jurídica Venezolana International Inc.
Panamá, República de Panamá.
Email: ejvinternational@gmail.com

Diseño de Portada: Lucía Cerboni

Diagramación, composición y montaje por: Mirna Pinto,
en letra Garamond, 14 Interlineado: Exacto 15, Mancha 11,5 x 18

Otros libros recientes del autor

- *La Conciencia de Nación: Reconstrucción de las raíces venezolanas*, Miami, Editorial Jurídica Venezolana / Academia de Mérida (152 pp.)
- *La Carta Democrática Interamericana: Veinte años de violaciones en Venezuela*, con Allan R. Brewer Carías, Miami, Iniciativa Democrática de España y las Américas (IDEA)/ Editorial Jurídica Venezolana (218 pp.)
- *Los principios de la democracia y la reelección presidencial indefinida*, con Allan R. Brewer Carías (Editores), Miami, Iniciativa Democrática de España y las Américas (IDEA) / Editorial Jurídica Venezolana, 2021 (896 pp.)
- *Código de Derecho Internacional*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, Tercera edición digital, 2021 (611 pp.) ISBN 980-244-415-4; Miami, UCAB/ Editorial Jurídica Venezolana, Tercera edición impresa (611 pp.)
- *El viaje moderno llega a su final (Hacia el orden global de la dispersión)*, Miami, Iniciativa Democrática de España y las Américas (IDEA) / Editorial Jurídica Venezolana, Colección Estudios Políticos, 2021 (321 pp.)
- *La mano de Dios. Huellas de la Venezuela extraviada*, Caracas, Editorial Jurídica Venezolana International, 2020 (307 pp.)
- *Fake News ¿Amenaza para la democracia?*, con Luis Almagro, César Cansino y Ricardo Trotti, Miami/Panamá, Miami Dade College / Editorial Jurídica Venezolana International, 2020 (152 pp.)
- *De la pequeña Venecia a la disolución de las certezas*, Panamá, Editorial Jurídica Venezolana International, Colección Estudios Políticos N°23, 2020 (411 pp.)
- *Crónicas de Facundo (Bajo la usurpación de Nicolás Maduro)*, Panamá, Editorial Jurídica Venezolana International, Colección Estudios Políticos N°22, 2020 (663 pp.)

¿Qué es la patria? Un pedazo de tierra bajo un pedazo de cielo: la tierra en que nacimos y el cielo bajo el cual queremos morir; tierra y cielo a cuya imagen y semejanza nos ha modelado la naturaleza y que, por esto mismo, guardan con nuestro corazón, con nuestra alma, con nuestra sangre y nuestros huesos, las más fuertes, las más profundas, las más tiernas y misteriosas armonías”.

Pbro. Dr. Carlos Borges (1867-1932)*

“Una crisis profunda que tal vez sea el prolegómeno de una nueva era, probablemente ni siquiera una nueva época histórica, sino una nueva etapa geo - bio - morfológica en la evolución de la humanidad”.

Juan Carlos Puig, Doctrinas internacionales y autonomía latinoamericana, 1980

“El orden terreno, el orden de la tierra, se compone de cosas que adquieren una forma duradera y crean un entorno estable donde habitar. Son esas «cosas del mundo», en el sentido de Hanna Arendt, a las que corresponde la misión de «estabilizar la vida humana». Ellas le dan un sostén. El orden terreno está siendo sustituido por el orden digital. Este desnaturaliza las cosas del mundo... Hoy nos encontramos en la transición de la era de las cosas a la era de las no-cosas... Ya no habitamos la tierra y el cielo sino Google Earth y la nube”.

Byun-Chull Han. No-cosas. Quiebras del mundo de hoy, 2021

* Del discurso de Mons. Dr. José Humberto Quintero, arzobispo Coadjutor de Mérida, ante las cenizas del sacerdote y eminente literato caraqueño, el 2 de marzo de 1953.

*A Mariela,
compañera vigilante durante nuestra ya larga travesía,
con amor infinito*

*Celebrando la responsabilidad que no cede,
la de los hijos que son obra propia, como debe ser,
sin que hayan dejado atrás a sus raíces*

*Agradeciendo a la Providencia el don de los nietos,
Camila Alessandra, Alexandra, Frank Raúl, Filippo Andrea*

*A mis amados hermanos, a la memoria del que se nos adelantó
hacia la Casa del Padre, desde la distancia que no nos separa*

CONTENIDO

PRESENTACIÓN de José RODRÍGUEZ ITURBE

- EL «QUIEBRE EPOCAL». DESAFÍOS DEL HUMANISMO EN OCCIDENTE
- CIUDAD-NACIÓN Y GLOBALIZACIÓN: ENTRE LA RAZÓN DEMOCRÁTICA Y LA TÉCNICA
- LA CONCIENCIA DE NACIÓN: RECONSTRUCCIÓN DE LAS RAÍCES VENEZOLANAS
- DESPERTARÁ OCCIDENTE DESPUÉS DE LA GUERRA
- LA INDEPENDENCIA DE ISRAEL, UN DESAFÍO INTELECTUAL PARA OCCIDENTE TRAS LA GUERRA EN UCRANIA
- LA DEMOCRACIA OCCIDENTAL TRAS EL FLAGELO DE LA GUERRA

APÉNDICE

- MANIFIESTO DEL GRUPO IDEA SOBRE LA DEMOCRACIA Y LA LIBERTAD EN LA ERA DIGITAL Y DE LA SOSTENIBILIDAD LUEGO DE LA IX CUMBRE DE LAS AMÉRICAS, USA, 2022

PRESENTACIÓN

Asdrúbal Aguiar ha escrito un libro, *El quiebre epocal y la conciencia de nación*, destinado a alimentar la reflexión y el debate, sobre todo de las jóvenes generaciones que tendrán la responsabilidad de construir el tiempo por venir.

En el caso de Venezuela, su patria, nuestra patria, la *conciencia de nación* es elemento indispensable para la reconstrucción de la República. El *vivere civile* resulta imposible sin la compartida vivencia ciudadana de integrar una comunidad con raíces históricas que superan a toda tragedia; y, más aún, con raíces históricas sin cuya actualizada vitalidad será imposible superar la terrible tragedia que nos deconstruye desde hace ya casi un cuarto de siglo.

La deconstrucción ha sido un empeño deliberado de la anti-patria. Por tanto, el fortalecimiento y la proyección de la conciencia de nación resulta fundamento necesario del empeño por deslustrar el existir republicano de las escorias corrosivas de un tiempo de ignominias. Ese tiempo ya largo de degradación y desvergüenzas ha coincidido con un quiebre epocal que se alarga, como la siesta de una boa, indicando que la recuperación de la conciencia de nación y la reconstrucción de la República no pueden estar marcados históricamente por una imposible vuelta al pasado. Sin Nación no hay República. Pero es el reto del mañana y no la nostalgia del ayer la que debe guiar el compromiso y el esfuerzo del hoy.

Para entender este libro de Asdrúbal Aguiar hay que hacer referencia al quiebre epocal, para lograr cabal comprensión del contexto cultural-histórico en el cual debe realizarse la tarea hermosa, pero larga y difícil, de superación de la deconstrucción mediante el redescubrimiento y la reformulación de nuestra conciencia de nación.

La reconstrucción material de Venezuela será, sin duda, tarea inmediata y sin pausa en cuanto concluya el tiempo de las sombras. Pero más necesaria, continua y prolongada, será, durante el tiempo de varias generaciones, la reconstrucción cultural y espiritual de la patria.

¿Cómo entender el quiebre epocal?

No es algo que se circunscriba a lo estrictamente venezolano. Resulta de un fenómeno universal, con particular relevancia en el llamado mundo de Occidente. Lo que tuvo vigencia creciente durante cuatro siglos parece que ya no da más.

El énfasis negativo de la última etapa de un tiempo que se caracterizó por la manifestación, arrogante y militante, de la fe en el hombre, tomando lo humano como causa y fin de sí, parece encontrar, en la actualidad, su delta en las manifestaciones más insólitas del anti-humanismo. El culto al hombre prometeico ha terminado en la radicalidad anti-humana.

Prometeo, el de la tragedia de Esquilo, descargó sus blasfemias, en medio de su tormento, contra todos los dioses. La postmodernidad es la etapa posterior (o conclusiva, como se quiera) de la modernidad. Los supuestos filosóficos (sobre todo antropológicos) de la modernidad alcanzaron su desarrollo extremo en la postmodernidad. El gran debate cultural del presente no es otro que el que se libra entre quienes afirman la inmortalidad de la civilización que está muriendo, y ven, además, su evolución progresista en el desarrollo de lo anti humano y transhumano; y quienes, por el contrario, consideran que solo replanteándose los supuestos filosóficos de base del mundo que concluye, haciendo una cruda valoración crítica de su huella y de sus

resultados históricos, puede formularse una propuesta alternativa y abordarse la tarea, cultural y política, de la construcción de un mundo mejor, en el cual la dignidad de lo humano esté revalorada, reconocida y protegida.

No es un debate apacible. Como no es apacible el tiempo de la caducidad cultural de toda una época. Es un debate en el cual la que ha sido hasta ahora cultura dominante pretende imponer, en los estertores de su agonía, ya no con la razón sino con la fuerza, una dogmática ideológica que, según sus nuncios y defensores, expresa los rasgos del mundo por venir, sin que sea admisible, según ellos, presentar una posible fisonomía distinta.

No es apacible, porque el debate sobre el fin de la modernidad y la postmodernidad no se agota en el campo de lo simplemente conceptual, sino que se proyecta en el ámbito de lo político, mostrando, una vez más, cómo las ideas configuran y mueven la historia, como aventura de la libertad en el tiempo.

La relectura crítica del tiempo en que el hombre ha jugado a ser sustituto de Dios es clave para intentar, desde las cenizas de ese tiempo, el renacimiento de la cultura y sentar las bases de una nueva civilización. No se trata de volver hacia atrás, sino de intentar caminar hacia adelante, porque el destino de la humanidad no está condenado, *sine die*, a permanecer en el cepo de los descaminos de los últimos tiempos. No se trata, tampoco, de condenar al basurero de la historia, ni filosófica ni políticamente, como un todo, a la modernidad y la postmodernidad. Junto a elementos intelectuales y sociales que no pueden merecer alabanza, por sus frutos históricos, se encuentran elementos positivos: siempre es posible un diálogo con la cultura dominante, procurando resaltar lo positivo que en ella se encuentre para integrarlo en la base conceptual del tiempo por venir.

Después de un siglo trágico como el siglo XX, con la aparición histórica de los totalitarismos (de la clase, de la nación, de la raza) y estallidos bélicos de una dimensión sin precedentes, pareciera que la reflexión filosófica y política debe ocuparse de la

consideración del futuro. Todavía más cuanto que presenciamos ahora otro aldabonazo de la guerra en Ucrania, como suerte de nuevo encontronazo entre Oriente y Occidente.

Estamos presenciando en la actualidad un escenario en el cual la temática propiamente política tiene un telón de fondo cultural. Si la batalla es cultural, parece que ella resulta globalmente cultural. Desde hace décadas se intenta, por la vía de la secularización total, la aniquilación de una *Weltanschauung* de inspiración judeocristiana. La afirmación de una concepción del mundo y de la vida de raíz judeocristiana, supone, de entrada, un aporte que incluye el rechazo del fanatismo agresivo de la secularización total, que ha exigido y exige, como punto de partida, la separación del hombre con Dios. Pero no solo eso. El globalismo actual, fase superior del maquiavelismo, separa la moral de la política, con lo cual degrada todo ejercicio de participación en los asuntos públicos y desvanece el sentido mismo de ciudadanía.

Para la recuperación, fortalecimiento y proyección de la conciencia de nación como se la plantea en este libro necesitamos captar con claridad que la crisis epocal es el final del tiempo del hombre prometeico. De allí que ambos temas se integren en aquél, dentro de una pertinente reflexión metodológica.

El hombre prometeico es resultado no solo de la ignorancia de Dios, sino de la negación cultural y existencial de Dios; y de la pretensión de querer entender y realizar el desarrollo perfectivo de la persona humana prescindiendo de su causa eficiente y su fin último. Mejor dicho, una maniobra de sustitución de lo divino por lo humano, que teóricamente debía haber producido la exaltación sublime de lo humano, ha producido, en realidad, su pérdida y degradación a niveles impensados y sin precedentes.

La secularización de lo sagrado y la sacralización de lo secular humano ha sido el resultado. Fue la consecuencia de la relativización de lo absoluto y la paralela absolutización de lo relativo. Estamos viendo, en la coyuntura de cambio epocal, los frutos de la triple reducción hegeliana: de lo trascendente a lo inmanente, de

lo sobrenatural a lo natural humano y de la teología a la política. El fruto histórico de la saga del hombre prometeico, de la modernidad a la postmodernidad, no es otro que la manifestación polimórfica de lo antihumano.

Saber que la gran batalla cultural y espiritual por la conciencia de nación debe darse en un marco de quiebre epocal requiere una objetiva visión y comprensión de la realidad. La realidad no puede fabricarse con una arquitectura de conceptos. La realidad de lo humano es algo más profundo. La realidad, que la conducta humana debe conocer, respetar y dominar, y, en cierto sentido, transformar, presenta a la persona humana con su capacidad creadora de causa segunda.

El hombre puede, como tal, regirse y regir. Pero no en los términos y las proyecciones de la autoconciencia cartesiana o del panteísmo hegeliano. Ni la autoconciencia ni el panteísmo son, para la persona humana, garantía de gobernabilidad propia o ajena. Lo distintivo de lo humano (la razón, la voluntad, los sentimientos) no admite encasillamientos conceptuales, sino a riesgo de que éstos mutilen la más profunda dimensión propia.

Desde el mundo descrito figurativamente por George Orwell en *1984* es fácil hacer referencia a una conceptualización en contravención con la realidad, impuesta por la tiranía del pensamiento único: amor como odio, guerra como paz, etc. Ello muestra que la búsqueda de sentido es totalmente incompatible con la manipulación nominalista. La racionalidad verdadera, la *recta ratio* que lleva a la elección de la bondad debida en la búsqueda del desarrollo perfectivo de la persona, resulta incomprensible a quien sólo admita los criterios de acción como generados por su propia realidad egocéntrica.

La conducta incierta, impredecible, incontrolada, de ciertas élites con capacidad de generar narrativas de gran influencia y larga permanencia ha provocado en la actualidad no la superación de la crisis que el inmanentismo alérgico a toda trascendencia ha causado, sino su letárgico permanecer en él. Esas son élites

con un sentido monopólico del poder. La perspectiva mítica, de no pocos de sus supuestos, aunque no se hayan éstos proyectado en la realidad histórica, no han tenido superación alguna en sus planteamientos. Pero ellos, a pesar de sus fracasos como profetas de un nuevo orden, no se detienen, ni se retiran.

Resultan absolutamente reacias a la alternabilidad esas élites ciertas, si esta los afecta como estamento rector o dirigente. Sus narrativas, inicialmente de factura apocalíptica, fueron diseñadas para potenciar ideológicamente los resortes de la angustia y del miedo. En ellas hay mucho de melodrama y poco de pensamiento serio. Mucha pseudociencia y poca ciencia verdadera. Mucha superficialidad pseudo-psicológica y poca filosofía. Y, sobre todo, una ignorancia teológica abismal. Algunos (inconscientemente, porque jamás han leído a Hegel) llegan proclamar como realidad cultural imperante, con rango de verdad apodíctica, la sustitución de la teología por la filosofía. Y así, la ciencia de Dios, cualquier intento de sustituirla por la ciencia humana, deja, y seguirá dejando, una sensación de vacío, una percepción de la relatividad de todo, un ayuno alérgico a la verdad, retozante en el escepticismo.

Se ha llegado así a la pérdida de la conciencia de la propia dignidad humana. Se pintan sustitutos de Dios. Consideran excelencia lúdica jugar a ser dioses. El *Geist* hegeliano haciéndose en la historia, en una espiral infinita del progreso movida por una dialéctica lucha de contrarios, parece encontrar múltiples sucedáneos en quienes siguen aspirando a tener en sus manos la clave genética del ser, y, sobre todo, la clave “científica” del devenir histórico.

El anti-humanismo post moderno tiene su fuente en la pérdida efectiva de la capacidad humana de tener conciencia, con sus falencias, de las dimensiones limitadas de la humana condición. El “fruto” antropológico de la postmodernidad es la pérdida del hombre por el hombre mismo. No se reconoce (o no quiere reconocerse) como persona, afirmando la atribución de personalidad a multitud de seres irracionales. Negando los dere-

chos subjetivos de la persona humana, libra a menudo batalla tras batalla para que esos derechos sean reconocidos a los animales, a las plantas y a las cosas.

La motivación radical del cambio cultural que supone la superación de la postmodernidad es la reconquista respetuosa y valorativa de lo humano. La afirmación del humanismo y el rechazo del anti-humanismo también están en la vía de la redignificación del coexistir societario, y también, en consecuencia, de la redignificación de la política.

La superación del escepticismo y del nihilismo, como vertientes teóricas y como actitudes prácticas, existenciales, conlleva la afirmación de una cultura sin ascos a principios universales y absolutos, a una afirmación intelectual del carácter creatural de lo humano, a un reconocimiento de lo normativo ético como lo distintivo de la conducta personal humana y a la exigencia de un Dios —Personal, Trascendente, Creador, Redentor, Remunerador—. Son elementos imprescindibles para la concepción y afirmación de un orden personal y comunitario. De no ser así, se caería en la hipótesis de la anarquía, antagónica con la recta razón. La anarquía, como negación de cualquier orden y de la visión de la autoridad como alienante.

Sin recursos culturales y espirituales la sociedad se aboca, necesariamente, a una crisis profunda por falta de *auctoritas* reconocida y aceptada. La crisis de legitimación, desde tal óptica, exige nuevas narrativas que permitan la nueva legitimación. Nuevas narrativas suponen, en el mejor de los casos, nuevos valores; y, en todo caso, un planteamiento que, incluya o no aspectos culturales y espirituales, siempre supondrá cambios materiales tendentes más al bienestar que al bien ser. Si esas nuevas narrativas constituyen solo una elaboración ideológica en función de una estrategia de poder, podría suponerse que las crisis de legitimidad están declaradas y sostenidas también por razones ideológicas y que no resultan castamente ajenas a las ambiciones de poder.

Crisis cultural, crisis moral, crisis material. He allí la trilogía de referencias mutuas en el marco de la crisis de la postmodernidad, con su inevitable proyección sociopolítica.

El riesgo de la crisis está en la incertidumbre sobre las vías de su superación. No hay medicina o tratamiento garantizado, por más acertado que este parezca. Siempre será un reto humano: una respuesta, responsable o no, sobre el consciente uso de la libertad en el tiempo.

El riesgo de la crisis muestra la inevitabilidad de la incertidumbre. Los historicismos totalitarios se caracterizaron por la soberbia afirmación de tener la clave de la historia. Ella les permitía no solo dar una coherente (en apariencia, y casi siempre mítica) explicación del pasado, sino, además, dar principalmente (de allí su fanática soberbia que les permitía no solo rechazar sino despreciar al contrincante) una visión segura, inalterada e inmutable del mañana a construir. La libertad solo encontraría su cauce en la ruta ya predicha de la historia. Y esa ya predicha aventura de la libertad en el tiempo encontraría la calificación de científica, en cuanto se consideraba la predicción como de objetiva y universal validez.

Las mitologías políticas proclaman, sin cesar, un orden novedoso y saneado. No es verdad. Porque ellas mismas representan la postmodernidad que dicen superar.

La parálisis institucional ha resultado patología común en sociedades de diverso nivel de desarrollo. Venezuela es un ejemplo paradigmático. La política se vuelve incoherente; y, por ello, incomprendible. Y cuando se requerirían grandes estadistas para enfrentar los retos del presente y la construcción sensata del mañana, los liderazgos resultan enanos. Todo ello muestra la crisis epocal. No es una idea, ni un prejuicio. Es algo palpable, humanamente visible.

Le esclerosis del Estado del Bienestar mueve la ilusión del cambio. Muchos lo consideran necesario; pero no saben para qué, ni hacia dónde. Aparentemente, al no cuestionarse la caren-

cia de bases éticas de la postmodernidad, la corrupción en la gestión de los espacios públicos no solo no disminuye, sino que se amplía gigantescamente.

No se trata de mirar nostálgicamente hacia el pasado. El pasado ya pasó. La historia no se repite. A pesar de la sentencia de Karl Marx que señala que sí: primero como tragedia; y, luego, como farsa. Tampoco se trata de ir a la búsqueda del tiempo perdido, como en la ficción de Marcel Proust. Se trata de encontrar de nuevo la ruta perdida de lo humano. Se trata de afirmar coherentemente un humanismo abierto a la trascendencia; un humanismo que encuentre en Dios la base de la dignidad de lo humano.

Esa construcción de la nueva cultura requiere continuidad y tiempo. Del reconocimiento de la necesidad del cambio a su logro para bien, va un trecho no corto. Lo que muestra su desgaste y lo que procura abrirse paso comparten un mismo tiempo histórico, incluso y a pesar de la observación que hace Asdrúbal Aguiar, refiriéndose al “novedoso ecosistema que, a partir de lo digital y de la inteligencia artificial, le quita sentido al espacio o a la «lugarización» en beneficio de la virtualidad; tanto como deva-lúa al tiempo, forjador de costumbres y tradiciones, para darle imperio a lo instantáneo”.

Si algo está comprobado, en todo caso, es que la desesperación no es revolucionaria. También que el optimismo a lo panglossiano y el tecnocratismo cientificista no pueden pasar de su simple enunciado al toparse cara a cara con la frustración, el desencanto, el vacío y el pesimismo del ya deteriorado hombre prometeico. Cuando la nostalgia de una cierta calma y seguridad del pasado llena las expectativas de una sociedad en vista de los descabros que la oprimen, pareciera que se ha llegado a la conciencia de la caducidad del dogmatismo moderno y postmoderno y que ha llegado el tiempo de rehacer.

El narcisismo yacente en la exaltación radical de la autoconciencia cartesiana poco podrá aportar al renacimiento humanista del futuro. Sin embargo, en las formas más sutiles del individualismo extremo, en los intentos de llevar a fronteras anarquistas los planteamientos del liberalismo histórico, está destilado, gota a gota, el licor embriagador de las utopías canceladoras del sentido común y de todo sentido. Ese neo-narcisismo se aboca al sin sentido del fin de una época, pero carece de la vitalidad para alumbrar el nacimiento de otra.

La modernidad y la postmodernidad, a pesar de tener ya el *rigor mortis* de una cultura fracasada, se resisten a ser enterradas o abandonadas en el basurero de la historia. Intentan reciclar, una y otra vez, con rutina desesperanzada, sus ya caducos planteamientos. Caducos en cuanto contradictorios con la realidad. Con la realidad humana e histórica.

La esclerosis postmoderna busca la nivelación por lo bajo. Considera la degradación del lenguaje, de la convivencia, de las costumbres, como el *desiderátum* democrático. Eso resulta una falacia teórica y una aberración práctica. Por eso, la vida pública exhibe, en la postmodernidad algunas características lamentables: ausencia de espíritu de servicio, vacío de contenido, exaltación de formas y procedimientos, anemia de valores, exaltación de la nada, alergia a la ética.

De manera no vista en tiempos precedentes se alientan y proyectan las manifestaciones subculturales del anti-humanismo. La visión societaria de la postmodernidad resulta en el universo de la mediocridad engreída. Ella, en su adormecimiento aburguesado, aparenta una admiración *naif* ante las manifestaciones, a veces demenciales y siempre grotescas, del anti-humanismo y del transhumanismo. Ese fenómeno resulta palpable, quizá en mayor medida que en otros campos, en el declive de las bellas artes.

La agonía de la postmodernidad se alarga en una especie de otoño infinito. En ella se exalta, como cénit de la civilización, a décadas marcadas por el absoluto secularista, por la ostentación

de la animalización de las costumbres, por la Cristo fobia. La búsqueda del bienestar material va pareja a la rebelión contra la fe religiosa y el rechazo de cualquiera de sus manifestaciones.

El utopismo mercantilista y el sueño de la omnipotencia tecnológica parecen estar presentes en el lento proceso de extinción de la civilización de la modernidad, afincada en la visión del hombre prometeico. Ese utopismo estuvo siempre acompañado por la ebriedad de la transgresión de todo tipo de principios. El frenesí de la transgresión terminó en el hastío.

De allí que el fin de la modernidad haya sido (lo está siendo, en la agonía de la postmodernidad) un tiempo triste, marcado por el desencanto y por la angustia, por el vacío existencial postulado como modelo de vida. De allí la indiferencia, incluso frente a las grandes tragedias que alteran la buscada ataraxia de una cultura sin relieves y con buscadas alergias a la afirmación de valores que busquen elevar el nivel intelectual y moral del existir social. Son las señales decadentes de un tiempo en el cual el coraje fue visto con sorna por el burgués acobardamiento del espíritu.

El afán de servicio a las causas que exigían hasta entregar la vida fue sustituido, en vano empeño, por una amanerada autoindulgencia que se tradujo, en todos los campos, por la búsqueda del menor esfuerzo. Se ha intentado presentar como heroísmo la contracultura.

Lo único que se ha logrado es levantar altares para la adoración de lo antihumano y lo transhumano. En la agonía de la postmodernidad se ha impuesto, social y políticamente, la hegemonía de la mediocridad. En ella ha imperado una pseudo cultura del hartazgo y del tedio. Una pseudo cultura que era, en sí misma, la clamorosa manifestación de la decadencia. Las totalizaciones ideológicas y las pretensiones de domesticación masiva hasta del lenguaje, han hecho, de los postreros esfuerzos de la postmodernidad —sobre todo a través de *lo políticamente correcto*— el período de transición hacia una nueva nihilización de un tiempo teñido

de amarga perversidad. Perversidad aburrida, convendría añadir, porque ningún destello de auténtica genialidad parece alterar el largo sueño de una cultura dominante fatigada al extremo por sus propias reducciones y absurdos; sobre todo, por su tenaz resistencia a redescubrir la trascendencia, para, en ella y con ella, valorar de nuevo la dignidad de la persona humana.

La lenta agonía de la modernidad y de la postmodernidad no ha resultado, sin embargo, un período de escaso vitalismo. Quizá porque, como destacara Jacques Barzun, toda decadencia es un tiempo particularmente agitado. Es decir, que su agonía es inquieta, carente de calma, desasosegada. En medio de sus convulsiones, no tiene conciencia de que está atravesando el solapamiento de una época con otra que la sustituye.

La época que muere es una época tachonada de tragedias e impregnada de cinismo. Estamos viviendo el tiempo de un ocaso en el cual las señales del “progreso” de lo antihumano se han impuesto dando visos de realidad lamentable al Estado Mundial de Aldous Huxley. Es el populismo totalitario de la decadencia. Cuando falta la fuerza de la razón moral puede decirse que la razón política está herida de muerte. Hoy estamos —seguimos estando— *esperando a los bárbaros*, como en el poema de Cavafis.

La postmodernidad, agonizando, no termina de conocer las razones de su desasosiego. Y allí está el mundo de raíces culturales judeocristianas en un suicida proceso de vaciamiento de sus propias fuentes vitales, insistiendo en un proceso de agresiva secularización anticristiana. Vemos en el panorama realidades guiadas por el fanatismo pseudorreligioso anticristiano; otras, por el afán mafioso del poder; y, otras, en fin, marcadas por la carencia de norte, la debilidad y poca estatura de sus dirigentes. Todas mostrando lo que no tiene ninguna garantía de supervivencia histórico-política. Son oscilaciones de lo que se derrumba. De su desplome no surgirá el orden nuevo. En esas ruinas, de sus cenizas, no parece posible que nazca un Ave Fénix.

Hasta ahora el anti-humanismo ha resultado la expresión más destructiva de los estertores agónicos de la postmodernidad. Lleva como estandarte la destrucción de lo existente. Ondea como banderín de enganche la esperanza manipuladora del anticapitalismo. Pero la lucha no se centra en lo económico. Está en el plano cultural y espiritual. Ello tiene, sin duda, una inescindible proyección política.

La secularización destruyó, pero se muestra incapaz de construir. La dispersión identitaria provoca una anemia social. Tampoco presenta metas más ambiciosas más allá de una deconstrucción que es, en realidad, destrucción. La afirmación identitaria ha resultado una lucha de minorías con escaso respeto por las mayorías reales. Minorías con síndrome irreversible de fuga hacia adelante. Minorías que consideran que su misión histórico-política, más que presenciar el entierro del orden liberal-burgués, consiste en llevar el individualismo del liberalismo histórico a su radicalismo más extremo; es decir, a la deconstrucción por la anomia.

La cultura dominante en la conclusión de la postmodernidad no es una simbiosis de misticismo y futurismo. Es la expresión conjunta del narcisismo y la anarquía. Un empeño riguroso y tenaz por desconocer en la práctica las libertades ciudadanas; y pretender imponer, como condición *sine qua non*, un autoritarismo que podría ser llamado fascismo, sin ninguna exageración.

La búsqueda del poder político, en este tiempo de época agonizante y época no nacida, resulta ideológicamente instrumental. Se busca, con él y desde él, imponer un pensamiento único. Es uno de los totalitarismos de nuevo cuño. Es el anti-humanismo del globalismo hodierno. Todo ello con el tufo de un populismo, que muestra el abierto y declarado propósito de total exclusión de quienes no compartan o critiquen su plataforma ideológica, sus medios y sus fines.

La reconstrucción de la conciencia de nación resulta, en este enmarañado presente, para quienes hemos padecido la deconstrucción de la antipatria, un reto moral y político que convoca, desde ya, a una larga tarea en el tiempo. No es tarea fácil. Pero es tarea hermosa y, sobre todo, impostergable.

En este libro de Asdrúbal Aguiar, en suma, encontrarán las jóvenes generaciones alimento y estímulo para el esfuerzo del tiempo por venir.

Bogotá, 1° de octubre de 2022

José RODRÍGUEZ ITURBE,
Universidad de La Sabana

EL «QUIEBRE EPOCAL»

DESAFÍOS DEL HUMANISMO EN OCCIDENTE

TEXTO PARA EL DIÁLOGO CON LA
REAL ACADEMIA HISPANOAMERICANA DE
CIENCIAS, ARTES Y LETRAS DE ESPAÑA

“Los musulmanes, que con frecuencia son llamados en causa, no se sienten amenazados por nuestros fundamentos morales cristianos, sino por el cinismo de una cultura secularizada que niega sus propios fundamentos. Y tampoco se ofenden nuestros conciudadanos judíos por la referencia a las raíces cristianas de Europa, en cuanto estas raíces se remontan al monte Sinaí: llevan la marca de la voz que se hizo sentir sobre el monte de Dios y nos unen en las grandes orientaciones fundamentales que el decálogo ha donado a la humanidad. Lo mismo se puede decir de la referencia a Dios: la mención de Dios no ofende a los pertenecientes a otras religiones, lo que les ofende es más bien el intento de construir la comunidad humana sin Dios”

(Joseph Ratzinger,
“Europa en la crisis de las culturas”, Subiaco, 2005)

PRELIMINAR

Algunas élites académicas y políticas creen que la Venezuela sufriente, Colombia o Chile que eventualmente podrían repetir sus pasos, mientras lo hacen ya Nicaragua, Perú, Argentina, El Salvador, serían la obra de un traspié, de errores cocinados sobre las hornillas del encono entre sus dirigentes y partidos tradicionales, hoy vueltos piezas de museo.

Decía José Ortega y Gasset, por ende, sobre la importancia de no golpearlos con los árboles patentes si es que pretendemos imaginar al bosque y conocerlo, para constatar, eventualmente, en línea contraria a Zaratustra, que Dios no ha muerto.

Tras el derrumbe de la Cortina de Hierro emergen en Alemania abiertas y preocupantes manifestaciones de fundamentalismo al apenas reabrirse la Puerta de Brandemburgo; acaso por el trasiego inesperado de sus gentes orientales hacia el occidente, separadas desde 1949.

Tales hechos coinciden, en el polo extremo, con el agotamiento del sistema democrático de partidos en Venezuela, la insurgencia posterior del llamado Caracazo con sus centenares de muertos, mientras en China ocurre la Masacre de Tiananmén. Habían transcurrido 30 años desde el triunfo de la revolución cubana, del primer viaje a la Luna, el inicio de la experiencia civil y democrática tras el derrocamiento del régimen militar perezjimenista, también en Venezuela, y en España la liberalización de la economía en 1959.

Los causahabientes del socialismo real se quedaron en la tierra después de 1989. No viajan a Marte al final de comunismo, sino que tamizan su credo bajo la guía del régimen cubano, acicateado este por las urgencias que le concita su sobrevenida orfandad tras el final de la Unión Soviética y de la Guerra Fría. Ambos entienden, no así el llamado mundo libre, los alcances del sismo histórico en emergencia, que se vuelve «quiebre epocal» y es evidencia palmaria de actualidad.

La corriente de deconstrucción que sobreviene es cultural y política, de suyo jurídica, y encuentra como laboratorio propicio a la América Latina o Hispanoamérica.

La izquierda de nuevo cuño hace propio y «criolliza» las enseñanzas neomarxistas de la escuela de Frankfurt, que se había mudado a USA bajo la presión nazi. Y apela a la metodología destructiva o desintegradora de sólidos culturales que le provee la obra de Antonio Gramsci, sumando a su naciente catecismo, incluso, como paradoja, las prédicas del conservatismo liberal contenidas en *The Kissinger Report* (1974). Este documento, casualmente desclasificado en 1989, promueve el control de la población en el planeta como una cuestión de seguridad y sirve, después, como anclaje para la ideología de género.

Las élites occidentales celebran el final de las ideologías al ocurrir el Glasnost y la Perestroika. Creen que basta, para lo sucesivo, con apalancar las realidades sobre el Consenso de Washington, afinar políticas públicas, acelerar la desregulación estatal, estabilizar los índices macroeconómicos, y así llevar sosiego a los estratos sociales que descubren, súbitamente, el sentido cotidiano de la incertidumbre tras el agotamiento del choque Este-Oeste.

A la sazón se soslaya lo vertebral, a saber, que es llegada una «crisis de paradigmas». Se sucede un huracán que causa estragos de todo orden, que todos observamos desde la periferia y en sus efectos, pero que nadie analiza desde su ojo, en su centro de estabilidad, para mejor comprenderlo y poder resolver.

Han transcurrido, entonces, dos generaciones. Pasan 30 años más hasta que el COVID-19, seguido del aldabonazo de la guerra rusa contra Ucrania, cierra el tiempo que igualmente inauguran la tercera y la cuarta revoluciones industriales, la digital y la de la inteligencia artificial; pero abre otro – ¿hasta 1949? – que se empeña en la mineralización de las tendencias deconstructivas en curso y para dar lugar a otro orden mundial globalista y totalizante. Es la Era Nueva, como se la titula desde Pekín.

El caso es que demostrándose errada la tesis de Francis Fukuyama (*El fin de la historia y el último hombre*, 1992.), que nos hablaba de otra etapa sin guerras ni revoluciones, nominalmente sí se ha hecho veraz la realidad de unas generaciones más ocupadas de su bienestar, en un marco de liquidez normativa, de fugacidad en los comportamientos humanos y de «juego sin reglas». La historia de las civilizaciones – destacando la nuestra, la Occidental y también atlántica, judeocristiana y grecolatina – que se finca en el valor del espacio, desde donde las horas y los días forjan tradiciones y modelan cometidos, sugiere, en apariencia, haber llegado a su término.

Al espacio, pues y en beneficio de la deconstrucción social y política como modelo para el siglo XXI, se le sobrepone la vir-

tualidad. Al tiempo se le abroga en su sentido, para darle paso a la cultura de lo instantáneo digital, de suyo de descarte de lo humano racional en beneficio de lo sensorial. Y no se olvide, los saben los israelitas desde 1948, que no hay Estado ni república sin nación o sociedad, que es su contenido. Esta, justamente, es la obra del espacio y de la conexión intelectual entre distintas generaciones.

Media, pues, un auténtico «quiebre epocal», cabe repetirlo.

Puede decirse, entonces, que no presenciamos un simple cambio de época tras 30 años de desestabilización y con vistas a este otro período que se abre a partir de 2019, como tampoco somos testigos de una transición hacia otra Era dentro de la historia de los pueblos y las naciones. Se sucede, claramente, una ruptura epistemológica, también antropológica.

El tiempo es el no tiempo, y el lugar se torna imaginario. Cada uno y cada cual se construye ahora identidades al arbitrio e imaginarias, sin «lugarización», sobre las autopistas por las que transita el Homo Twitter de César Cansino. Sus premisas son, en gruesa síntesis, por una parte, «la muerte de Dios» en el mejor sentido nietzscheano, que es abrogación de todo límite social y en beneficio de la denominada «corrección política» de nuevo cuño.

Como desiderátum de lo anterior, podría decirse que se trata del advenimiento del «transhumanismo», desbordante del antropocentrismo, en procura de perfeccionar las capacidades humanas, físicas y psicológicas del hombre, visto como objeto y no sujeto de las revoluciones digital y de la inteligencia artificial. Y tanto es así que, hasta se busca integrarlo indiferenciadamente y como parte de las cosas que forman a la Naturaleza, sujetándole a sus leyes evolutivas y matemáticas.

No por azar, el recién rechazado proyecto de Constitución chilena, animada por el deconstructivismo neomarxista o progresista, junta la dispersión en el Estado o Leviatán y la adscribe a la Naturaleza, ambos como ejes dominantes. “Chile reconoce la

coexistencia de diversos pueblos y naciones en el marco de la unidad del Estado” y “las personas y los pueblos son interdependientes con la naturaleza y forman con ella un conjunto inseparable”, rezan los artículos 1,2 y 5,1.

LAS TENDENCIAS DIRECCIONALES EN 1989: VENEZUELA Y LAS ÉLITES POLÍTICAS, AJENAS AL CONTEXTO

Venezuela, que ha sido el eje regional de la experiencia deconstructiva y uno de los productores petroleros entre los más importantes del planeta, parte de la seguridad energética norteamericana, así como se volvió la nutriente de ese proceso guiado desde La Habana, al término ha confirmado como tesis lo que era una hipótesis en la enfebrecida mente de Fidel Castro. La sintetiza cabalmente Luis Almagro, secretario general de la OEA:

“Quienes toman la realidad como parte de una guerra de relatos quieren meter la crisis venezolana en la misma bolsa... No existen parámetros para querer meter en esa bolsa la mayor crisis migratoria en la historia hemisférica ... prácticamente incomprendible para un país de los más ricos en recursos... [Es] una crisis tan profunda de desinstitucionalización, de falta de garantías y de libertades individuales, de ineficiencia administrativa y de capacidades productivas [de “violaciones sistemáticas de derechos humanos y crímenes de lesa humanidad”]...[que puede] subsumirse en una sola crisis, la superlativa crisis política...”, explica el diplomático.

Ciertamente, junto al desplazamiento hacia el extranjero de casi 8 millones de personas que la fracturan como nación y que ayer reconoce la ONU como la migración más numerosa del planeta, su territorio y su nación se encuentran materialmente parcelados. Medran, nada más, bajo el control de fuerzas cubanas, rusas, chinas, iraníes, y de rezagos de las FARC y el ELN colombianos. La república venezolana y su existencia constitucional, sin soporte de nación, es hoy una caricatura.

En 1992 publico dos ensayos, uno de 1991 para la *Revista Política Internacional*, que intitulo “Memorándum sobre la Paz y el Nuevo Orden Mundial” y, el otro, “El Nuevo Orden Internacional y las Tendencias Direccionales del Presente” para el Anuario de ODCA, *El reto democrático: América Latina*, 1992.

En el primero, afirmo que “la tergiversación maniquea que buena parte de la reciente literatura política ha introducido en su interpretación del fin de la bipolaridad internacional, predicando como dogma el final del Estado y de las ideologías y la definitiva mundialización de los valores del mercado, en buena medida es la responsable del impulso creciente de los fanatismos; y de esa desintegración que acusan, sin alternativas válidas, las organizaciones públicas contemporáneas”.

En el segundo doy cuenta de datos de la experiencia, sin persuadirme todavía de la tesis que ya se introduce en paralelo sobre el desencanto con la democracia. La sostiene Rodolfo Cerdas Cruz (*El desencanto democrático: Crisis de partidos y transición democrática en Centroamérica y Panamá*, San José de Costa Rica, 1992), adelantándose al Informe del PNUD de 2004 que busca cerrarle el paso a la Carta Democrática Interamericana de 2001.

Refiero, en lo particular, que “el 4 de febrero de 1992, luego de la noche precedente y al ritmo de las campanadas anunciando un nuevo día consagrado a San Juan de Britto, mártir de la cristiandad, una forma inédita de neo fundamentalismo hizo su aparición en segmentos importantes de las Fuerzas Armadas” venezolanas. Era lo que importaba destacar, lo del fundamentalismo deconstructivo en puertas, el bolivariano, que se pasa por alto una vez como se sucede el golpe de Estado contra el presidente Carlos Andrés Pérez.

Sus gestores, militares en un número de más de seis centenares, dejan de lado su identidad dentro de la institución militar, molde histórico dentro de una república que adquiere unidad real sólo a inicios del siglo XX y dentro de los cuarteles, no de los partidos. El movimiento de los «bolivarianos» – así se autode-

nominan – provoca el reinicio, o el “reseteo” o la pérdida de la memoria sobre la conciencia de lo nacional en amplias capas de la población.

Seguidamente explico que “una vez contenida la revuelta, las autoridades civiles sorprendieron con la temprana liberación o el sobreseimiento de la mayoría de los militares alzados. Medió apenas una catarsis de mero contenido pedagógico, tras la cual se permite la reincorporación de aquéllos, sin reservas de peso, al desempeño de sus tareas castrenses”. Aún gobernaba el presidente Pérez.

El texto primeramente citado lo invoca este para su intervención ante la Asamblea de la UNESCO, en París, mientras avanza la llamada Tormenta del Desierto, la coalición de la ONU contra la república iraquí. Mas el quid es que al segundo texto le fijo una introducción a manera de petición de principio, sobre lo que observo ayer y que cristaliza como tendencia profunda y apenas se le comprende con grave retraso tras la guerra en Ucrania y el manifiesto ruso-chino que le precede, suscrito en Beijing el pasado 4 de febrero.

“Las generaciones de venezolanos – afirmo – nacidas y amamantadas en la libertad y por ende ajenas a los desvaríos del autoritarismo, hemos ingresado a la corriente de cambios planetarios propulsada por el fin de la guerra fría. Súbitamente, no mediando respiro, descubrimos el significado de las llamadas fuerzas impersonales de la Historia; esas que “empujan las cosas hacia ciertas consecuencias sin ayuda de motivos locales, temporales o accidentales” (Vid. *Letters of Lord Acton to Mary, daughter of the Right Hon. W.E. Gladstone*, London, 1904, Apud. F.Baumer. *El pensamiento europeo moderno 1600/1950*, FCE.,1985).

Trátase – prosigo – de nuestra incorporación a la “primera revolución mundial” (1991) descrita en el Informe del Consejo al Club de Roma y que, habiendo hecho saltar la tapa de una olla de presión, despierta fenómenos, devociones nacionalistas y conflictos hasta ahora ocultos por la bipolaridad internacional”; suscep-

tibles, lo dicen los autores del documento, de “poner en peligro a toda la especie humana” si media un enfoque inadecuado (A. King y B. Schneider, *La primera revolución mundial*, FCE, México, 1991, pp. 17 ss.).

Así se explica, no de otro modo, lo inocuas que han sido, por ausencia de adecuada contextualización, las acciones emprendidas por los actores partidarios y democráticos venezolanos e hispanoamericanos a fin de restañar la pérdida de la calidad de la democracia que padecen durante lo que corre del siglo XXI. Y es que sin nación y sin sociedad, reitero, la política se hace banal e inútil, es un ejercicio de narcisismo en el teatro de la república.

LA SIMULACIÓN DE LA PAZ

En 1999, los venezolanos presenciamos el advenimiento al poder por la vía electoral y democrática – contando con el beneplácito y apoyo diáfano del gobierno de Estados Unidos como de las élites empresariales, económicas, financieras y mediáticas del país, con sus excepciones, de uno de los comandantes del 4F, Hugo Chávez Frías. No arredraba el saberse por éstas y de los vínculos conocidos del mandatario en estreno, desde antes de su elección, con los ejes de la violencia terrorista regional (Cuba y las FARC y el ELN de Colombia) y actores del fundamentalismo islámico (Libia e Irak).

El giro en el comportamiento del gobierno norteamericano resultaba paradójico. El año precedente la I Cumbre de las Américas celebrada en Miami, con vistas al gobierno civil de Alberto Fujimori en el Perú advertía que la histórica oposición gobiernos de facto militares vs. gobiernos civiles nacidos de elecciones se volvía antigualla. Daba paso a otra lógica, inédita como perversa y deconstructiva: la de los gobiernos democráticamente electos que se separan o no del ejercicio de la democracia, comprometiéndolo y banalizando a sus elementos esenciales y componentes fundamentales.

No por azar se destaca ahora, teóricamente, la importancia de la “democracia efectiva” cuyos principios ordenadores traza esa I Cumbre y que luego servirán a la decisión que adopta la III, celebrada en Quebec, disponiendo la redacción de la Carta Democrática Interamericana de 2001. Se fija, previamente, una «cláusula democrática», a cuyo tenor “cualquier alteración o ruptura inconstitucional del orden democrático en un Estado del Hemisferio constituye un obstáculo insuperable para la participación del gobierno de dicho Estado en el proceso de Cumbres de las Américas”.

Lo cierto, sin embargo, es que al escribir mi libro *El derecho a la democracia* (2008), que nace de mi discurso de incorporación a la Academia de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires (2006), persuadido de la ruptura epistemológica que avanza de manera rauda en Occidente, intento, dentro del claustro de mi reflexión, dejar atrás la visión procedimental o instrumental de la democracia como mecanismo para la organización del poder. Le doy pivote a la idea seminal del derecho humano a la democracia, entendiéndola como experiencia de vida personal y ciudadana e intentando aprehender dentro de esta a la nación, como categoría cultural, integradora y totalizante, en defecto del Estado que se es su ropaje circunstancial y al perder este su referencia histórica dentro de aquella a partir de 1989. Pero ningún efecto práctico social concita esta argumentación, salvo en el ámbito o círculo ejemplarizante de la jurisprudencia interamericana.

El expresidente Valentín Paniagua, conductor de la transición en Perú, sabiendo de mis reflexiones al respecto me observa sobre la afectación severa que ya acusan los estándares históricos de la democracia, renovados por la Carta Democrática. Lo que se hace más que evidente al despuntar el siglo en curso, a cuyo propósito nace mi libro *La democracia del siglo XXI y el final de los Estados* (México, 2009).

Estimaba lo que eran efectos obligantes y coetáneos del reacomodo global que suscitaba el agotamiento del modelo soviético – que servía de contracara y espejo-contrapeso – y el in-

greso de la Humanidad a la civilización digital. De suyo se encontraban comprometidas desde entonces las bases espaciales y temporales del ejercicio del poder y el desempeño tenido por la política a lo largo de la milenaria historia de los hombres y de los pueblos en Occidente.

Hasta el tema de la paz, incluso, se ve afectado por el «quiebre epocal». Provoca divisiones en las voluntades de los Estados al punto que cabe referir lo que presencio en 1999, al presidir el Comité de Redacción de la UNESCO sobre el derecho humano a la paz. Junto a sus redactores originales, entre éstos el eminente catedrático de Estrasburgo, Karel Vasak, el excanciller uruguayo Héctor Gros Espiell, el juez hindú de la Corte Internacional de Justicia Raymond Ranjeva, el director del Instituto Noruego de Derechos Humanos, Asbjørn Eide y Augusto Cançado Trindade, entonces juez de la Corte Interamericana y más tarde la citada Corte de La Haya, lo entiendo como el orden pendiente de implementarse desde 1948, constante en la Declaración Universal de Derechos Humanos: “Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos”.

Incluso apoyado el texto del proyecto por árabes e israelitas, africanos y latinoamericanos, se frustra ante el rechazo sibilino de una Europa occidental culturalmente confusa y de los mismos países nórdicos que se muestran como los paradigmas en la defensa de los derechos humanos (Vid. nuestro opúsculo *Perfiles éticos y normativos del derecho humano a la paz* (Centauro, 1998; ídem, *Revista de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas*, UCV, Nro. 110, 1998).

Pasadas casi dos décadas, sobran sin que se los atiendan con fines terapéuticos los que fueran síntomas y en la hora que corre claras demostraciones del terremoto histórico que todo y a todos nos envuelve en Occidente. Y he de decir que, sin su adecuada comprensión mal se le podrá reconducir por fuerzas distintas a las deconstructivas que lo caracterizan, y desde un anclaje antropológico renovado.

En mi libro *Calidad de la democracia y expansión de los derechos humanos* (Miami, 2018), como hipótesis de trabajo fijo la del incremento de las elecciones en el siglo XXI, que a la par y de un modo incongruente vacía de modo proporcional a los contenidos de la democracia. Agrego, además, la de la inflación cuantitativa y cualitativa en el conjunto de los derechos humanos conocidos, al punto de vérselos al detal y desnaturalizados mientras decrecen, en igual proporción, sus tutelas efectivas, las domésticas y las internacionales. Las violaciones de derechos, que se hacen sistemáticas, se las somete esta vez al mero debate y escrutinio de la conveniencia diplomática y sus votos, con mengua de la actuación de la Justicia y de los jueces.

Así, mientras avanza el «quiebre epocal», a partir de 1989 se sostiene la invalidez de las leyes de punto final y obediencia debida para asegurar el castigo de los criminales de lesa humanidad en Chile, Argentina y Uruguay. Luego, pasada la página se anima como exigencia corriente la de la justicia transicional. Al crimen organizado y ahora globalizado se le matiza y atenúa, arguyéndose, desde los sectores políticos que se suman a la deconstrucción cultural en marcha, que es la mera consecuencia de deudas sociales insatisfechas.

En suma, por falta de una adecuada ubicuidad dentro del contexto o por incapacidad para la comprensión de lo novedoso – sin que sea nuevo, salvo el sentido del comentado «quiebre epocal» – mal se aprecia, justamente, lo que predecía antes de 1989, sin que todavía se alcance, el eximio argentino y maestro del Derecho y las relaciones internacionales Juan Carlos Puig:

“Hay quienes dicen – y con razón – que la crisis que vive la Humanidad no es simplemente el anuncio de una nueva época histórica. Toda una era en la evolución geo-bio-morfológica tetráquea está llegando a su fin: la del laboreo de los metales comenzada hace más o menos veinte mil años en el cuaternario. Probablemente estemos por ingresar a una nueva fase, que será por fin la de la dimensión humana, en la cual nuestras concepciones existenciales habrán de cambiar” (Del autor, *Integración la-*

tinoamericana y régimen internacional, Universidad Simón Bolívar, Instituto de Altos Estudios de América Latina, Caracas, 1987.

Los actores políticos cultores del Estado constitucional y democrático de Derecho, en fin, se han separado de la realidad social y humana de deconstrucción en curso y se limitan a representar, en el teatro exclusivo de la democracia y ante su selecta audiencia, narrativas de un tiempo ido. Allí permanecen confinados, congelados, en una burbuja o círculo más propio de la obra del Dante – si cabe la metáfora – mientras quienes banalizan a las libertades y las reducen a cuestiones inherentes a la «intimidad nacional», desde otro círculo distante y trastornando los significados del lenguaje para impedir toda comunicación dentro del Empíreo, avanzan en la forja – así la titulan chinos y rusos – de una “Nueva Era” y “para el desarrollo sostenible mundial”.

Al cabo, si se le imagina estructuralmente, se trata de un retorno palmario, cuando menos, al régimen internacional imperante durante el período de entre guerras y el previo, hasta 1945, cuyo círculo final – sirva la metáfora de Dante – lo fue el del vestíbulo, el ante infierno y el infierno, con la sucesión del Holocausto judío.

MARXISMO DE CONVENIENCIA Y DEMOCRACIA DE UTILERÍA

El Encuentro de Partidos de Organizaciones de Izquierda de América Latina y el Caribe celebrado en Sao Paulo en 1990, una vez como cede el mito del socialismo real, hace evidente que para el marxismo “heterodoxo” latinoamericano bajar la guardia no es opción incluso avanzando a contravía de la realidad histórica conocida o transfigurándose.

La toma del poder, para este, trasvasa lo ideológico y, sorprendentemente, logra emparentarse con quienes ven a la cultura como un objeto de mercado, descartable. El pragmatismo, distinto de la razón práctica, es la regla madre de las izquierdas en el siglo XXI, pero vigente desde el tiempo mismo en que la Cuba comu-

nista sostiene su dependencia de Moscú o cuando algunos movimientos insurgentes de la región – es el caso de Sendero Luminoso, en Perú – medran como feligreses de la China maoísta.

El acceso al poder le significa al Foro forjado entonces por Fidel Castro y el brasileño líder del Partido de los Trabajadores (PT), Luiz Inácio Lula da Silva, apuntalarse sobre “consignas” heredadas del catecismo marxista, pero como mitos movilizados; narrativas y relatos, o mejor tácticas pertinentes para las redes sociales en emergencia, sin que sean constructivas de una cosmovisión en propiedad.

Luego, una vez alcanzado y ejercido aquél poder con fines totalizadores del conjunto de lo social y ciudadano, pero socialmente fragmentado – la subjetividad autónoma troca en subjetividad dispersa e inconexa, revelando su coincidencia con la perspectiva neoliberal – queda de lado para aquél la norma democrática de la alternabilidad. Así ha ocurrido en Venezuela (1999), en Brasil y Argentina (2003), Bolivia y Honduras (2006), Ecuador (2007) y Paraguay (2008); por lo que a los gobernantes de ese período, sin que todos logren el objetivo de sus permanencias, tal ejercicio se les vuelve patológico. Se revela como una desviación de la conducta personal y no solo política, con claras connotaciones neofascistas.

Mantener el poder, sea mediante la empresa de secuestros, la práctica del tráfico de “médicos” cubanos como estandarte, de modo más reciente la desembozada inserción del crimen organizado y transnacional en la política bajo las formas de narcotráfico y corrupción es algo que se revela como índice de un proyecto de “enajenación” de las conciencias, aún en el presente (Consuelo Dinamarca Noack, “Alteridad y enajenación: Una lectura al pensamiento de Arendt y Beauvoir”, Universidad de Chile, s/f.). Pero más que una ruptura de la regla entre medios y fines ocurre con los miembros del Foro de São Paulo aquello que describe sin rodeos la misma Arendt como “el terror totalitario [o el terror total que no se detiene en el tiempo], que no termina cuando el régimen totalitario ha alcanzado el poder... [pues] escapa a la ca-

tegoría medios-fines... y se mantiene en movimiento permanente, incluso siendo inútil (Cristina Sánchez Muños, *Hannah Arendt: Estar – políticamente - en el mundo*, Schackleton Books, 2019).

No huelga tener presente, como dato de referencia mediata, lo que Rómulo Betancourt sobre Fidel Castro, ese Gran Hermano de la “meca de la paz” o Ginebra del Caribe en la que ha sido trasformada La Habana por los gobernantes y simpatizantes del progresismo contemporáneo, de modo protuberante por el expresidente colombiano y premio Nobel de la paz Juan Manuel Santos. Afirma que surge de un “grupo de pistoleros” que se inicia no leyendo libros de teoría marxista, no haciendo proselitismo político ni organizando partidos, sino como banda de universitarios secuestradores”. Es el condimento o veneno, por cierto, que de ordinario mal se pondera o se le oculta cuando desde la misma academia se aborda hoy el fenómeno de las llamadas dictaduras del siglo XXI y hasta se lo morigera titulando a estas de «autocracias electivas».

Transcurridas dos generaciones desde su toma del poder en Cuba, el 26 de julio de 1989 predica Castro, en efecto, lo que es propio de su tozudo mesianismo, a saber, que “si mañana o cualquier día nos despertásemos... con la noticia de que la URSS se desintegró, cosa que esperamos que no ocurra jamás, ¿aun en esas circunstancias Cuba y la revolución cubana seguirían luchando y seguirían resistiendo!” (Carlos Gainza, “Castro asegura que la revolución cubana proseguirá, aunque la URSS se desintegre”, *El País*, 27 de julio de 1989). El pacto de estabilidad cubana y su vocación expansiva y metastásica hacia América Latina e incluso hasta Europa Occidental ya dura, en efecto, cuatro generaciones (1959-2019).

Sin dejar de ser lo que es, lejos de la formal justificación marxista con la que se inaugura 60 años atrás, en 1959, a conveniencia busca remozar su decurso siguiente a partir de 1989, a saber, ser práctico para fluir con su proyecto histórico en los 30 años que siguen al coetáneo ingreso del mundo a la Edad de la Inteligencia Artificial.

Se declara socialista del siglo XXI, aun cuando revela, en 2010, que dicha franquicia es “comunismo... el que el propio Marx definió como comunismo”.

Con vistas al período que sigue al 2019, muerto Castro, para conjurar rémoras que le han desnudado en su procacidad utilitaria el Foro regresará a las aguas bautismales. El peso de la Odebrecht y la pauperización narco-criminal de su barco emblema y fuente nutricia, Venezuela, le obliga a otro realineamiento estratégico y pragmático. Pero su rostro alterno e intelectual, como causahabiente, el naciente Grupo de Puebla, fija otras prioridades y hasta excluye, sin declararlo, al régimen de facto que impera en aquella y dirige Nicolás Maduro Moros. Atenúa sus compromisos, además, con la Nicaragua de la pareja Ortega-Murillo.

El giro conceptual le impone al Foro una revisión que deja atrás los anclajes históricos que propulsaran Castro y Lula como solución a la crisis institucional del Estado a partir de 1989: el bolivarianismo, el martinismo, el sandinismo, como factores sucedáneos de integración nacional en defecto de la crisis de lo ciudadano. Los sustituye por otros más proclives a la pulverización y la confrontación social, en defecto del ortodoxo antagonismo empresarios del capital vs. trabajadores.

El desafío de la reconversión marxista será, en lo adelante, la conquista de la globalización para sumarse al globalismo a través de su mascarón de proa, el señalado Grupo de Puebla, integrado por exfuncionarios, exgobernantes y gobernantes en ejercicio, no pocos con cuentas pendientes ante la Justicia.

Desde España, su filial que es PODEMOS, el partido de Pablo Iglesias y Juan Carlos Monedero y su numen tutelar, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) secuestrado por J.L. Rodríguez Zapatero y Pedro Sánchez, optan por una simulada vuelta a los libros para morigerar el pasado recorrido (1989-2019), que en nada les honra. Apuestan, así, al efecto envolvente que pueda tener dentro del contexto de crisis presente el ideario comunista rebautizado de progresista, pero esta vez de manos del

filósofo italiano del siglo XX Antonio Gramsci, discípulo de Benedetto Croce y no tanto de Karl Marx. Se trata de la idéntica propuesta táctica que formulara Hugo Chávez Frías en 2004 a propósito de *La Nueva Etapa: El Nuevo Mapa Estratégico de la Revolución*: “Hemos demolido el antiguo régimen en los hechos, no hemos podido suprimirlo completamente en las ideas” (Vid. nuestro libro *El problema de Venezuela: 1998-2016*, Caracas, EJV, 2016).

Avanzar hacia una “hegemonía cultural” que, destruyendo los valores culturales dominantes, en lo particular, los forjados por la milenaria civilización occidental judeocristiana, permita reinterpretar las realidades de la globalización, es el cometido pendiente; pues, al cabo, hegemonía significa según el mismo Gramsci “capacidad que posee un grupo... de ejercer la dirección intelectual y moral sobre la totalidad de la sociedad” (apud. Muñoz, *Modelos culturales*, cit. p. 173).

Predican, al efecto, el progresismo, nominalmente anunciado desde 2014 por Rafael Correa durante el Encuentro Latinoamericano por la Segunda Emancipación (ELAP), en Ecuador. Mas en su caso lo hace este, con fines regresivos, pretendiendo relanzar al Foro de Sao Paulo alegando en su beneficio los 25 años de “experiencia exitosa para la conquista de los gobiernos populares y de izquierda progresista”.

El progresismo «poblano» avanza, antes bien, por sobre los rieles de la corrección política y de la deconstrucción, animados sus miembros por la idea del globalismo, si es que cabe el neologismo atribuido a Joseph Nye. Este apunta, más que a una confrontación con la economía neoliberal, al fortalecimiento de los movimientos de integración y fragmentación de conveniencia que implican a tribus y naciones, colectividades y nacionalidades, grupos y clases sociales, trabajo y capital, etnias y religiones, desdibujado como se encuentra el orden mundial de los Estados (Octavio Ianni, *La Era del globalismo*, Siglo XXI Editores, 1999).

Es probable que Chávez – cuya ausencia, junto a la de Néstor Kirchner, lamenta el actual presidente argentino Alberto Fernández, miembro del emergente Grupo nacido en 2019 y asaz preocupado por la posibilidad de que esa nueva franquicia no alcance el éxito que esperan sus miembros – haya repasado a Gramsci, que no tanto las ideas neo marxistas de la Escuela Frankfurt. De allí que al presentar en 2004 sus líneas estratégicas para la deconstrucción cultural, resumidas en *La Nueva Etapa*, señale que “la vieja idea hay golpearla, golpearla, golpearla, pero golpearla sin clemencia por el hígado, por el mentón, todos los días, en todas partes, las viejas costumbres, si no lo hacemos, si no las demolemos, ellas nos van a demoler tarde o temprano”.

Surge de pertinente, entonces, en búsqueda de una respuesta humanista cristiana ante el desafío del «quiebre epocal» y la procura de una aproximación antropológica renovada que la soporte, hurgar sobre el recorrido intelectual de este fenómeno de envejecimiento desembozado de la vida política hispanoamericana: primero el Foro de Sao Paulo, luego el Grupo de Puebla.

Uno y otro, quiérase o no, en sus recorridos intelectuales y decantaciones, se montan por sobre la tragedia – que la es, por aún insoluble – del frenazo global en acción y de la aceleración de lo deconstructivo tras la pandemia del Covid-19, en una modalidad de primera guerra global virológica cruenta y de expansión virtual en el conjunto de Occidente. Ella encierra a la especie humana y le impone como exigencia dictatorial constitucional el “distanciamiento social”, al punto que, ya atenuado este, ahora se sostiene la agonía emocional de las gentes con el flagelo de la guerra de Rusia contra Ucrania.

La asunción de esta “nueva normalidad” para el tránsito entre 2019 y 209, sólo reafirma el propósito de la disgregación social y política. No es la nutricia del Foro de São Paulo al momento de su fundación, pero ahora, antes que amalgamar a las personas alrededor de sus naciones y raíces culturales y tachando a quienes lo intentan de fascistas, las disgrega. Luego las dispone como datos de los algoritmos y como usuarios sirvientes de la gobernanza digital o como ele-

mentos propios e indiferenciados de la Naturaleza y con vistas a una transición verde. Los odres sucedáneos de los cascarones estatales y de sus liderazgos que se vuelven tributarios o sirvientes del naciente ecosistema, parten de la premisa que facilita el dominio de este, a saber, la de dividir y la de victimizar.

La promoción de identidades novedosas y al detal, que no nuevas al ser en parte la obra de la añeja teoría crítica de las razas, como las de género que anima la agenda global que se extiende en la Europa occidental y las Américas, son situadas el plano de la pugnacidad sistémica entre víctimas y victimarios: binarios vs. transgéneros, homofóbicos vs. LGBTQ+, blancos vs. afrodescendientes e indígenas, vacunados vs. no vacunados, migrantes vs. nacionales, precariado o nómadas urbanos vs. aristocracia digital, ambientalistas vs. ecologistas humanistas, etc.

El Justo Rigores de la novela de Rómulo Gallegos sobre Cuba, “Una briznade paja en el viento” (1952), quien a la sazón y según Betancourt es el propio Castro, acepta desde mucho antes, al efecto, que ha de “usar métodos capitalistas, tiene que retroceder en la ideología” para mantener atadas a las masas sin las cuales el socialismo – “su” socialismo – carecería de destino (Fernando Martínez Heredia, “Rectificación y profundización del socialismo en Cuba”, *Pensar en tiempo de revolución*, CLACSO, 2018).

LA PRIMERA RECONVERSIÓN, EL FORO DE SÃO PAULO

La “rectificación y profundización del socialismo” es el lema que anima, en 1989 al naciente Foro de Sao Paulo, que impulsan Castro y Lula Da Silva, hoy rehabilitado después de la condena que por corrupción le impone la Justicia, para que regrese al poder. Quedan de lado sus graves hechos en el caso Lava Jato.

Los documentos que dan cuenta de aquel esfuerzo de reconversión de las izquierdas, luego revisados a la luz de los hechos o la experiencia y decantados tras el nacimiento del Grupo de Puebla a partir de 2019 y al cumplirse 30 años desde la caída del Mu-

ro de Berlín, son referencias obligantes para la cabal comprensión del ecosistema político dominante y en marcha y de las tendencias que auspicia para el tiempo posterior, en una mirada que podría extenderse hasta el año 2049, por dos generaciones más.

Veámoslos, en su desarrollo y a grandes trazos.

Luego de una tímida autocrítica – “hemos aprendido de los errores cometidos” dice el texto fundacional de São Paulo refiriéndose al socialismo real y al aceptar como sus pecados el “burocratismo y toda ausencia de una verdadera democracia social y de masas” – el Foro busca reafirmar lo que considera irrenunciable como “mito movilizador” y purificador de sus ilegalidades en el plano de la política, como lo es su obsesión histórica con “la situación del sistema capitalista mundial y la ofensiva imperialista”. La ve como peligro latente y remozada postura. Desde Camagüey lo precisaba con anticipación Castro: “si la comunidad socialista desapareciera..., las potencias imperialistas se lanzarían como fieras sobre el Tercer Mundo; se repartirían de nuevo el mundo, como en los peores tiempos antes de que surgiera la primera revolución proletaria”.

Sin mirar a su propio y trágico desenlace, los seguidores de Castro y ahora de Lula señalan que en el capitalismo reside el “sufrimiento, miseria, atraso y opresión antidemocrática” de los pueblos. La izquierda y el socialismo han de seguir siendo “alternativas necesarias y emergentes” en su voluntad actual y común de “renovarse” sin olvidar que las “carencias y los más graves problemas... tienen su raíz en ese sistema y que no han encontrado solución en él, tampoco en los sistemas de democracias restringidas, tuteladas y hasta militarizadas que impone...”, reza la Declaración que ambos endosan junto a sus seguidores el 4 de julio de 1990.

Los participantes del Foro observan desde sus prejuicios que “la crisis de Europa Oriental” puede ser aprovechada para la “restauración capitalista”, por lo que cabe proceder de modo preventivo a una “revisión de las estrategias revolucionarias de la

izquierda” y “renovar su pensamiento y su acción” en Latinoamérica. Los valores y la visión se mantienen así invariables para matizar las consecuencias del cambio histórico que ocurre en 1989, y no se reduce al final del comunismo sino al ingreso del mundo a la sociedad de la información.

Esta vieja narrativa socialista se sostiene hasta 2014, como se ha señalado. Apenas se la modifica en cuanto a la estrategia dentro de cuyo albergue adquieren carácter instrumental e integrador “la plena recuperación de nuestra identidad cultural e histórica”. Martí en Cuba, Sandino en Nicaragua, Bolívar en Venezuela sustituirían el Manifiesto de Marx por un igual “compromiso activo con la vigencia de los derechos humanos y con la democracia”, eso sí, como “valores estratégicos”. Jamás serán esencias trascendentes.

En lo táctico, el foco de la lucha que asume el Foro de São Paulo tiene un claro destinatario, la “integración americana” propuesta por USA y estimada por este como restrictiva de “nuestras soberanías nacionales” y propiciatoria de la liquidación de los patrimonios nacionales “a través de las privatizaciones”. Acabar con el “imperialismo” norteamericano es el desiderátum que no cesa, según el documento respectivo.

Cabe agregar, al margen y como contexto de este último predicado, lo siguiente.

En 2001, la ONU, persuadida de que el orden de los Estados hacía crisis severa, acoge la iniciativa del Diálogo de Civilizaciones propuesta por el presidente de Irán, Muhammad Jatami; quien “a diferencia de otros mandatarios iraníes se caracterizó por la búsqueda de una cercanía con Occidente y por enfatizar la necesidad de un diálogo, donde Irán fuese el punto de encuentro de las culturas orientales y occidentales” (Isaac Caro e Isabel Rodríguez, “El enfoque del diálogo civilizacional desde América Latina”, *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, vol. 11, núm. 1, enero-junio, Bogotá, 2016). En mala hora se le opone el galimatías de la Alianza de Civilizaciones de 2005, pro-

piciada por José Luis Rodríguez Zapatero, presidente del gobierno de España y hoy miembro fundador del Grupo de Puebla. Este accede al poder sobre los atentados de Atocha (2004) en Madrid cuando ya han tenido lugar los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York (2001), precedidos por los atentados en Buenos Aires a la embajada de Israel (1992) y la Asociación Mutual Israelita Argentina, AMIA (1994).

Tras explicar que busca impedir la teoría del “choque de civilizaciones” esgrimida desde la academia norteamericana por Samuel P. Huntington (“The Clash of Civilizations”, *Foreign Affairs*, Vol. 72, N° 3), admite que lo que le importa es frenar las acciones represivas contra el terrorismo. El documento oficial suyo declara la necesidad de comprender “los factores que alimentan los radicalismos y la violencia” (*Alianza de Civilizaciones*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 2005) y que, a la luz del tiempo transcurrido hasta el instante tienen, para él, nombre propio, Estados Unidos y la cultura occidental que insiste en tutelar, mientras los europeos entierran a sus paradigmas.

Al término y en esencia predica el choque que dice busca frenar, caso de no alcanzarse un entendimiento, dicho coloquialmente y actualizando la hipótesis, entre las democracias occidentales y el terrorismo deslocalizado en boga (Vid. informe *Alianza de Civilizaciones*, cit.):

“En Occidente se manifiestan hoy entre diversos sectores crecientes sentimientos de rechazo de los valores árabes e islámicos, percibidos por muchos como intransigentes y como una amenaza para su modo de vida. Más preocupante todavía es la asociación que a veces se realiza por algunos entre dichos valores y las prácticas violentas, o incluso el terrorismo. Paralelamente, en el mundo árabe e islámico se reafirman con vigor los símbolos propios de identidad, a la vez que se difunde una imagen distorsionada de un Occidente agresor (por la frecuente disposición a hacer uso de la superioridad militar), discriminador (en la aplicación de la legalidad internacional), e insensible ante sus justas reivindicaciones políticas (por ejemplo, en el caso de Palestina)”.

No falta en el Foro, para ir concluyendo, la militante solidaridad “con la revolución socialista de Cuba” y “la revolución sandinista. Menos lo que es vertebral, como cabe advertirlo, al conjunto de lo declarado, a saber, la decisión de enfrentar lo que califican de “coartada” del Imperio, el argumentar la lucha contra el “narcoterrorismo” para socavar al naciente sindicato comunista renovado.

Las frases comodinas no huelgan, pues para insertarse las izquierdas en las relaciones entre los Estados reafirman sus paradigmas eternos, la “soberanía” y la “autodeterminación”; mismos que se esbozan en la Cuba de 1959 como conquistas sólo alcanzables de modo efectivo bajo el socialismo. Mas las consignas del Manifiesto Comunista por desprestigiadas se las sustituye a partir del encuentro en São Paulo con otro tráfico de ilusiones dirigido a los desesperados, la “conquista del pan, la belleza y la alegría”.

El año siguiente, en México, la narrativa de la reconversión marxista se hace más explícita. Deja atrás al comunismo de la lucha de clases entre opresores empresarios y obreros oprimidos, archivan los integradores históricos de lo nacional. Los planteamientos a los que se suman los movimientos venidos desde Canadá y Estados Unidos deciden adquirir una clara y actual tesitura globalizadora y deconstructiva, procuradora de otras formas de lucha y de división social.

Como suerte de profeta, lo fue en 1964 al concluir su mandato y advertir que Castro seguiría con sus ojos sobre Venezuela para usar de su petróleo y expandir su empresa revolucionaria a América Latina, el mismo Betancourt precisa lo central en el ánimo de la revolución cubana ahora difuminada tras el Foro que le organiza Lula da Silva: la prórroga de un terrorismo que conmovió al mundo.

Celebran las izquierdas en tal orden y en 1991 que ya conquistan “gobiernos locales, regionales y nacionales”, lo que les impone avanzar – ahora se la declara sin disfrazarla – sobre una línea de claro pragmatismo “socialista”. La renovación implica,

de consiguiente, la “crítica de concepciones dogmáticas y burocráticas y el combate al sectarismo”, dejándose de lado por inútil “la simple crítica del sistema capitalista”.

Lo primordial reside en la lucha contra USA que oculta sus acciones imperiales de “guerra andina contra el narcotráfico”; en combatir la interesada estrategia dominante que pide la “reducción del papel del Estado” proponiendo en defecto de ello “su necesaria transformación” para que sirva a las mayorías. Mas lo vertebral, lo dice el documento, es avanzar sobre “los fraudes y mecanismos electorales irregulares” que apoyados por partidos no democratizados y mediante la represión de las “organizaciones sociales independientes” al paso propician “que los que son electos tienen su capacidad de mandato recortada, pues se superponen instituciones no elegidas”.

Desde entonces la reelección perpetua de los gobiernos de izquierda nacidos de estrategias electorales se hace regla sin excepciones y para la permanencia en el poder, que es lo que importa, incluso aduciendo que es un “derecho humano”. No les arredra, ni siquiera en el presente, que la Corte Interamericana de Derechos Humanos la haya declarado “inconvencional” por contraria a las normas de la democracia, en su Opinión Consultiva OC-28/21 sobre la reelección presidencial indefinida (Asdrúbal Aguiar y Allan R. Brewer Carías, *Los principios de la democracia y la reelección presidencial indefinida*, EJV/IDEA, 2021).

La idea de unas mayorías apuntaladas, incluso, por unos “nuevos derechos” y “reivindicaciones” “alternativas” fraguados por el novel derecho a la diferencia y de suyo a la exclusión de los otros, procura como tesis el crecimiento exponencial de los nichos sociales divisores del orden social o nacional que le da contenido a lo republicano para así destruirlo en sus bases: “mujeres”, preservadores del “medio ambiente”, “nacionalidades y etnias” que sufren opresión y discriminación. Se trata de quienes, al término y como conjunto, habrán de definir en el futuro “las funciones del mercado y la participación del Estado en la vida económica”.

Los ejes – objetivos y valores comunes a compartir – no serán otros para el Foro de São Paulo, en suma, que “la participación política directa y permanente del pueblo”, la “organización democrática e independiente del pueblo”, la “protección de la naturaleza”, la “promoción de la identidad cultural y nacional de los pueblos originarios”, la “soberanía nacional”, como temas que, al término de 30 años, desde 2019, adquieren portada mundial.

La democracia, según el Foro es “para la sociedad y para el Estado”, no más para los individuos. Se trata “de una nueva cultura política” cuya animación y propósito es “luchar por un nuevo orden económico y político”.

EL GRUPO DE PUEBLA, EN LAS AGUAS BAPTISMALES DEL PROGRESISMO

Dos generaciones han transcurrido y quedado marcadas por el socialismo del siglo XXI, como suerte de tránsito desde “socialismo real” hacia un modelo que banaliza la inserción del negocio del narcotráfico en la política y su participación en la democracia, prostituyéndola. Son los casos paradigmáticos de Bolivia, Venezuela, Honduras, Colombia, Nicaragua.

Llegado el 2019, por sobre los escándalos de corrupción y criminalidad transnacional que contaminaran los espacios políticos que alcanzara a controlar en América Latina el Foro de São Paulo, a fin de reflotar y situarse ante los desafíos distintos de la globalización desarrolla alianzas con el Partido de la Izquierda Europea, forja al Grupo de Puebla, se casa con la ONU, y hasta se aproxima al Foro Económico Mundial de Davos.

Hace un trazado difuso junto a los europeos, de algunos de los «temas novedosos» de la agenda global (medio ambiente, derecho a la circulación de las personas o migraciones y refugiados, racismo y xenofobia, desencanto con la política, nuevas identidades, control del capital financiero sobre la tecnología que forja

consensos de opinión al detal), pero es regresiva en su proclama. Aún le cuesta abandonar prejuicios mineralizados por la izquierda ortodoxa desde la ruptura de 1989: lucha contra “el avance de las derechas y del fascismo”, “las políticas neocolonialistas”, “la guerra informativa”, “el sistema capitalista neoliberal”; para concluir defendiendo “el gobierno legítimo de Nicolás Maduro”, reclamando se libere en Colombia “a Simón Trinidad y a los más de 270 prisioneros [miembros] de las FARC”, al “expresidente Lula” en Brasil, y denunciando “la judicialización de la política de Rafael Correa” en Ecuador.

Mas el Grupo de Puebla, eje regional de la señalada reconversión, deja atrás al Foro y ocupa su liderazgo. Moldea una narrativa o relato actualizado, aun cuando siga sirviendo a la entente neo marxista en su propósito manifiesto tras el quiebre soviético y su aproximación a quienes aceleradamente y en la transición se asumen como los conductores de un «orden mundial informal», que llena el vacío de poder tras la bipolaridad y al cesar en sus efectividades las estructuras que gobiernan al planeta desde 1945: Dar al traste con los sólidos culturales judeocristianos de Occidente y deconstruir, por universales, las ideas que iluminaran en su momento y luego del Holocausto a la Carta de San Francisco y la Declaración de Derechos Humanos de 1948.

Como reunión de intereses que coinciden en el objetivo de destruir a quien intente competirles o hacer menguar el poder que han conquistado como integrantes del Foro, a la manera de un cartel de conspicuos actores políticos e intelectuales, incluidos expresidentes y presidentes, el Grupo de Puebla empuja el relato distinto o tamizado, enmendando dislates y en búsqueda de confluir con los postulados del “progresismo internacional”; tal como los recoge el Programa de Desarrollo Sostenible 2030 de la ONU. No solo eso. Coinciden con el proyecto capitalista del «Gran Reseteo», bajo un denominador que les común: la banalización de la tríada «derechos humanos, democracia y Estado de Derecho».

La Venezuela chavista que a lo largo de dos décadas (1999-2019) y junto a los dineros procedentes de Brasil financia con su riqueza petrolera el movimiento expansivo de la izquierda en Occidente (Foro de Sao Paulo + Partido de la Izquierda Europea) ha perdido, en efecto, su encanto, incluso entre sus seguidores. Ha puesto al desnudo el destino del “pragmatismo” que alegara Castro como respuesta a la Perestroika en 1989.

La narrativa que rompe y dará el giro estratégico y táctico ya ofrece como mostrario remozado a los gobiernos de Andrés Manuel López Obrador en México y Gabriel Boric en Chile, alabados por la prensa de Occidente; de donde el Grupo, como causahabiente del Foro, se plantea ahora entre otras cuestiones y como cometidos la vuelta al Estado de Bienestar mientras protesta contra la judicialización de sus prácticas coludidas y “presuntas” con la corrupción y la criminalidad, tildándolas como parte de un Law Fare o guerra jurídica impulsada por la “derecha”.

Reivindica al mercado con responsabilidad social y asimismo aboga por políticas de transición verde y el Buen Vivir en el marco de una “fraternidad global” (migraciones). Por añadidura, hace pública ruptura con el monopolio de las tecnologías de información y sus interferencias en los procesos electorales; fortalece la perspectiva de género y acompaña las protestas sociales que avanzan en las Américas y esboza un concepto de ciudadanía, he aquí lo trascendental, ajustado “al sitio donde se nace y se vive”. Proponen, de consiguiente, el fin de los universales morales, en primer orden, del principio de la inalienable dignidad de la persona humana que se concreta en la experiencia de la democracia como derecho de todos (Vid. nuestro ensayo, “La agenda del Grupo de Puebla para América Latina y el Caribe”, *Revista de Ciencia de la Legislación*, Buenos Aires, N°9, USAL, 2021).

La pretensión de las izquierdas, más allá del Foro fundacional de Sao Paulo creado por Castro y Lula, converge para lo sucesivo en la Internacional Progresista. Nacida durante el escozor de la pandemia, en 2020, asumen su liderazgo global Bernie San-

ders y Yanis Varoufakis con sus banderas de ecologismo, feminismo, democracia deliberativa y participativa, poscapitalismo, pacifismo, identidades liberadas, etc. Atrás quedan, como lo creen, los dominios intelectuales del castrismo cubano, tanto como los paradigmas de la democracia occidental conocida.

Pero no se quedan allí los antecedentes de este proceso agonal que logra llevar a la agonía a muchas de nuestras sociedades a partir de 1989, pues cabe agregar como elemento otro que es de neta estirpe norteamericana y republicana, aun cuando la haya secuestrado como propia el ideario demócrata progresista del siglo XXI. No puede olvidarse que, en el lejano 1974, el Memorandum NSSM-200 (*The Kissinger Report*, December 10, 1974) hizo cuestión de seguridad nacional el control mundial de la población en las naciones menos desarrolladas: “Los Estados Unidos pueden ayudar a minimizar las acusaciones de tener un movimiento imperialista detrás de su apoyo a favor de las actividades demográficas, afirmando que dicho apoyo se deriva de una preocupación por (a) el derecho del individuo a determinar libre y responsablemente el número y espaciamiento de sus hijos... y (b) el desarrollo fundamental, social y económico, de los países pobres”. “Procurar y distribuir equipos que ayuden al propósito de inducir al aborto como método de planificación familiar”, es lo que dispone el documento.

Se trata de una cuestión crucial, constante en las agendas políticas del progresismo, que prueba su interés deconstructivo de culturas y que azuza el fragor de distintos movimientos sociales en Occidente: la del aborto y la eutanasia. “Respaldamos a las luchas feministas del continente, entre estas el acceso al aborto legal seguro y gratuito, y el desarrollo de la liberación de la mujer frente al patriarcado”, reza el documento final del Foro, en su reunión de Caracas de 2019.

De tal modo que, llegado 2022, en el fragor de la guerra contra Ucrania y en la puerta de entrada y de salida entre el Oriente y el Occidente, China y Rusia imponen como gran paraguas de la deconstrucción, un catecismo democrático que el mismo Occi-

dente ha digerido durante 30 años. En pocas palabras, le financian su derrota: “La democracia ha de adaptarse al sistema social y político, sus antecedentes históricos, tradiciones y características culturales”, reza el Manifiesto de aquellas suscrito en Beijing con vistas a la Era Nueva.

En este orden vale como consideración reflexiva la de José Rodríguez Iturbe, intelectual venezolano de acendrada extracción humanista-cristiana (“Sobre la libertad y el globalismo”, s/f): “El globalismo, en su visión estrictamente pragmática-utilitaria, que lleva a la ignorancia teórica y práctica de la persona, prescinde o banaliza la libertad personal y las libertades cívicas y políticas... simplemente ignora los principios básicos del Estado de Derecho, del Estado social de Derecho, del Estado constitucional de Derecho”.

El caso es que no solo el globalismo que trasiega a Occidente desde 1989, sino que, en vísperas del aldabonazo de la guerra contra Ucrania, Rusia y China, al anunciar ambas estar dispuestas a asumir la gobernanza global, económica, financiera y digital desde el Pacífico, afirman su condición moral sobre las tradiciones que representan y las oponen a un Occidente que estiman de frívolo y debilitado, deconstruido, cuyas raíces hasta las ha fracturado por sí mismo. Y en el Manifiesto de 4 de febrero de 2022, refiriéndose al tema de la democracia a manera de ejemplo, sostienen que:

“El mundo está pasando por cambios trascendentales, y la Humanidad está entrando en una Nueva Era de rápido desarrollo y profunda transformación... Rusia y China, como potencias mundiales con un rico patrimonio histórico, tienen tradiciones de democracia de larga data que se basan en miles de años de experiencia en desarrollo, amplio apoyo popular y consideración de las necesidades e intereses de los ciudadanos”.

Acaso, mirando sobre ese “universo” Occidental cuyas tendencias predicen la ruptura con toda memoria a fin de configurar “historias nuevas” y desplazar toda forma de paternalismo, los

gobiernos de Vladimir Putin y Xi-Jinping han venido incidiendo sobre aquél con sus condicionamientos económicos y financieros, para luego sostener que la implementación de toda democracia ha de adaptarse al “sistema social y político, sus antecedentes históricos, tradiciones y características culturales”. Pasa a ser la misma, ciertamente, una experiencia subalterna, relegada a la intimidad de cada nación y de cada pueblo, sin ningún tipo de trascendencia para la opinión pública contemporánea.

HACIA UNA NUEVA SÍNTESES ANTROPOLÓGICA: DIGNIDAD HUMANA Y CONCIENCIA DE NACIÓN

En su aparente desarrollo histórico o decantación, las agendas dominantes del progresismo globalista (Foro de Sao Paulo, 1990-1991 + Grupo de Puebla, 2019 + Agenda ONU 2030) causahabientes del comunismo retitulado socialismo del siglo XXI, vuelto a bautizar como progresismo pasadas tres décadas, apenas expresan tácticas “líquidas” «negativas» para el acceso al poder: “por incapaces de describir lo bueno”, según lo admite la misma Escuela de Frankfurt (Max Horkheimer, apud. Carlos Thiebaut, “La escuela de Frankfurt”, en *Historia de la ética III* – de Victoria Camps, editora – Barcelona, Critica, 2000). Mal configuran tales agendas una cosmovisión, menos alguna que sea auténtica renovación del pensamiento marxista. Sólo el ejercicio totalizante y totalitario del poder político y económico, dentro de sociedades vueltas rompecabezas, mediando un «capitalismo de vigilancia» – como lo describe Shoshana Zuboff – anima al conjunto progresista. Nada más.

Inspiradas o nutridas tales agendas, eso sí, de elementos que toman de la misma escuela sincrética mencionada y viabilizadas de manos del pensamiento de Gramsci, citado antes, se cimbran sobre lo instrumental para fracturar a la cultura de Occidente. Es el cometido. Arguyen todavía y pasados casi 80 años desde el final de la Segunda Gran Guerra, en especial los discípulos de Frankfurt, el fracaso del mundo occidental por haber permitido el ascenso del nazismo y el fracaso de las revoluciones.

Provocan, de consiguiente, un movimiento deconstructivo huérfano de base o fundamento que pueda sostenerse en el tiempo, para que sus partes no caigan al piso y se disuelvan en el tráfico de ilusiones, más allá de las prácticas despóticas y autoritarias de poder que las acompañan y ejercitan los gobernantes hispanoamericanos que les sirven como mascarón de proa.

Luego de enfrentar a la globalización y de haber reivindicado el valor integrador de las raíces históricas, el Foro de Sao Paulo – que las tacha luego y califica de fascistas el Grupo de Puebla – predicen en lo adelante la globalidad o el globalismo, si cabe el neologismo. Lo hacen de forma utilitaria dado el citado pragmatismo posmarxista que aconsejara el mismo Castro en 1989: “¿Acaso vamos a detener nuestra marcha? ... ¿Ante las realidades cerraremos los ojos? ¡No! ¡Jamás! Tenemos que ser más realistas que nunca”, afirma.

Para ello, aquí sí, trastocan el significado y sentido diáfano del lenguaje común y el de la política – rompen la relación entre el significado y el significante – a fin de impedir la movilización ordenada y convergente de las ideas dentro de la opinión pública; relativizan a la naturaleza humana; hacen de las diásporas o migraciones forzadas hacia países vecinos que les estorban o son más avanzados, factores para desestabilizarlos. Sólo eso.

La fractura de la memoria colectiva, tras saltos al pasado remoto e inmemorial y su revisionismo; el ecologismo integrista, a cuyas leyes han de someterse los seres humanos – paradójicamente, en línea contraria a lo que critica Herbert Marcuse desde la escuela de Frankfurt, pues rechaza la mecanización como estilo de vida y la pérdida de la conciencia reflexiva con vistas al «control universal» (*L'homme unidimensionnel*, Paris, 1968); la negación del personalismo judeocristiano; en fin y, como soporte de fondo, la «corrección política» o el relativismo existencial, esa dictadura posmoderna que no discierne sobre universales en materia política ni social, ni entre la criminalidad y las leyes de la decaencia humana, o sobre el carácter integrador de las civilizaciones

como hijas de los espacios y el transcurso del tiempo, son los signos del «quiebre epocal» que observamos. Avanza raudamente desde 1989.

El debilitamiento de los espacios geopolíticos occidentales por impulso de la sociedad de la información, mientras Rusia y China sostienen los suyos apelando incluso a la guerra, ha acelerado la referida fragmentación del género humano y la fragua de miríadas de nichos o retículas “de diferentes”. Comprometen a los grandes relatos culturales y con ello cimbran la emergencia de contextos sociales signados por las inseguridades de todo orden, por la negación del valor de los “proyectos de vida” compartidos. Al Estado y los Estados, al término, se los vacía de la idea de la nación y su conciencia práctica.

No obstante, la entente ruso-china de 2022, como lo refiere su Declaración Conjunta de Beijing y sin por ello dejar de asumir la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas, busca afirmar la importancia de los espacios geopolíticos como factores de integración ante la deconstrucción, a saber, “defender firmemente los resultados de la Segunda Guerra Mundial y el orden mundial existente [y ...] resistir los intentos de negar, distorsionar y falsificar la historia de la Segunda Guerra Mundial”.

¿Qué hacer, a todas estas? Es la pregunta de actualidad que interpela y se hace crucial.

Decía bien Séneca en sus Cartas a Lucilio (*Obras escogidas*, Paris, Garnier, 1915) que la razón eleva al hombre por sobre los animales y le aproxima a los Dioses: “La perfecta razón, por consiguiente, es el bien que ha de buscar el hombre; todo lo demás que tiene lo tienen también los animales y los vegetales” ... ¡La razón! Es la razón depurada y cultivada lo que colma la felicidad del hombre”, finaliza.

“Como la antropología del globalismo no resulta propiamente humana es necesario levantar entonces, como base de la cultura de los tiempos nuevos, la perenne bandera del humanismo.

Urge recuperar la propia dimensión de lo humano, el sentido trascendente de la existencia”, recomienda Rodríguez Iturbe (“Sobre la libertad...”, cit.). Y no se puede estar más de acuerdo. El mismo Benedicto XVI asiente al respecto, recomendando el innovar: “Los aspectos de la crisis y sus soluciones, así como la posibilidad de un nuevo desarrollo futuro, están cada vez más interrelacionados, se implican recíprocamente, requieren nuevos esfuerzos de comprensión unitaria y una nueva síntesis humanista”, dice (*Caritas in veritate*, 2009).

Corresponde al Humanismo, así las cosas, sostener el patrimonio ético y judeocristiano nacido del Holocausto. Ha de fijar la primacía de la inviolabilidad de la dignidad humana por sobre el tiempo y los espacios, para que no pierdan éstos su teleología. Y en efecto, no habría duda en cuanto a que, ante el «quiebre epocal» o ruptura epistemológica descrita en las páginas anteriores, desde la perspectiva del Humanismo cristiano caben dos opciones sin que se excluyan.

Una es, asumir como aspectos ineludibles del pensamiento y la acción política contemporáneos, desde una renovada perspectiva antropológica que salvaguarde el citado principio inalienable de la dignidad de la persona humana, el escrutinio de los temas de la agenda global en sus distintas versiones, a los que no puede ser ajeno (Foro de Sao Paulo, Grupo de Puebla, ONU 2030, Foro de Davos, Manifiesto ruso chino de Beijing).

Otra, frente al panorama de deconstrucción cultural y social en marcha – de destrucción de sólidos y de liquidez cultural como los predica Zygmunt Bauman (*Modernidad líquida*, México, FCE, 2000) – cabe de pertinente postule la reconstrucción de la idea de la nación como hecho cultural y fortalecer la conciencia de nación, a fin de que las gentes que la forman no sean víctimas del huracán deconstructivo que busca cosificarlas, y para que atadas a sus raíces puedan forjar una utopía de convivencia humana posible y realizable.

El individuo, la subjetividad autónoma en su relación con las otras, el hombre, varón o mujer, con el «quiebre epocal» casi que pasa, en medio de la deconstrucción de su género humano, a ser tributario de las únicas fuerzas integradoras comunes o emergentes y de sus leyes absolutas: la digital o de la Inteligencia Artificial, y las de la Naturaleza. Rodríguez Iturbe es ilustrativo al respecto (vid. “Antropología del globalismo”, Miami Dade College, 13 de septiembre de 2021):

“Para la antropología globalista, la inteligencia artificial constituye la nueva matriz de lo humano. Ella determinará la relación subordinada de lo humano respecto a la naturaleza. Invierte los términos tradicionales de la antropología filosófica. Lo humano no resulta ya la expresión superior y sublime de la naturaleza, sino que resulta el mayor enemigo y depredador de la misma. Lo humano debe ser visto como subordinado a la naturaleza considerada en su conjunto (y, siempre considerado como su potencia o actual enemigo). De allí deriva una ecología que, vista desde la perspectiva del globalismo, proscribela dignidad de la persona y exalta, en el marco de políticas populistas, un naturalismo a menudo afinado en formulaciones de carácter mítico primitivista (Pachamama, Madre Tierra).”

No por azar hasta se habla ahora de “post-milenarismo” (Eric Gans, 2000). “Nos encontramos en plena crisis” afirman la mayoría de los pensadores (Sergio Pérez Cortés, *Itinerarios de la razón en la modernidad*, México, Siglo XXI Editores, 2012). Por lo que esta vez como ayer se pone de relieve que, para la construcción política y el manejo de las relaciones internacionales y domésticas de los Estados, a pesar de las tendencias descritas y sus paradigmas intentando señalar lo contrario, son y serán siempre relevantes como anclajes “la cultura y la religión”. No es casualidad que la deconstrucción cultural avance de manos del catecismo gramsciano.

Son aquéllos, sin duda, factores determinantes que pueden facilitar la superación del mito estado-céntrico moderno, la misma deconstrucción nacional, social y de la persona humana que avanza, y servir de observadores para estudio y forja de una realidad internacional y las nacionales signadas por una mayor riqueza y complejidad humanas en el siglo XXI, sin que pierdan sus soportes ético-políticos (Isaac Caro e Isabel Rodríguez, “El enfoque del diálogo civilizacional desde América Latina”, Bogotá, *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, vol. 11, núm. 1, enero-junio, 2016, pp. 147-169). Incluso valen la religión y la cultura de la nación o la conciencia de nación como odres reintegradores, si se quiere primarios, al reconocerse la absoluta indistinción dominante entre ideologías políticas y construcción psicosocial de la realidad (Blanca Muñoz, *Modelos culturales: Teoría sociopolítica de la cultura*, Barcelona, Anthropos, 2005, p. 14).

Dos textos de Jacques Maritain resultan sugestivos, así las cosas, como contexto de valor y orientación frente a las ideas que definen al narco-neo-comunismo que se hace visible desde 1989 y a su sucedáneo, el progresismo globalista como suerte de anarco-comunismo posmoderno. Llamado socialismo del siglo XXI, lo hemos dicho, fue rebautizado luego como progresismo de izquierdas a partir de 2014, a propósito del Encuentro Latinoamericano Progresista en Ecuador y por el Grupo de Puebla en 2019.

Maritain tuvo el privilegio trabajar en una síntesis que intenta proveer a la convivencia pacífica a fin de alcanzar la superación del «régimen de la mentira» que hace ebullición y llega a su término con la Segunda Gran Guerra del siglo XX. A propósito de la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948 narra su vivencia: “Estamos de acuerdo en esos derechos a condición de que no se nos pregunte por qué”. Es con el «por qué» con lo que la discusión comienza”, dice (*L’homme et l’État*, Paris, PUF, 1953). Por ende, su ejemplaridad se reactualiza.

Transcurridos doce años desde el desmoronamiento del Muro de Berlín, el mismo Club de Roma advirtió que “el mundo está pasando un período de trastornos y fluctuaciones en su evolución hacia una sociedad global, para la cual la población no está mentalmente preparada”. Agrega, que como “resultado su reacción es a menudo negativa, inspirada por el miedo a lo desconocido y por la dimensión de los problemas que ya no parecen ser a escala humana. Estos temores, si no se abordan, pueden llevar al público a extremismos peligrosos, un nacionalismo estéril y fuertes confrontaciones sociales”, concluye (Bruselas, 25 de abril de 1996).

Pues bien, advirtiéndose de inviable lo que pretenden algunos desde hace dos décadas, a saber, un “diálogo” o sincretismo de laboratorio entre quienes asociados a la disolución cultural y al final de los relatos paternalistas – no pocos beneficiarios de colusiones con la criminalidad “política” como cabe reiterarlo – y quienes sostienen el valor de los principios universales que guían a “la conciencia de los pueblos libres” y son comunes a sus varias civilizaciones, Jacques Maritain, uno de los exponentes más reconocidos de la corriente humanista cristiana a finales de la segunda gran guerra del siglo XX, apuesta al término por una metodología de aproximación fundada en la razón práctica moderna.

Juzga de posible enunciar los predicados “que constituyen grosso modo una especie de residuo compartido, una especie de ley común no escrita, en el punto de convergencia práctica de las ideologías teóricas y las tradiciones espirituales más diferentes” (Del autor, *Le Paysan de la Garonne*, París, Desclée de Brouwer, 1966). Pero juntando las dimensiones de la realidad [la descriptiva o normativa, la de la efectividad sociológica de las prescripciones de la conducta, y la adecuación de ambas al principio de Justicia o de mayor libertad para la persona humana], conjura, aquí sí, las desviaciones marxista y fascista que se retroalimentan de la maldad en doble vía, de una manera recíproca y vicaria.

Con los pies sobre la tierra las denuncia. Cree y está demostrado – lo afirma – que someten “al hombre a un humanismo inhumano, el humanismo ateo de la dictadura del proletariado, el humanismo idolátrico del César o el humanismo zoológico de la sangre y de la raza” (Del autor, *Humanisme intégral*, Lille, 1936). Son taras sociales que justamente vuelven por sus fueros bajo la fórmula del progresismo globalista, haciendo posible la epidemia de neopopulismos corruptos y posdemocráticos que se expande en las Américas y en Europa occidental.

Mas, para la comprensión realista del presente y su manejo no olvida este pensador cristiano francés la necesidad que tiene cada nación o pueblo de contar con raíces sólidas que le salven de las trampas del oportunismo o el tráfico de las ilusiones en las coyunturas, a cuyo efecto nos deja una clara enseñanza que cabe visitar: – “Lo que decimos y esto era ya lo que enseñaba Aristóteles, es que el saber político constituye una rama especial del saber moral, no la que se refiere al individuo, ni la que se refiere a la sociedad doméstica, sino precisamente la que se refiere de un modo específico al bien de los hombres reunidos en ciudad, al bien del todo social; este bien es un bien esencialmente humano y por lo tanto se mide, ante todo, en relación con los fines del ser humano, e interesa a las costumbres del hombre en cuanto ser libre que ha de usar de su libertad para sus verdaderos fines”, escribe (*Humanisme*, cit.).

Previene, a todo evento, que “la política no se ocupa de entes abstractos; el bien y el mal de que se ocupa se hallan encarnados en energías históricas de una intensidad, una duración y una amplitud concreta determinadas”. Por lo que de “frente a las fuerzas que actúan en la escena de la historia, no tiene que apreciarse tan sólo la verdad o la falsedad de los valores que representan consideradas en sí mismas y en estado abstracto, en su significación intemporal. Tiene que apreciarse además la energía de realización histórica y el coeficiente de porvenir que aportan” (Loc.cit.), bien para confrontarlas o acompañarlas.

Mas allá de las tradiciones occidentales o judeocristianas comprometidas, que soportan para su exégesis los argumentos que enuncia Maritain y hacemos propios, lo que se intenta poner en entredicho en la actualidad es el ordenador universal que se sobrepone a los ordenadores particulares. Y, tratándose de las realidades políticas, económicas y sociales, sean nacionales o supranacionales, ello exige conjugar siempre conforme al principio milenarista *pro homine et libertatis*, único capaz de preservar los fines de la libertad y sus seguridades en el mundo.

En medio de culturas y civilizaciones distintas, merced a que no precisa o es posible llevarse a cabo un acuerdo entre escuelas de pensamiento antagónicas, este exponente eximio del humanismo cristiano, Maritain, aceptando la imposibilidad de instalar “un pensamiento especulativo común” prueba, eso sí, con la Declaración Universal de 1948, la viabilidad de alcanzar “la comunidad de un pensamiento práctico”.

A partir de un mismo conjunto de convicciones respecto de la acción, se ha de erigir un punto mínimo de “convergencia práctica” o “residuo común” entre ideologías y tradiciones culturas distintas, afirma convencido (J. Maritain, *Introducción a los derechos del hombre*, Paris, UNESCO, 1949, apud. Eusebio Fernández García, *Dignidad humana y ciudadanía cosmopolita*, Madrid, Instituto de Derechos Humanos Bartolomé de las Casas, 2001).

LA RESPUESTA DEL HUMANISMO CRISTIANO, UN EPÍLOGO BREVE

La agenda de la democracia como experiencia instrumental se hace banal y ha perdido su influencia como variable existencial para las generaciones del presente. Y es que, lamentablemente, sólo se la conjuga – por los actores políticos y partidarios – en clave de poder y como correa de transmisión del Estado.

Se olvida que al término expresa dimensiones varias del personalismo, del desarrollo integral de la persona humana y de su eminencia frente al mismo poder, ahora global, que la amenaza y cosifica.

Se la ha vuelto dato de los algoritmos digitales o pieza subalterna de la Naturaleza. Su vida vale menos, ante el aborto y la eutanasia erigidos como derecho, que la vida de los animales y los bosques, beneficiarios de protección y nuevos referentes de culto ante la declarada muerte de Dios.

La reflexión reconstructiva frente al deconstructivismo cultural y político en boga, por ende, ha de girar alrededor de las cuestiones que atañen al mismo hombre y a su conciencia, incluida su conciencia de nación, vale decir, alrededor de las raíces que lo fijan en el lugar, como señor de los espacios y como especie racional que adquiere perfectibilidad con el paso del tiempo. El progresismo globalista, que disuelve estados y pulveriza naciones lo amenaza en su existencia como ser uno y único, sólo realizable en la alteridad con los otros y junto a los otros, todos partes de un mismo género, el humano.

¿La persona humana – cuya autoconciencia, la percepción de sí misma y su autodeterminación original es la que, partiendo de su soledad originaria les pone nombre a todas las cosas creadas y que son partes de la Naturaleza, sin que otro le ayudase para identificarse a sí misma – aceptará ser un mero dato o usuario o elemento que nutre a los algoritmos de la gobernanza digital en curso; esa que a diario condiciona a sus sentidos y le hipoteca el discernimiento?

¿Aceptará verse metabolizada dentro de las leyes evolutivas de la misma Naturaleza, dada la urgencia de la conservación ecológica o transición verde, obviando que como criatura racional fue situada en la cima de la propia Creación?

Además, por último, dado el distanciamiento social que se le impone – no ya por la pandemia universal sino por las redes o autopistas digitales y el mundo de lo virtual con sus metaversos –

¿asumirá, sin rebelarse, su encierro en otra cueva o nicho platónico al sentirse incomprendida, desamparada, triste e indefensa, sin el arraigo que le dan las raíces bajo los espacios, en medio de la contracultura de lo instantáneo y del narcisismo digital?

Son estas, en suma, interrogantes e hipótesis para su desarrollo acerca de las dos perspectivas intelectuales y prácticas en boga y dominantes, que de ser asumidas sin ánimo crítico o racional pueden conjurar la gran tarea pendiente y por hacerse desde el Humanismo. Cabe y es pertinente, resulta imperativo, pues, determinar y fijar un anclaje antropológico – ¿distinto, nuevo? – a partir del cual hacer una renovada interpretación práctica de las tendencias direccionales del siglo XXI en marcha, con vistas al otro período intergeneracional que se ha abierto con el aldabonazo ucraniano (2019-2049).

Las enseñanzas de la Iglesia Católica, mientras apuntaba a los universales y sostenía la tradición ofrecían respuestas que, fuera de lo confesional, han de ser de obligada reconsideración para el debate y el encuentro de una nueva síntesis antropológica que dé cara al globalismo de la deconstrucción.

“Todo hombre abierto sinceramente a la verdad y al bien, aun entre dificultades e incertidumbres, con la luz de la razón y no sin el influjo secreto de la gracia, puede llegar a descubrir en la ley natural escrita en su corazón (cf. Rm 2, 14-15) el valor sagrado de la vida humana desde su inicio hasta su término, y afirmar el derecho de cada ser humano a ver respetado totalmente este bien primario suyo. En el reconocimiento de este derecho se fundamenta la convivencia humana y la misma comunidad política”, recuerda Juan Pablo II (*Evangelium Vitae*) en 1995.

A ello ajusta Benedicto XVI, en 2009, que “el desarrollo humano integral supone la libertad responsable de la persona y los pueblos: ninguna estructura puede garantizar dicho desarrollo desde fuera y por encima de la responsabilidad humana”. Luego denuncia un fenómeno muy propio del progresismo instalado en Occidente:

“Los «mesianismos prometedores, pero forjadores de ilusiones» basan siempre sus propias propuestas en la negación de la dimensión trascendente del desarrollo, seguros de tenerlo todo a su disposición. Esta falsa seguridad se convierte en debilidad, porque comporta el sometimiento del hombre, reducido a un medio para el desarrollo, mientras que la humildad de quien acoge una vocación se transforma en verdadera autonomía, porque hace libre a la persona” (*Caritas in veritate*).

Ambos Pontífices abordan, seguidamente, las dos formas de gobernanza global y de totalización que buscan subordinar al hombre y transformarlo en dato u objeto de sus dictados mientras renuncia a la unidad de su naturaleza.

En lo relativo al mundo digital y de la inteligencia artificial son iluminadoras las palabras de Papa Ratzinger, en su citado documento: “El desarrollo tecnológico puede alentar la idea de la autosuficiencia de la técnica, cuando el hombre se pregunta sólo por el cómo, en vez de considerar los porqués que lo impulsan a actuar. Por eso, la técnica tiene un rostro ambiguo. Nacida de la creatividad humana como instrumento de la libertad de la persona, puede entenderse como elemento de una libertad absoluta, que desea prescindir de los límites inherentes a las cosas. El proceso de globalización podría sustituir las ideologías por la técnica, transformándose ella misma en un poder ideológico, que expondría a la humanidad al riesgo de encontrarse encerrada dentro de un a priori del cual no podría salir para encontrar el ser y la verdad”, afirma.

Juan Pablo II, en su señalada Encíclica y apuntando a la cuestión ecológica o de la transición verde, hace una amplia exégesis que parte de una premisa fundamental o básica: “El hombre, llamado a cultivar y custodiar el jardín del mundo (cf. Gn 2, 15), tiene una responsabilidad específica sobre el ambiente de vida, o sea, sobre la creación que Dios puso al servicio de su dignidad personal, de su vida: respecto no sólo al presente, sino también a las generaciones futuras”.

Sus matizaciones, entonces, han de leerse a la luz de dicho marco conceptual. “Es preciso, pues, estimular y sostener la “conversión ecológica”, que en estos últimos decenios ha hecho a la humanidad más sensible respecto a la catástrofe hacia la cual se estaba encaminando. El hombre no es ya “ministro” del Creador. Pero, autónomo déspota, está comprendiendo que debe finalmente detenerse ante el abismo”, dice Papa Wojtyła.

Lapidaria es, y apropiada como epílogo, su afirmación concluyente, de mirada universal, que plantea en 2001 en una de sus Audiencias Generales, juntando la cuestión ecológica con el problema crucial de las identidades y del género que vienen disolviendo a nuestras naciones y sus Estados: “No está en juego sólo una ecología “física”, atenta a tutelar el hábitat de los diversos seres vivos, sino también una ecología “humana”, que haga más digna la existencia de las criaturas, protegiendo el bien radical de la vida en todas sus manifestaciones y preparando a las futuras generaciones un ambiente que se acerque más al proyecto del Creador”, finaliza.

Cádiz, 28 de septiembre de 2022

CIUDAD-NACIÓN Y GLOBALIZACIÓN

**ENTRE LA RAZÓN DEMOCRÁTICA Y
LA TÉCNICA**

EN EL DÍA INTERNACIONAL DE LOS
DERECHOS HUMANOS

“Quienquiera que crea en la cultura del espíritu y en su libertad y desee la eterna permanencia de esa cultura suprasensible mediante la libertad, ese, cualquiera sea el lugar de su origen y la lengua que hable, pertenece a nuestra raza y será nuestro”.

J.T.Fichte, *Discursos a la nación alemana*, 1899

UNIVERSALES Y PARTICULARES COMO EN LA ESCOLÁSTICA

El argumento al que se contrae este papel no plantea una contradicción entre términos y realidades: globalización vs. nación. Menos es una demonización de algo que desde ya se impone fatalmente – la gobernanza digital global y su expansión hacia la inteligencia artificial, que adquieren mayor resiliencia tras el Covid-19 – y no tendrán marcha atrás, como no la tuvo el nacimiento de la imprenta y su influencia civilizatoria en el planeta: “La revolución que emprendió, considerada la primera gran revolución dentro de la escritura, sumó al manuscrito – dominante absoluto durante dos milenios y medio –, y a la xilografía, que es la pre-imprenta, la facilidad de las copias mecánicas exactas y en cantidad creciente. Así nació el libro impreso y empezó la difusión de la literatura y la ciencia, al tiempo que la comunicación, que va dejando de ser oral y manuscrita tan sólo, pasó a ser impresa también e impresa periódicamente”, explica Xosé López García (*La metamorfosis del periodismo: Historia de lo que permanece y de lo que cambia en el ciberperiodismo del tercer milenio*, Sevilla, 2010).

Pero el caso es que la imprenta, por su naturaleza, no ha dejado de ser un instrumento netamente humano, obra y al servicio de la inteligencia humana, mientras que la realidad virtual y digital, aún hoy bajo su dominante de algoritmos privilegia su relación con los sentidos. Y en su paso posterior hacia lo cuántico, será real y potencialmente capaz de superar y sustituir al mismo ingenio de la especie racional. De modo que, ante ello cabe la pregunta inveterada pero actualizada, propia de los grandes ciclos milenarios, que ocupara los espacios de reflexión durante la escolástica medieval: Dado el innovado *Deus ex Machinae*, que es referente de universalidad e hiperrealismo platónico, situado en el mundo de la No-cosas, dirá Biun Chul-Han (*Quiebras del mundo de hoy*, 2021), y siendo el Leviatán artificio universalista que se agota, ¿qué restará como particular o particulares donde quepa situar ahora al individuo sensible, al mundo de las cosas, que reequilibre y evite el totalitarismo de la técnica sobre éste?

San Agustín sitúa a los universales, ante-rem, en la mente de Dios, con existencia propia y objetiva separada de la que se nutren las personas y las cosas; y lo cierto es que de la realidad virtual con sus metaversos mal podría predicarse, como lo haría Roscelino de Compiègne (1050-1120) que son meros *flatus vocis* – emisiones fonéticas o ideas del mismo hombre que le permiten generalizar sin que adquieran unidad propia, pues el mismo Dios, argüía este, no es Trino, sino Dios-Padre, Dios-Hijo, Dios-Espíritu Santo, expresiones singulares. Fue, por ello, acusado de triteísmo (Félix Amat, *Tratado de la Iglesia de Jesucristo*, Tomo octavo, Barcelona, 1799; asimismo, Umberto Eco, Coordinador, *La edad media: Catedrales, caballeros y ciudades*, II, FCE, 2018).

Pero más allá de la digresión anterior, el asunto es que la misma electricidad como fenómeno físico surge de la conexión entre extremos que se relacionan funcionalmente: un positivo, un negativo, tanto como la experiencia humana moral discurre entre el bien y la maldad, en el inevitable camino hacia la perfectibilidad. De allí que, observados los efectos de las inéditas revoluciones industriales de 1989, que determinan un «quiebre epocal»,

una ruptura epistemológica que puede comprometer a la Humanidad y su naturaleza, de suyo a la existencia o a una vida humanamente digna – sin que esto suene a Armagedón – cabe hurgar sobre ese otro punto de equilibrio permanente para lo venidero y con que el que han contado todas las civilizaciones, también las ciudades como expresión cultural, para sostenerse en el tiempo con independencia de las formas políticas que se hayan dado y hasta las hayan dominado: los imperios, los señoríos o repúblicas medievales, los absolutismos monárquicos, ahora el Estado o los Estados en el XXI.

La posmodernidad o el tiempo global de los no-lugares, el de la virtualidad en boga, en la que el mismo tiempo desaparece y se hace instantáneo, ve desaparecer al mismo Estado. Sobrevive, es verdad, pero como franquicia cuyo poder real declina aceleradamente, salvo cuando se ejerce – limitadamente, en lo endógeno – bajo la violencia y el autoritarismo.

Y no se diga que el hombre – varón o mujer – siempre ha estado sujeto, ayer al dominio de su clan y ahora a su servidumbre digital, como número, usuario o engranaje necesario del sistema de consumo de datos que de modo heterónomo propician las grandes plataformas (Twitter, Instagram, You Tube, Tik Tok, LinkedIn, Facebook), tanto como, más allá del Estado y he aquí el punto que advierto como contracara de la globalización, lo estaría dentro de la ciudad o nación que conjugadas en plural, dentro de la nación-nacional, le han dado a este su moderno contenido.

“El individuo es ciertamente una parte de ese todo que se llama Ciudad – escribe Étienne Gilson y en criterio que estimo pertinente – pero no forma parte de ella en el mismo sentido en que la mano forma parte del cuerpo; no es una parte natural de ella, y por eso, si se expone en bien de la ciudad, ya no lo hace en virtud de una inclinación natural, sino como consecuencia de una decisión de su razón. Conociendo y juzgando el género de dependencia que lo vincula a la ciudad, decide que esta es preferible para él y se expone libremente por ella”.

Agrega, seguidamente, que “si luego nos elevamos al plano más superior de la dependencia del hombre a Dios, es absolutamente evidente de que la comparación de que hemos partido no es valedera. Es ciertamente verdad decir que Dios es el bien universal en el cual se haya contenido todo bien particular, pero la relación de dependencia que une al hombre a Dios no puede ser la de la parte al todo”, finaliza (Del autor, *El espíritu de la filosofía medieval*, Rialp, Madrid). Con lo que, al término, podemos predicar que la libertad humana y el carácter racional de la especie hombre sólo adquiere plenitud en “su” lugar, en el “lugar” donde asienta su fardo de carne y de huesos, lejos del Metaverso, y para el reposo espiritual que le ofrece el transcurso de tiempo. No es otro que la ciudad, su nación, su patria, las raíces de esa Ítaca que sostienen su memoria mientras avanza por esta Odisea distinta del siglo que corre y nos tiene por testigos.

En todo caso, lo universal coexiste de modo necesario e imperativo con los particulares, así la globalización – con vocación de dominio total – con las naciones naturales que permanecen en medio de la deconstrucción que acusan, sobre todo, las instituciones del Estado moderno y sus prolongaciones en los planos regional y universal. Pero ocurre esta vez una inversión de roles, a diferencia de la prédica que sobre la cuestión nos presenta el Obispo de Hipona al diferenciar la civitas terrena de la civitas caelestis: “el uno que busca la utilidad común para conseguir la sociedad superior, el otro que encausa la cosa común en provecho propio por el arrogante deseo de dominar; el uno que está sometido a Dios, el otro en pugna con Él; el uno es tranquilo, el otro turbulento...” (José Villalobos, *Ser y verdad en Agustín de Hipona*, Universidad de Sevilla, 1982).

EL DERECHO A LA DEMOCRACIA

Al escribir en 2008 mi libro *El derecho a la democracia*, que es desarrollo del discurso que elaboro para mi incorporación a la

Academia de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires (2006), dejó atrás la perspectiva procedimental o instrumental de dicha experiencia política, cultivada por Occidente bajo inspiración de los griegos. Su versión clásica, la entiende como un mecanismo para la organización del poder, sin mengua de las limitaciones que posteriormente se le fijan al dictado de las mayorías electorales, sobre las que insistirá, desde la escuela italiana, Norberto Bobbio (*El futuro de la democracia*, 2001).

Las luces y sombras de mi experiencia con el referéndum revocatorio de 2004 en Venezuela y su forzado desenlace, a manos del Centro Carter para sostener en pie al régimen de Hugo Chávez Frías, acompañado por los gobiernos extranjeros que tres años antes habían suscrito la Carta Democrática Interamericana, fueron el acicate, el laboratorio propicio para mis observaciones y análisis sobre la cuestión deconstructiva de lo cultural en marcha. Al término me llevarán a la verificación del quiebre epocal que apenas esbozo treinta años atrás y a encontrar su solución dentro de la matriz de la experiencia de la democracia como forma de vida y estado del espíritu (Vid. mis ensayos “Memorándum sobre la paz y el nuevo orden y el nuevo orden mundial: A propósito de la invasión iraquí a Kuwait”, *Política internacional*, N° 25, Caracas, 1992, y “El nuevo orden internacional y las tendencias direccionales del presente”, *El reto democrático: América Latina 1992*, Anuario, ODCA, 1993).

Le doy pivote entonces a la idea seminal del «derecho humano a la democracia». Dentro de la mejor perspectiva que aún ofrece el sólido pensamiento humanista de Jacques Maritain, quien trabajó en la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948, arguyo que la democracia es parte sustantiva e integradora de los derechos fundamentales de toda persona y no solo del ciudadano; los que anclan en el principio ordenador de la dignidad humana y sólo pueden realizarse desde el acabado sentido que adquiera la participación democrática – distinta de la olocracia o democracia directa con la que mal se la confunde – y que es precedente y complementaria de la representación políti-

ca: “No hay ni ha habido autocracias descentralizadas, por lo que en definitiva, sólo los autoritarismos temen y rechazan tanto la descentralización política [“la lugarización”] como la participación democrática”, refiere con pertinencia Allan R. Brewer Carías (“Sobre la globalización, la «lugarización» y el pequeño municipio”, Valladolid, 2004).

De modo que, como desenlace reflexivo cabe aprehender dicha noción – como lo estimo ahora – en el marco de la cultura de la localidad, de la ciudad en su relación como espacio con la temporalidad, pues es esta la que ata a las gentes en el afecto y por ser el nicho dentro del que forjan estas sus proyectos de vida; pues la ciudad, como “nación en pequeño ... no se siente bien sino al calor de sus costumbres” diría F. Pi y Margall (*Las nacionalidades*, Madrid, 1911). La libertad es la costumbre, es lo constante en caso venezolano más allá de su prédica constitucional.

Y me refiero a la localidad, a la ciudad, a la nación como sinónimos que a su vez dan una exacta perspectiva del sentimiento de patria que impele al discernimiento y luego la decisión democrática, como balance indispensable con las tendencias actuales y profundas hacia el unilateralismo de la globalización que hemos citado; sin que ello implique, exactamente, asumir al pie la exégesis que hace el autor de la ahora llamada «glocalización», Roland Robertson, a partir de un término compuesto de origen japonés para fines comerciales. Busca indicar sobre los ajustes que cabría introducir en la localidad, para que mejor trabaje la globalización: pensar global, actual global sería la síntesis de su desiderátum.

Es, acaso mejor, un planteamiento, el nuestro, que se aproxima al de Carlos Fuentes, para quien “el hombre que se siente perfectamente a gusto sólo en su tierra no es sino un tierno principiante. El que se siente cómodo en todas partes ya es mejor. Pero sólo es perfecto quien se siente un extraño en todos los lugares que visita” (Al recibir el Premio Cervantes, 1987, vid. Thomas Stauder, *Glocalización como meta para el nuevo milenio: la propuesta de Carlos Fuentes en Gringo Viejo y la Frontera de Cristal*, pp. 39

y ss., en *Negociando identidades, traspasando fronteras*, de Susanne Iglér y Thomas Stauder, editores, Madrid, 2008).

En América, como cabe advertirlo, por ajena a la perversa desviación europea de los nacionalismos, se entiende a la ciudadanía, reitero, desde lo patrio, a saber: “El pueblo que es libre como debe serlo puede tener patriotismo. No es el suelo solamente donde vio la luz del día lo que constituye la patria... pero ella no es el fruto de un momento; es indispensable formarla gradualmente...”, ajusta el patricio venezolano Miguel José Sanz (“Política 1810”, *Semanario de Caracas*, 1810-1811). Así, desde la hora del descubrimiento en las tierras colombianas éstas se vuelven semilleros de ciudades y de pueblos de doctrina, organizados políticamente alrededor de los cabildos.

Entiendo a la ciudad o nación y al lugar que adquiere su textura humana y humanizadora con el paso del tiempo, como categoría cultural, asiento primigenio de la nación-nacional como expresión de conjunto. Toda ciudad, desde el Génesis, es lenguaje compartido, pero no basta. Es la historia que se forja dentro de esta, armonizando y desplegando la diversidad humana en el espacio sin volverla rompecabezas, ni separar a sus familias y gentes. Totaliza, sí, para lo ciudadano, pero bajo la premisa del hacer personal y el común que construye perspectivas y relatos compartidos; de donde no me refiero a la ciudad o a la nación como la simple organización de una república o a la nación-nacional –debo enfatizarlo– que le da soporte a este durante la modernidad, entre otras tantas formas de gestión del poder. Apunto a la nación, a la ciudad, a la patria, en su más genuina expresión: el odre espiritual en el que se juntan el vino viejo de nuestros ancestros con el vino nuevo que somos los causahabientes, dando arraigo y para ofrecer renovados y crecientes matices en beneficio propio y de quienes nos siguen hacia el porvenir.

Miro al Estado, por ende y en lo actual, como ropaje de circunstancia. Ha derivado, avanzado el siglo XXI, en casa de citas de las élites políticas y económicas que se retroalimentan para servirse sólo a sí, cuando falta la democracia como práctica de

vida local e hija de las vivencias de una nación; porque la democracia verdadera es ciudad y localidad. Su cuerpo real lo constituyen, en efecto, las «lugarizaciones» y lo secular. “Una civilización es ante todo un urbanismo”, recuerda con pertinencia Octavio Paz (Del autor, Sor Juana Inés de la Cruz, o *Las Trampas de la Fe*, 1982).

Hoy nos los enseña, golpeando a las conciencias en Occidente, Ucrania. Lo digo en otros de mis textos: “Tras una penosa historia moderna, una vez como llega el cisma al gobierno monárquico electivo medieval de los eslavos y se eligen príncipes en Moscú, separados de la Ruz de Kiev, vive condenado por siglos al infierno de la servidumbre y del despotismo el pueblo ucraniano. No conoce otra forma de vida. Sus espacios se los reparten las potencias dominantes y al derrumbarse el comunismo, de suyo predicándose como natural que los ucranianos asumiesen un destino similar, buscan afianzar su independencia. Optan por defender su libertad y vivir la experiencia humana de la democracia con alternabilidad, desde hace tres décadas, a partir de 1991”, desafiando al poder político.

DECONSTRUCCIÓN DE LA DEMOCRACIA Y CIUDAD-NACIÓN ESPONTÁNEA

El expresidente Valentín Paniagua, fallecido, conductor de la transición en Perú, a propósito de mis reflexiones en el libro que menciono supra me observa la afectación que acusan los estándares históricos de la democracia sustancial y de ejercicio, renovados por la Carta Democrática Interamericana (2001). Los había descrito dentro de aquél con amplios soportes que encuentro en mi revisión integral de la jurisprudencia interamericana de derechos humanos, unas 600 enseñanzas (De mi autoría, *Digesto de la democracia: Jurisprudencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos 1987-2014*, 2014). Intentaba demostrar, lo logro teóricamente, el carácter normativo vinculante de tan trascendental docu-

mento, hijo de una larga decantación que se inicia en 1959, en la OEA de Santiago de Chile, treinta años antes del agotamiento del socialismo real. Luego cede la democracia, paradójicamente, bajo un clima de prepotencia en un Occidente que celebra y cree haber ganado su batalla por la libertad.

Estimaba con lucidez Paniagua los efectos deconstructivos inevitables de nuestro catecismo democrático, coetáneos al reacomodo global que ya se suscitaba, no tanto por el agotamiento del modelo soviético – contracara y espejo-contrapeso para Occidente – sino, justamente, en virtud del ingreso de la Humanidad a la civilización digital y cuántica, tras la que adquiere contextura la metáfora – Aldea Global – imaginada por Marshall McLuhan hacia 1962.

El «quiebre epocal» sobrevenido y en curso, en efecto, comprometía y compromete las bases espaciales y temporales del ejercicio del poder del Estado, tal como fuese entendido a lo largo de la milenaria historia de los hombres y de los pueblos. Descarta las «lugarizaciones» y predica el desencanto democrático. Y es que las naciones que aquel vestía, por lo demás, quedan al desnudo, expuestas, como lo muestra la experiencia corriente, a una disolución identitaria y de nichos primitivos procuradores de incertidumbres y escepticismos colectivos.

Así, con mi libro de 2008 reacciono ante el abúlico y cínico comportamiento de la diplomacia regional por incapaz de defender a la democracia como derecho – tal y como la presenta el artículo inaugural de la novísima Carta de 2001, patrimonio intelectual de la región. Sus contenidos, por expresar derechos humanos totalizantes, son los amenazados de desaparición con la emergencia de lo digital y cuántico. Lo alertaba hace casi medio siglo Ernesto Mayz Vallenilla, rector fundador de la Universidad Simón Bolívar al instalar el Instituto de Altos Estudios de América Latina de cuya forja participo:

“Sobre América Latina se ejerce un creciente proceso de transculturación, cuyos efectos desintegradores se reflejan sobre el ethos peculiar de nuestros pueblos. Absorbido y desfigurado semejante ethos por la fuerza anonimizadora y homogeneizadora de la técnica, el resultado de este proceso conduce a desvincular al hombre latinoamericano de su propio mundo desarraigando de éste su conciencia – hasta transformarlo en un apátrida, o en alguien cuyo mundo es semejante al de cualquier otro habitante del planeta” (Del autor, “Latinoamérica en la encrucijada de la técnica”, en USB/Instituto de Altos Estudios de América Latina, América Latina Conciencia y Nación, 1976).

En las Américas, lo deconstructivo de la «conciencia de nación» se hace, más que evidente, algo muy fácil. Ha dominado allí el Leviatán, el artificio hobbesiano (Thomas Hobbes, *Leviatán: O la Materia, Forma y Poder de un Estado Eclesiástico y Civil*, FCE, 2020). En los siglos de la modernidad, ciertamente, predomina en Occidente el Estado, ese artificio – “dios mortal, al cual debemos, bajo el Dios inmortal, nuestra paz y nuestra defensa” – nacido de acuerdos sinalagmáticos entre los repartidores de poder de lo ciudadano o algunas veces de la llamada soberanía popular representada, llegado para encarnar en sí, sustituyéndolas, a la nación o a las naciones como expresiones humanas de lugar y de tiempo que le precedieran; que han existido y se han realizado hasta entonces, guiadas por el lenguaje y por la comunicación recíproca que amalgama a las gentes y construye sus lazos de solidaridad.

Este, al efecto, se adelanta y sobrepone a la cultura de las localidades venida desde el más lejano amanecer y de manos de los fueros hispanos. Amagan a éstas, en el caso de Venezuela, a partir de 1812 y durante todo el siglo XIX, cuando a las esencias del mestizaje se las fragmenta en el imaginario para enfrentar a sus savias, unas contra otras; esas, justamente, que alcanzan a cristalizar en los espacios-ciudades de nuestros municipios históricos, agregadores de pueblo, sostenes de unidades en la diversidad de lo que comenzamos a ser como Mundo Nuevo.

Las semillas de nuestro ethos, antes de que apareciese la envolvente república militar y sus cuarteles, fueron las ciudades y los pueblos de doctrina a los que siguen los ayuntamientos o cabildos. Es nuestra experiencia real y primaria de convivencia, después de organización cívica durante la Colonia y en el momento de la Independencia dan lugar a un sistema político confederado en 1811: “En todo lo que por el Pacto Federal no estuviere expresamente delegado a la Autoridad General de la Confederación, conservará cada una de las provincias que la componen, su soberanía, libertad, e independencia”, reza el Preliminar de la Constitución Federal de Venezuela.

Aquél, el Estado, si bien no alcanza a diluir las esencias de la nación referidas y su necesario producto cultural en el quehacer para el hacer de la ciudad, más tarde las hipoteca con los proyectos nacionales que propulsarán sus gendarmes militares. Hasta se comporta de un modo tal ese Estado que, a la nación misma, la sojuzga constitucionalmente. En nuestro tránsito colombino y luego americano, por lo demás, más que de Estado adquiere el Leviatán o encarna en el hombre a caballo, su más acabada degeneración.

La cuestión anterior mejor se entiende con los datos de la experiencia.

Por una parte, al clausurarse – provisionalmente – el Antiguo Régimen y el absolutismo regio en España tras la invasión napoleónica, la Cortes de Cádiz pergeñan a la nación española, al estimarla como una realidad obra de su cultura, de sus tradiciones, y expresión previa a su configuración política más antigua. “El término que usa la Constitución es de naturaleza y no el de nacionalidad”, sin que, a aquél, el de la Nación, se lo entienda como expresión totalizante, como la del pueblo, precisa Bartolomé Clavero (Del autor, “Cádiz como Constitución”, en *Constitución Política de la Monarquía Española*, II, Sevilla, 2000). Así que, cuando en La Pepa, como se le llama al texto pionero del constitucionalismo liberal en 1812, se dispone que “La nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios” (artículo),

refiriéndola lógicamente a lo espacial del imperium se afinca, sobre todo, en la unidad de la lengua y las costumbres maceradas entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

Pedro González-Trevijano, citando a Sánchez Agesta recuerda que las bases del proyecto que contiene a dicha idea de nación “han sido, para nuestros mayores, verdaderas prácticas, axiomas reconocidos y santificados por la costumbre de muchos siglos”. De donde es la nación sobre la que se ha de “cimentar la titularidad constituyente, la piedra angular sobre la que erigir el sistema político [aguas abajo], y la fuente, por ende, de la soberanía”, agrega.

Esa enseñanza, hija de la localización y del tiempo, de la naturaleza como se la señala, al permear sobre América, volvamos al caso de Venezuela, cristaliza – no podía ser de otro modo – en el mencionado cabildo como personalización de la ciudad, prolongación de la realidad de una nación que adquiere alma de patria verdadera. Pero ella, reitero, se diluye y se la reconstruye difuminándola más tarde en la idea de la nación-nacional, que no es la originaria y natural.

Al estabilizarse la república a partir de 1830, seguramente que inspirada en la prescripción gaditana, la Constitución de entonces hablará de la nación como “la reunión de todos los venezolanos bajo un mismo pacto de asociación política para su común utilidad”. La venezolanidad adquiere, de tal modo y para lo sucesivo, la textura de nación-nacional a la luz de valores superiores pactados o convenidos; siendo que esta ya es y son naciones varias como ciudades, con especificidades culturales y costumbres propias al momento mismo de alcanzar los integrantes de estas la necesaria unidad para el ejercicio común de la soberanía. Y la nación-nacional ejercerá ésta a través de los poderes que constituye, como lo revelan sus artículos 1 a 3, adquiriendo, aquí sí y diluyéndose tanto nuestra conciencia de nación en el mestizaje, la connotación igualmente sobrevenida de pueblo, que hará como conjunto el ejercicio electoral y determinará su representación legítima (artículo 7).

No por azar, como lo recuerda Mario Briceño Iragorry al referirse al momento de nuestra Emancipación de 1810, protagonizada por el Cabildo caraqueño, “La Patria venía de atrás. Las grandes voces que se estrenaron en aquella hora singular de la República habían sido transmitidas, de oído a oído, al través de una obra callada, paciente y fecunda; habían sido comunicadas, de generación en generación, con el sigilo misterioso de las cosas sagradas, como legado espiritual de un pueblo que tenía gustadas la miel y la leche de las libertades municipales” (*Prefacio, Actas del Cabildo de Caracas*, Tomo I, 1573-1600, Editorial Élite, 1943).

Pi y Margall, citado, a la sazón y precisando sin descartar a los agregados de ciudades que siguen a la reunión de familias que forman a estas como ciudad y localidad, se pregunta lo siguiente: “Si las grandes naciones se hubiesen constituido y conservado sin menoscabar la autonomía de las pequeñas, ¿habrían pasado por tantas vicisitudes?”. Su respuesta es elocuente.

Es también pertinente por su actualidad en cuanto a lo que nos ocupa:

“Que la necesidad económica acercó a las familias y dio origen a la ciudad, el primero y más natural de los grupos políticos; que la ciudad es la nación por excelencia, y naciones fueron en un principio, y siempre que pudieron, todas las ciudades; ...por la voluntad de los pueblos no se habría llegado nunca a la formación de naciones múltiples; que esas naciones múltiples, debidas a la necesidad [es el caso europeo], fueron siempre pequeñas, y la acción de sus poderes públicos no llegó nunca a la vida interior de las ciudades que las constituían; que las grandes naciones fueron siempre hijas de la violencia y se disgregaron apenas desapareció o disminuyó la fuerza que las unía; que sólo viven sin solución de continuidad las federalmente organizadas, es decir, las que dejan autónomos los Estados [las ciudades o naciones-estado] que la constituyen”.

¿Podrá explicarse, en esto, en sus dimensiones geopolíticas purgadoras de la cultura de la localidad, en suma, la acelerada fragmentación social y política que acusan las repúblicas americanas y hoy prosternan a sus instituciones, al perder aquellas su poder y desplazarse, como efectivamente viene ocurriendo, a manos de la gobernanza digital? ¿Y si la nación-nacional vive como tal y dentro del Estado nuevas vicisitudes, la pulverización extrema de aquel acaso se salvará del mismo destino? Cabe reflexionarlo, sobre todo vistas las experiencias neoconstitucionales que, creyéndoselas ver como solución en América Latina, han atizado divisiones y odios que se creían superados.

CIUDAD-NACIÓN VS. ESTADO NACIONAL

En hilo con lo anterior, cabe precisemos o insistamos en la referencia nuestra a la nación como ciudad, que permanece aún o late a la espera del reencuentro de sus raíces – mientras no se la convierta en «ciudad inteligente» que la pueda vaciar de alma si no median prevenciones tras el envolvente proceso de «glocalización» comentado – es el eje que, como lo creemos, podrá asegurar el sostenimiento del universal renacido como principio tras la Segunda Gran Guerra del siglo XX con el Holocausto. Es el mismo que renueva hoy la trágica situación de Ucrania, el del respeto a la dignidad eminente e inmanente de la persona humana. La prohibición de su cosificación o relativización por parte de la técnica y hasta ayer por el Leviatán, por consiguiente, ha de volver a ser axioma – cabe considerarlo – y variable determinante dentro las tendencias hacia el «mundialismo» en sus diversas manifestaciones.

Esta corriente, por cierto, que ayer y aún hoy cree poder alcanzar la unificación política del género humano, no lograda por Naciones Unidas, y que atribuye la pérdida de la paz a las divisiones y disparidades de régimen político prevalecientes, cree que es la ocasión para que las «sociedades particulares» salgan de su

“aislamiento originario en un mundo que se hace cada vez más interdependiente entre sus partes” (Lucio Levi, en *Diccionario de Política*, de Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gian Franco Pasquino, SXXI, 1981). Lo universal, otra vez habría de encontrar su punto de equilibrio con esos particulares renacidos o que habrán de renacer con la posmodernidad.

Queda de lado, por ende y en cuanto a las consideraciones que hemos planteado cualquier confusión, no huelga reiterarlo, con la idea política o constitucional de la nación o de la desviación que acusara dicha noción durante la modernidad europea, siendo germen de grandes atrocidades. Esta última es asimismo distinta de la que teoriza Giuseppe Mazzini (1805-1872) en el siglo XIX, padre de la unificación italiana, destacando la fusión necesaria entre ella y el Estado, forjando una fidelidad situada más allá de las pertenencias territoriales, religiosas, culturales.

Tampoco nos ocupa la nación que propulsa la revolución francesa y, quizás, con sus matizaciones, sí la de orden cultural que abordan J.G Herder (1744-1803) y Fichte (1762-1814), discípulos de Kant. Admitimos, no obstante, que en el plano de nuestro interés – el de la nación por construir o redescubrir como estado de conciencia – tal noción como las precedentes no son unívocas o generalizables en cuanto a sus orígenes, modalidades o características naturales, que pueden ser y han sido diversas en cada caso.

Si cabe resaltar, como lo hace la doctrina, que la nación representa un vínculo natural permanente – ab inmemorabili – de un grupo de personas y es precedente necesario para la organización política; que puede resultar de una o varias naciones que adquieren textura como nación-nacional según la experiencia que hemos excluido para nuestra reflexión y hemos destacado ya.

Optamos, en fin, por la que pone énfasis en las costumbres y/o en la lengua, otorgándole, éstas, personalidad propia y una comunidad de ambiente físico, la ciudad: “en el que un grupo de hombres [repite, siguiendo a Francesco Rosolillo, apud. Diccio-

nario, cit.] vive, vincula su experiencia cotidiana, crea recuerdos comunes, vuelve similar su forma de vivir y la vuelve un elemento constitutivo” suyo. Les llama “nacionalidades espontáneas Albertini, “y no tienen necesidad de un poder político para mantenerse”; o, por la misma razón, sobreviven a este teniéndolo o habiéndolo tenido y desaparecido.

Lo anterior puede visualizarse mejor entre los ucranianos, o en las comunidades culturales de la antigua Yugoslavia al desaparecer su república federal como estado que las englobara; o, en el caso Venezuela, que siendo una república presidencial actualmente centralizada, su crisis institucional y su diáspora o dispersión social, no han logrado apagar v.gr. las especificidades del andinismo o de lo guayanés, o de lo zuliano o lo llanero u oriental, o de quienes hacen parte de ciudades urbanas con sólido arraigo como Valencia y Puerto Cabello o Barquisimeto, sin que pueda mencionarse a Caracas, pues salvo su simbología política patria es un nicho de dispersión identitaria. En Ecuador, entre tanto, su sostenida crisis política e institucional encuentra como fuente las disparidades culturales entre las gentes de la costa guayaquileña y las del páramo.

LAS ENSEÑANZAS DE FICHTE

Los Discursos patrióticos de Fichte, popularísimos en la Alemania de finales del siglo XIX y traducidos al francés y al español, que algunos demonizaban y le hacen decir a Goethe: “Dios nos libre del patriotismo”, son de interés para la consideración y debate que proponemos. Se explican bajo el clima dentro del que tales peroratas del célebre filósofo discípulo de Kant tienen lugar y ocurren como alerta, cuando Napoleón hace suyos a los Estados alemanes e impone sobre ellos su total dominio; como en el presente lo hacen Cuba, Rusia, Irán, China, la narco-guerrilla colombiana recalcitrante y contumaz sobre la desmembrada venezolanidad, y como lo intenta en la hora Vladimir Putin sobre los ucranianos.

Rafael Altamira, prologuista y traductor al español de la señalada obra cuya edición de 1899 (*Discursos a la nación alemana* por Juan T. Fichte, Madrid) nos sirve de fuente, describe con crudeza el ambiente que diera lugar a las reflexiones dirigidas a la nación alemana y que el autor justifica al comentar que sólo quiere “levantar el ánimo y la esperanza en los corazones abatidos de sus compatriotas”:

“A comienzos del siglo, y a pesar del grandioso florecimiento de su literatura y de su filosofía, [dice,] el pueblo alemán, desorganizado, corroído en sus clases directoras por el egoísmo, la frivolidad y el orgullo, y falto de base en la masa social (inculta e indiferente a todos los grandes intereses de la vida) ofrecía un tristísimo espectáculo, de que los mismos alemanes no se daban cuenta”.

Fichte se muestra persuadido de una constante, en su caso y en el de su tiempo no la tecnológica, sino la del arte político, que a su juicio “ha multiplicado con éxito los medios de engañar y rebajar moralmente a los vencidos para dominarlos con más seguridad; invenciones engañosas, hábiles mezclas de ideas de palabras, han servido para calumniar recíprocamente a los príncipes y a los pueblos, para dominar más firmemente, gracias a la división así introducida; se han excitado y desarrollado artificialmente todas las vanidades y egoísmos, para hacer despreciable al vencido y aplastarlo con apariencias de justicia”, observa.

Napoleón, en efecto, entiende la idea revolucionaria de la soberanía de la nación [de su existencia y de su «principio de las nacionalidades» inherente para la época] como vuelve a ocurrir en el siglo XXI, como “la omnipotencia del gobierno [dentro de Estados franquicia, en la actualidad], esto es, del jefe de Gobierno”. Éste es la encarnación de lo nacional, a despecho de la realidad alemana precedente.

Difícil no resulta en la actualidad, entonces, poner nuestra mirada atenta y escrutadora sobre las diásporas del siglo XXI, la venezolana citada, la siria, la ucraniana, en especial la primera que

despreciada va y viene luego de atravesar la selva del Darién sin contar con dolientes, salvo la promesa del extraño del Norte que le pide regresar de su tránsito hacia su infierno, para que desde allí pueda resolver con serenidad sobre su futuro. La cuestión no es baladí.

La nación por construir o reconstruir significa encontrar otra vez un elemento vivificante de raíces que puedan sostener, que nos puedan sostener, en medio de la inevitable dispersión.

“La madre patria – bien lo refiere el filósofo alemán que releemos – es [como contracara de la globalización] ese ciclo eterno que se extiende por todos lados y en el que los vapores ligeros se condensan en nubes, las cuales, cargadas de electricidad por el rayo que Júpiter tonante forma en otros mundos, caen sobre la tierra en refrescante lluvia que todo lo purifica, elementos terrestres y celestes, y hace germinar en el suelo los frutos del cielo”, a cuyo efecto se pregunta y cabe, por ende, nos preguntemos ahora nosotros ¿querrán algunos nuevos titanes escalar el cielo? La respuesta de Fichte es lapidaria y condenatoria de los mesianismos patrióticos. Ninguna parentela podrá atribuirse a la idea de lo nacional en Fichte con la que se ha pergeñado desde la ideología y en el plano del poder, como durante el nazismo.

Tanto que, agrega tajante este que “ese cielo hermoso no será para ellos, hijos de la tierra, sino que dejarán de verlo – así ocurre desde que se inician los ostracismos – y sólo les quedará su tierra fría, tenebrosa y estéril”. El escudo, cabe el giro en sus Discursos a la nación alemana, es la preservación de la lengua propia y de las raíces culturales, a costa de todo, hasta la vuelta o para sobrevivir ante su falta.

EL DERECHO A LA PAZ, DENTRO DE LA LOCALIDAD

Si la democracia, por haber sido funcional a la razón de Estado, sufre y reclama hoy de su reinención o de su resituación en un espaciotemporal estable en el que a la vez pueda adquirir

su consistencia como derecho humano integrador, que no puede ser otro que el de la ciudad o la nación como escudo cultural, cabe agregar a la misma – lo señalo con base en mi propia experiencia – al tema de la paz como derecho, que es orden en la justicia y ésta, a su vez, la que predica conjugar en favor de la libertad. El «quiebre epocal» igualmente ha perturbado su consideración intelectual y práctica por defecto, justamente, de lo anterior, a saber, que si no hay nación no hay república, y sin ciudades no existe democracia, tampoco el orden de la paz.

El corte milenarío, en el instante mismo en que se cierra el siglo XX representa un descalabro para tales conceptos vitales a la vez que un desafío.

Reitero que el lugar o la ciudad y la nación que dentro de esta adquiere textura a través de su maceración temporal, es para aquella, para la paz, el continente que le da su sentido y propósito como lo enseña Aristófanes: “Le héros n'a pas besoin de se séparer de la cité pour aller chercher la paix, puisque la cité tout entière désire la paix” (Susane Desfray, *Aristophane: La paix*, Trappes, 2022).

Pero provoca la paz divisiones, así lo sostengo, sólo en las voluntades entre los Estados o leviatanes que son artificios al servicio del poder y de la política; al punto que cabe referir lo que presencié en 1999 como cabeza del Comité de Redacción de la UNESCO para una declaración universal sobre el derecho humano a la paz, convocado por Federico Mayor Zaragoza tras haberse recorrido la primera década del «quiebre epocal» (Asdrúbal Aguiar, *Perfiles éticos y normativos del derecho humano a la paz*, El Centauro, 1998)

El texto de tal esbozo de declaración nace de un consenso racional práctico y de una ética de mínimos universales entre sus primeros redactores. Fue una obra colectiva en la que participamos junto al catedrático de Estrasburgo Karel Vasak, el excanciller uruguayo Héctor Gros Espiell, el juez hindú de la Corte Internacional de Justicia Raymond Ranjeva, el director del Instituto

Noruego de Derechos Humanos Asbjørn Eide, y el recién fallecido juez de la Haya Augusto Cançado Trindade, con quienes me encuentro previamente en Oslo.

Entendemos a la paz, todos a uno, como un derecho a un orden pendiente de implementarse desde 1948, constante en la Declaración Universal: “Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos”.

Apoyado por árabes e israelitas, africanos y latinoamericanos, se frustra la iniciativa ante el cínico rechazo de una Europa culturalmente confusa y de los países nórdicos que, a la sazón, se venden como paradigmas en cuanto a la defensa de los derechos humanos y de la democracia, facilitaron, aquélla y éstos, que privase el negocio de la guerra y la lucha contra los terrorismos locales.

En mi sucesivo libro *Calidad de la democracia y expansión de los derechos humanos* (Miami, 2018), advierto sobre la paradoja de la deconstrucción social – de espacios y de tiempos – en marcha con afectación del orden de la paz, que es en suma democracia, Estado de Derecho y derechos humanos. Advierto como sus síntomas manifiestos y como paradojas el incremento de elecciones en el siglo XXI, que a la par que vacían de modo proporcional los contenidos y núcleos pétreos de la democracia auspician la inflación cuantitativa y cualitativa en el conjunto de los derechos humanos conocidos. Los vuelven derechos al detal, a la diferencia, a la exclusión de los extraños o ajenos, por ende, como derechos impuestos y originados en el voluntarismo, son la desnaturalización de los derechos humanos. No son más todos los derechos, para todas las personas, mientras decrecen aceleradamente las tutelas efectivas de unos y de otros, en lo doméstico y en lo internacional, volviéndose gérmenes de disolución social y violencia difusa dentro del clima de insatisfacciones e indignación que predomina en Occidente.

Las violaciones de los derechos fundamentales de las personas se hacen, así, sistemáticas y se generalizan, se las somete al debate y escrutinio de la conveniencia diplomática y política, con mengua de la actuación eficaz de la Justicia. La fácil condena por la Asamblea General de la ONU a Rusia por su agresión a Ucrania contrastó con lo difícil que fue excluirla, por sus crímenes de guerra, del Consejo de Derechos Humanos, lo que alecciona sobre lo dicho.

No por azar, mientras avanza el «quiebre epocal» y después de haberse sostenido la invalidez de las leyes de punto final que aseguraran el castigo de los criminales de lesa humanidad en Chile, Argentina y Uruguay, se pasa la página. Colombia y Venezuela son los paradigmas. Se debate y habla ahora de «justicia transicional». Al crimen organizado y globalizado se le matiza y atenúa. Se arguye, por los sectores que se suman a la deconstrucción de ciudadanía política y culturales y la expansión ilimitada de neo identidades que pulverizan a las anteriores, que los referidos crímenes, incluido el terrorismo, son la consecuencia de deudas sociales insatisfechas que cabe privilegiar en toda negociación, más si se busca la reordenación del tiempo nuevo por venir y lejos de la violencia como lo estiman rusos y chinos (Vid. Declaración conjunta de la Federación de Rusia y de la República Popular China sobre las Relaciones internacionales que entran en una Nueva Era y el Desarrollo Sostenible Mundial, de 4 de febrero de 2022).

En suma, la inadecuada o la falta de ubicuidad dentro del contexto antes esbozado por las élites llamadas, sino a contener el «quiebre epocal» a la forja de contrapesos o deltas que ordenen, desde un renovado ángulo antropológico, las tendencias de la globalización que propician el deslave deconstructivo de raíces y de la «conciencia de nación» en Occidente, sin que medie, como lo pretende la corriente gramsciana, el advenimiento de otra hegemonía cultural sustitutiva que no sea la de la anticultura y la anomia social, estas adquirirán, como parece, visos heterónomos a partir de los datos y usuarios que se engulle la gobernanza digi-

tal. Es lo que explica, a cabalidad, el clima de incertidumbres y de relativismo imperante, que no cesa dentro de nuestra declinante civilización judeocristiana y para la cual “el tiempo da inicio a los procesos, el espacio los cristaliza”. Empero, como lo admite Francisco, “no estamos más en la cristiandad. Hoy no somos los únicos que producen cultura, ni los primeros, ni los más escuchados” (Discurso ante la Curia Romana, 21 de diciembre de 2019).

LOS CAUSAHABIENTES DE ANTONIO GRAMSCI, ¿TONTOS ÚTILES DEL CAPITALISMO DE VIGILANCIA?

Es imposible, en este análisis sobre la ciudad-nación y el «quiebre epocal», obviar las reflexiones que acerca de la cultura como expresión hegemónica hizo Antonio Gramsci, quien se separa del marxismo militante e internacionalizado para refugiarse en lo que considera puede hacer trascender a su ideología. “La tarea revolucionaria no sólo consiste en asaltar los grandes baluartes de la burguesía, sino muy principalmente en crear una cultura alternativa que penetre y transforme toda esta gran y compleja red cultural de la sociedad civil. La cultura comunista, es la creación de otra hegemonía, radicalmente distinta: la del proletariado y su cultura igualitaria”, señala Salvador Giner en la exégesis que hace del pensamiento de este teórico marxista, exalumno turinés de filología nacido en Cerdeña hacia 1891 y al que juzga como el teórico más importante posterior a Lenin.

Gramsci, filólogo marxista, es quien aspira – hoy sus causahabientes – a esa nueva hegemonía cultural que no llega tras el «quiebre epocal» y “debe fraguarse [según él] sobre la base de una nueva concepción del mundo en donde todos los factores... [en una ciudad-nación, agregaría yo] deben converger en la creación de un nuevo clima cultural colectivo en el que la cuestión lingüística general resulta algo medular [ya lo hemos dicho, como el uso de superlativos, ocultación conceptual, empleo de eufe-

mismos, acusativos que deshumanizan (@Vicente Romano: La intoxicación lingüística. El uso perverso de la lengua, s/f), y debe también formar parte de la pedagogía, en la relación maestro-alumno, porque se debe tener presente que cada relación hegemónica parte necesariamente de una relación pedagógica (Juan Pedro Arozena, Gramsci: Su influencia en el Uruguay, 2022).

Zuboff, sin embargo, le sale al paso a tal pretensión, pues sin proponérselo expresamente muestra al proyecto gramsciano como el tonto útil que hoy cree acelerar su propósito valiéndose de las fuerzas deconstructivas de la revolución digital; pero al término, como lo demuestra esta, es la última la que se le sobrepone al todo y le cosifica, lo vuelve inculto y hace de cada persona un número o dato de los algoritmos, hasta le fractura sus raíces producto de su experiencia dentro de la ciudad.

Cabe leerla, in extensu, a la profesora de Harvard.

“Todas las criaturas se orientan en función de su hogar. Es el punto de origen desde el que toda especie fija su dirección y rumbo. Sin ese rumbo bien orientado, no hay modo alguno de navegar por aguas desconocidas... En la naturaleza misma del apego humano está que todo viaje y expulsión ponga en marcha la búsqueda de un hogar. [Empero, ha llegado el capitalismo de vigilancia que] ... “reclama unilateralmente para sí la experiencia humana, entendiéndola como una materia prima gratuita que puede traducir en datos de comportamiento”, explica.

Seguidamente agrega que “aunque algunos de dichos datos se utilizan para mejorar productos o servicios, el resto es considerado como un excedente conductual privativo («propiedad») de las propias empresas capitalistas de la vigilancia y se usa como insumo de procesos avanzados de producción conocidos como inteligencia de máquinas, con los que se fabrican productos predictivos que prevén lo que cualquiera de ustedes hará ahora, en breve y más adelante. Por último, estos productos predictivos son comprados y vendidos en un nuevo tipo de mercado de predicciones de comportamientos que yo denomino mercados de futuros conductuales”.

“A partir de esa reorientación – prosigue en su argumentación – desde el conocimiento hacia el poder, ya no basta con automatizar los flujos de información referida a nosotros, el objetivo ahora es automatizarnos (a nosotros mismos). En esta fase de la evolución del capitalismo de la vigilancia, los medios de producción están supeditados a unos cada vez más complejos y exhaustivos «medios de modificación conductual».

De ese modo, el capitalismo de la vigilancia da a luz a una nueva especie de poder que yo llamo instrumentalismo. El poder instrumental conoce el comportamiento humano y le da forma, orientándolo hacia los fines de otros. En vez de desplegar armamentos y ejércitos, obra su voluntad a través del medio ambiente automatizado conformado por una arquitectura informática cada vez más ubicua de dispositivos «inteligentes», cosas y espacios conectados en red”.

Y concluye así: “el auge del poder instrumental, pero también su manifestación en forma de una infraestructura computacional ubicua, sensitiva e interconectada en red que yo llamo Gran Otro, y la novedosa y hondamente antidemocrática visión de la sociedad y las relaciones sociales que ambos producen. Sostengo que el instrumentalismo es una especie de poder sin precedentes que ha resultado esquivo a nuestra comprensión, en parte, porque se lo ha sometido al tratamiento propio del síndrome del carruaje sin caballos. El poder instrumental ha sido contemplado a través del viejo prisma del totalitarismo, con lo que se ha mantenido oculto para nosotros aquello que tiene de diferente y peligroso. El totalitarismo fue una transformación del Estado en un proyecto de posesión total. El instrumentalismo y su materialización en forma de Gran Otro señalan sin embargo la transformación del mercado en un proyecto de certeza total, un proceso que resulta inimaginable fuera del medio ambiente digital y de la lógica del capitalismo de la vigilancia.” (Shoshana Zuboff, *La era del capitalismo de la vigilancia*, Paidós, 2020).

La misma virtualidad, en fin, ese metaverso sustitutivo de lo lugareño, de la ciudad como experiencia milenaria y que es “la cosa humana por excelencia” según Claude Levi-Strauss, apaga, justamente, el sentido del lenguaje que es al término raciocinio y comunicación, lo propio de la vida humana en propiedad, como lo hemos destacado: “Sin él – sin el lenguaje – no hubiera existido entre los hombres ni gobierno ni sociedad, ni contrato ni paz, ni más que lo existente entre leones, osos y lobos”, observa el propio Hobbes (Ob.cit.), antes de determinar, por ende y sin decirlo así, cómo se forma la nación a través del lenguaje en tanto que expresión de cultura y de arraigo.

Es el que hace posible o vehicula el que podamos todos hacer de maneras distintas o diversas las mismas cosas, al “registrar lo que por meditación hallamos ser la causa de todas las cosas, presentes o pasadas, y lo que a juicio nuestro las cosas presentes o pasadas puedan producir, o efecto, lo cual, en suma, es el origen de las artes. En segundo término, mostrar a otros el conocimiento que hemos adquirido, lo cual significa aconsejar y enseñar uno a otro. En tercer término, dar a conocer a otros nuestras voluntades y propósitos, para que podamos prestarnos ayuda mutua. En cuarto lugar, complacernos y deleitarnos nosotros y los demás, jugando con nuestras palabras inocentemente, para deleite nuestro”, como reza el Leviatán.

En suma, lo único en que le podría venir en razón a Gramsci y en lo que comparte argumentos con Marx y con Engels, es en la importancia citada del lenguaje, que es la base de toda ciudad o nación, como nicho de cultura familiar y humana; pero es que ahora lenguaje digital y de suyo críptico y simplificado, bastando el necesario para la satisfacción de los sentidos que son estimulados desde afuera, ajenos a la humana inteligencia, ya no toca a la razón ni a su uso para la comprensión del mundo objetivo se expande. Invade a los sentidos, antes bien, así como excluye deliberadamente el discernimiento [como el democrático procedimental y su soporte sobre la libertad de expresión contrastada] para que la selección digital sea instantánea.

¿El predicado será, entonces, el mismo?: “Todo el lenguaje es un continuo proceso de metáforas, y la historia de la semántica es un aspecto de la historia, de la cultura, el lenguaje es al mismo tiempo una cosa viviente, y un museo de fósiles de la vida y de la civilización,” dice Gramsci, con sentido lapidario, en unos de sus textos (*El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Buenos Aires, 1971, cit. Arozena, Gramsci).

EL «QUIEBRE EPOCAL»

¿Cuáles son, en concreto, los signos del «quiebre epocal» y cuya falta de comprensión integral vuelve a la cultura política un ejercicio de medianías sin destino, de deslocalización y desarraigo humanos?

Uno es la fractura de la memoria colectiva, tras meros saltos al pasado remoto e inmemorial para su revisionismo y desfiguración, como lo hiciese el Foro de São Paulo, al proponer la reconstrucción que luego dejará atrás alrededor de los íconos bolivariano, sandinista y martiniano, restableciendo la idea de los personalismos políticos que tanto daño le han hecho en América Latina a sus instituciones democráticas y la cultura que las acompaña.

Otro es el ecologismo integrista, a cuyas leyes matemáticas habrían de subordinarse los seres humanos – por cierto, en línea contraria a lo que critica Herbert Marcuse desde la escuela neo marxista de Frankfurt, quien rechaza la mecanización como estilo de vida y la pérdida de la conciencia reflexiva con vistas al «control universal» (*L'homme unidimensionnel*, Paris, 1968); asimismo, la negación del personalismo judeocristiano – la cosificación del individuo – y en fin, como soporte de fondo, la «corrección política» o el relativismo existencial, esa dictadura posmoderna que no discierne – es el problema más grave de nuestro tiempo, según Joseph Ratzinger – ni entre la maldad absoluta y las leyes de la decencia humana, menos sobre el carácter integrador de las civilizaciones como hijas de los espacios y del transcurso del tiempo.

El debilitamiento de la identidad occidental, de las que sus ciudades y localidades son la gran nutriente, acaso por el impulso que le viene dando a aquella la gobernanza digital, corre en paralelo a una Rusia y China que defienden orgullosas sus tradiciones milenarias. Apelando incluso a la guerra. Entre nosotros van tres décadas de fragmentación del género humano y de fragua de miríadas de nichos primarios “de diferentes” que se autoexcluyen y separan. Hasta la idea de la familia, como lo más elemental y promedio de toda ciudad-nación, es prosternada.

Las plataformas digitales y sus metaversos, siendo inevitables, en efecto y según lo ya dicho, diluyen el sentido de la localidad, lo vuelven virtualidad; comprometen los grandes relatos culturales y con ello apalancan la emergencia de contextos sociales signados por las inseguridades de todo orden, por la negación del valor de los “proyectos de vida” compartidos.

Al Estado y los Estados, en suma, se les vacía de la idea de la nación y su conciencia práctica, esas que le dan arraigo y le han permitido trascender, incluso dentro de sus desviaciones mesiánicas. Que sigan allí y tengan gobiernos, hoy no cambia la inutilidad que revelan. Lo afirma Luigi Ferrajoli desde la escuela italiana (*Principia Iuris, Teoría del derecho y de la democracia*, II, 2011): cada uno – incluido USA – se revela incapaz de lidiar sólo y aislado con los grandes problemas de la globalización, mientras que en lo interno es un paquidermo sin la agilidad que demandan estos tiempos, mejor ganados para la instantaneidad.

Habían transcurrido 12 años desde el desmoronamiento del Muro de Berlín cuando el Club de Roma advertía sin ser escuchado que “el mundo está pasando un período de trastornos y fluctuaciones en su evolución hacia una sociedad global, para la cual la población no está mentalmente preparada”. Agregaba que como “resultado su reacción es a menudo negativa, inspirada por el miedo a lo desconocido y por la dimensión de los problemas que ya no parecen ser a escala humana”; por lo que previene aquél acerca de estos temores, que “si no se abordan, pueden llevar al público a extremismos peligrosos, un nacionalismo estéril y fuertes confrontaciones sociales”.

Pues bien, advirtiéndose de inviable sin más, visto que es un oxímoron todo diálogo o sincretismo de laboratorio que se plante entre quienes impulsan la disolución cultural y el final de los relatos paternalistas hijos de la vida en comunidad – maduradores de las conciencias de nación – y quienes sostienen el valor de principios universales que guían la misma “conciencia de los pueblos libres” y son comunes a sus varias civilizaciones, cabe como premisa de la acción política y reconstructiva de la democracia alcanzar de modo previo, cabe reiterarlo, un mínimo común antropológico y tesitura citadina nacional.

Jacques Maritain, uno de los exponentes más reconocidos de la corriente humanista cristiana a finales de la segunda gran guerra del siglo XX, apuesta por una metodología de aproximación fundada en la razón práctica moderna. Juzga de posible enunciar los predicados “que constituyen grosso modo una especie de residuo compartido, una especie de ley común no escrita, en el punto de convergencia práctica de las ideologías teóricas y las tradiciones espirituales más diferentes” (Del autor, *Le Paysan de la Garonne*, París, Desclée de Brouwer, 1966).

Con los pies sobre la tierra desnuda las tendencias fascistas y totalitarias que, al cabo y creyéndolas nosotros superadas, vuelven a tomar cuerpo en pleno siglo XXI con otra cobertura, la del progresismo globalista. Cree y está demostrado – lo afirma Maritain – que someten “al hombre a un humanismo inhumano, el humanismo ateo de la dictadura del proletariado, el humanismo idolátrico del César o el humanismo zoológico de la sangre y de la raza” (Del autor, *Humanisme intégral*, Lille, 1936).

Para la comprensión realista del presente y su manejo recomienda este pensador cristiano francés lo permanente, a saber, la necesidad que tiene cada nación o pueblo de contar con raíces sólidas que le salven de las trampas del oportunismo o el tráfico de las ilusiones en las coyunturas. Nos deja, así, una clara enseñanza que cabe visitar: – “Lo que decimos y esto era ya lo que enseñaba Aristóteles, es que el saber político constituye una rama especial del saber moral, no la que se refiere al individuo, ni la

que se refiere a la sociedad doméstica, sino precisamente la que se refiere de un modo específico al bien de los hombres reunidos en ciudad, al bien del todo social; este bien es un bien esencialmente humano y por lo tanto se mide, ante todo, en relación con los fines del ser humano, e interesa a las costumbres del hombre [varón o mujer] en cuanto ser libre que ha de usar de su libertad para sus verdaderos fines”, escribe (Humanisme, cit.).

Debo señalar y reiterar como lo he hecho aquí y en otras comunicaciones, que no hay república sin nación, “que es el gobierno de los pueblos levantado en sus grandes experiencias sobre sí mismos”, como lo recuerda Lamartine. De consiguiente, se trata de restablecer entre nosotros y en esta hora agonal – lo alerto a mis compatriotas venezolanos cada vez que puedo – a esa patria que nos permite ser “libres como debe serlo”. Es aquella en donde se encuentran nuestras raíces genuinas y nos hace memoriosos a distancia del tiempo recorrido y en los espacios siderales hacia los que nos hemos atomizado como diásporas, sin una Torá que nos acompañe.

Reconstruir a la nación y a la ciudad, dentro los espacios de Occidente, es un imperativo. Cabe, no obstante, cuidarlo y no dejarse provocar por quienes, auspiciando la deconstrucción – en especial los paulistas de regreso y en vías de reconversión tras 30 años de arrase social y cultural tras la caída del Muro de Berlín – ahora tachan de fascistas a quienes vuelven su mirada atrás, en búsqueda de raíces que los sostengan y afirmen sobre la liquidez y el cenagoso territorio del presente. Confunden a la nación nuestra con las patologías nacionalistas que sumieran a los europeos en una tragedia de inhumanidades durante los dos siglos precedentes. El Holocausto fue su trágico culmen. Pero la nación israelí, a su vez, era consciente, al momento de proclamarse como Estado en 1949 – y así lo hace constar al declarar su independencia – que en el sitio o lugar que ocuparía “se forjó su identidad espiritual, religiosa y nacional. Aquí logró por primera

vez su soberanía, creando valores culturales de significado nacional y universal, y legó al mundo el eterno Libro de los Libros”. Nos deja su ejemplo

EL NEOCONSTITUCIONALISMO, ¿UN ERRADO CAMINO?

Al mero esbozo o trazado del argumento que nos ocupa y para abundar sobre los distintos ángulos de su necesaria controversia, hemos de decir algo alrededor del llamado neoconstitucionalismo: pues, si bien en apariencia sugiere una vuelta a los universales que anclan en el respeto eminente y a lo inmanente de la dignidad de la persona humana, deja en manos de técnicas abiertas y flexibles y de jueces que resuelven en interés del poder del Estado o de su modelo constitucional, apelando a los criterios subjetivos de razonabilidad o de balance. Este ha sido el camino transitado por el constitucionalismo del siglo XXI en América Latina, con vistas a resolver sobre nuestra crisis epocal, auspicando a la vez la disolución social mediante la expansión de los derechos a la diferencia y la concentración del poder constitucional del mismo Estado. Las agrupaciones sociales como las ciudades-nación y las partidarias dejan de ser funcionales y el efecto trasvasa hacia lo cultural.

Una de sus más acabadas expresiones en el siglo corriente es el recién reprobado, mediante referendo, proyecto de Constitución en Chile, que bien alecciona al respecto y de seguidas a los experimentos anteriores, como el de la Constitución plurinacional de los bolivianos de 2009.

A la par de intentar o acaso reconstituir la fuerza perdida del Estado, que se sucede a partir de 1989 y explica la tesis deliberadamente direccionada del desencanto democrático, obra de la burocracia progresista de Naciones Unidas, buscaron darse los chilenos un texto que dice ser la obra no de la nación histórica y constitucional que han sido como tampoco de las localidades o ciudades-nación – léase Provincias autónomas – que fueran hasta

el momento de la Emancipación, reconocidas por el Reglamento Constitucional de 1812; sino de “diversas naciones” que conformarían para lo sucesivo al mismo Estado y a su pueblo; pueblo que, al cabo, tampoco sería uno como síntesis de la chilenidad, pues predica el fallido texto constitucional “la coexistencia de diversos pueblos y naciones”.

Téngase en cuenta, como corroboración de una tradición mineralizada en América y que se deja atrás con el neoconstitucionalismo, que “ante la situación que vivía España el mundo americano se dividió de la misma manera que en la metrópoli. La disolución de la Junta Central y la constitución del controvertido Consejo de Regencia conmovió a la sociedad americana y esa inquietud se reflejó en los cabildos. La ciudad como centro articulador y el pueblo, en torno a los cuales se organizan las actividades de los vecinos se constituyeron en un referente político. ¿Pero qué se entendió por pueblo? ¿Las ciudades con cabildo o las ciudades capitales que se atribuyeron ese derecho?”, poco importa contestarlo salvo afirmar la importancia del dato anterior, el de la localización de lo humano.

En efecto, como lo explica Ferrero Mico, “la actitud de pensar que es a partir de 1810 cuando surge la nación se comprende en el hecho de ser el comienzo de la lucha por independizarse de España, creyendo que eso significaba un rompimiento con el pasado y un nuevo nacimiento. En este supuesto se minimiza parte del pasado y se incurre en el error de no considerar la historia y las personas anteriores a esa fecha. La literatura romántica, foralista y decimonónica apunta en este sentido”, observa.

Esa realidad queda al desnudo, justamente, cuando cede la autoridad de Fernando VII; momento en el que, como lo señala la misma autora, “el camino a la secesión estaba abierto”, cada pueblo y cada cabildo americano asumió en la hora tener personalidad propia, adquirida a lo largo de la decantación colonial y el milagro del mestizaje.

La reasunción del poder ha lugar, así, por la comunidad, “pero no operada en un solo pueblo o parte de ella [de la América colombiana], sino en todos sus pueblos en común”, ajusta.

Ese gran rompecabezas o caleidoscopio humano de lo americano lo revela el párrafo siguiente que toma la misma Ferrero de fuente diversa: “El 10 de agosto de 1809 se había redactado la constitución de la nueva Junta Suprema de Quito, con carácter fidelista. En Quito el primer grito de libertad se dio el 10 de agosto de 1809. En el municipio se reunieron los Diputados del pueblo y ratificaron con su firma la independencia recién proclamada. El 19 de agosto de 1809 la provincia de Quito declara su independencia de la Corona española. El 19 de abril de 1810 el cabildo de Caracas constituye un gobierno autónomo y los criollos instituyen la Junta Suprema de Caracas de carácter autonomista. El 22 de mayo de 1810 se reúne en Cartagena un cabildo extraordinario que establece la Junta Suprema de Gobierno; el 25 de mayo de 1810 se estableció la Junta de mayo en Buenos Aires; el 20 de junio de 1810, se proclama la Junta Suprema de Santafé, también autonomista; el 3 de julio de 1810 se firma en Cali un acta en contra de la dominación española; el 6 de agosto de 1810 Monpox crea una Junta Autónoma de Gobierno. El 5 de junio de 1811 las provincias unidas [sic] de Venezuela declaran la independencia de España; el 4 de diciembre de 1811 en el primer Congreso de los Pueblos Libres de la “Presidencia de Quito se adopta el acuerdo de independencia; la provincia de Tunja proclamó la primera constitución republicana de la Nueva Granada, el 9 de diciembre de 1811, en la cual se niega la soberanía del rey y, el 15 de febrero de 1812 sale a la luz la que consagra la nueva forma de gobierno en Nueva Granada” (Remedios Ferrero Micó, “The rol of de cities in the nation construction”, Rhela, Vol.12, Sevilla, 2009)

Se le da piso en Chile, de consiguiente, a una suerte de regreso histórico de medio milenio y con talante adánico, a la idea de “los pueblos y naciones indígenas preexistentes”, anteriores al descubrimiento. Como tales serían naciones que se autoexcluyen

de la idea de la ciudad-nación culturalmente integradora. Lo confirma en línea con tal pensamiento el mismo artículo 2 del texto boliviano, cuya exégesis no hace falta: “Dada la existencia precolonial de las naciones y pueblos indígena originario campesinos y su dominio ancestral sobre sus territorios, se garantiza su libre determinación en el marco de la unidad del Estado, que consiste en su derecho a la autonomía, al autogobierno, a su cultura, al reconocimiento de sus instituciones y a la consolidación de sus entidades territoriales, conforme a esta Constitución y la ley”.

¿Trátase una vuelta extrema a las raíces mediatas y a un tiempo de igual disolución social dominante, previo a la Conquista española? ¿El instante de la mixtura o el mestizaje cultural, obra del tiempo de nuestra histórica fusión entre hispanos e indígenas, entre éstos y los llegados en los barcos negreros del África, entre éstos y los primeros, puede despacharse sin más hacia el desván de la desmemoria?

En Venezuela, por cierto, la capital, Caracas, según rezan las crónicas de época y la misma obra seminal de Oviedo y Baños (*Historia de la conquista y población de Venezuela*, 1723) era en sus orígenes una suerte de bíblica Babel donde la dispersión y el antagonismo se hacía presente y se resuelve, bajo inspiración foral hispana, en el marco de las ciudades y pueblos con o sin cabildo. “Al tiempo de su conquista era habitada esta provincia de innumerable gentío de diversas naciones, que sin reconocer monarca superior que las dominase todas, vivían rindiendo vasallaje cada pueblo a su particular cacique... La provincia de Caracas, nombre con que (por una nación así llamada, que habitaba parte de su costa) fue conocida desde el principio de su descubrimiento aquella parte de tierra, que con veinte leguas de latitud de Norte a Sur, ocupa cuarenta de longitud, corriendo desde la Borburata para el Este, comprendida en los límites de la gobernación de Venezuela; era habitada esta provincia en aquel tiempo de innumerable multitud de bárbaros de las naciones Caracas, Tarmas,

Taramaynas, Chagaragatos, Teques, Meregotos, Manches, Arvacos y Quiriquires, que poblaban separados la hermosa capacidad de su distancia”, describe la citada obra.

¿Acaso presenciamos ahora, junto a lo anterior – entre las ciudades-nación que hemos sido desde el subterráneo de nuestro constitucionalismo histórico o el de la trashumancia indígena que resolviera con estas – un fenómeno de neomedievalismo, como lo plantease en 1977 Hedley Bull, en término que populariza Umberto Eco en 1986 con su texto *Soñando con la Edad Media*? El primer autor pretende con ello hacer constar la pérdida, que se actualiza, del sentido de la soberanía y la soberanía, como en la Alta Edad Media, de los mismos Estados, las iglesias y los entes territoriales.

La cuestión la describe Bull de este modo:

“...es concebible que los estados soberanos puedan desaparecer y ser reemplazados no por un gobierno mundial sino por un equivalente moderno y secular del tipo de organización política universal que existía en la cristiandad occidental en la Edad Media. En ese sistema, ningún gobernante o estado era soberano en el sentido de ser supremo sobre un territorio dado y un segmento dado de la población cristiana; cada uno tenía que compartir la autoridad con vasallos de abajo, y con el Papa y (en Alemania e Italia) con el Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico arriba. El orden político universal de la cristiandad occidental representa una alternativa al sistema de estados que aún no encarna el gobierno universal”.

Lo que no advierte dicha referencia es que los datos de la experiencia – a saber, la cristalización a partir de 1989 y su profundización durante el curso de los últimos 30 años de las revoluciones digitales y cuántica o de la inteligencia artificial – muestran, por una parte, la emergencia de otros poderes desregulados, supraestatales y transnacionales, globalizados, incluso ajenos a la experiencia no solo del multilateralismo conocido y actuante como gobierno mundial sino de lo lugareño y de lo temporal cita-

dos, como lo han conocido todas las civilizaciones a fin de hacerse como tales. Y, por la otra parte, lo antes dicho, una deconstrucción social que traspasa a la localidad cultural para afirmarse sobre otras identidades que, por su misma naturaleza racial adquieren un carácter transnacional, como ocurre con los grupos LGTB+, afrodescendientes, comunidades indígenas que encuentran piso en la totalización geográfica de un mundo de cuyo ambiente igualmente difuso – extensiones selváticas que comparten jurisdicción entre distintos Estados – se les habría destetado y sería su hábitat natural para el rescate del Buen Vivir.

Restan hoy los Estados es cierto, pero cada vez como franquicias sin poder real. Lo ha demostrado el cierre de ciclo en 2019, con el advenimiento y los efectos social y económicamente destructivos de la pandemia universal del Covid-19; que al paso obliga a la suspensión en Occidente de las regularidades democráticas y del Estado de Derecho. Lo que es peor, los anclajes naturales, de base humana y culturalmente integradores – como lo ha sido el mestizaje cósmico que denota propio de las Américas José de Vasconcelos – ahora, según lo dicho, son cuestionados, puestos en tela de juicio, y no solo sus vestidos republicanos.

El argumento filosófico, libertario y relativista obviamente que no falta, y sería el de la singularidad absoluta, que se subsume en el universal verde o Pachamama o en el de las plataformas virtuales, que niegan a la ciudad-nación por su potencialidad dañosa de los ecosistemas como por paternalista: “Cada persona tiene una manera diferente y única de narrar su propia historia, eso se da por una razón bien simple: cada uno de nosotros tiene una representación diferente del mundo”, reza en el libro que coordinan Oscar Nicasio Lagunes y Mauricio Urrea Carrillo (De la deconstrucción a la confección de lo humano: Género y derechos humanos, 2020) para criticar, antes bien, ese desenlace que vuelve al hombre – varón y mujer – un ser uno y único, una especie que por negada a lo racional rechaza su llamado a la alteridad: “Si del hombre ya no queda nada, como creyó Foucault, o si

está condenado a decidir de sí lo que quiera ser, como se dice de Sartre, entonces tendríamos que aceptar que no hay naturaleza humana y una ley natural, y quedarían los derechos humanos sometidos al arbitrio humano, sin fundamento objetivo”. Es la consecuencia final, como lo muestra la realidad en curso, de la experiencia neoconstitucional.

Al cabo, sin contrapartida ni contrapeso en las raíces de una Ítaca posmoderna, la globalización busca cerrar su círculo con personas-datos, sujetos-usuarios, no-cosas, disponibles por los algoritmos y la inteligencia artificial

No hay constancia, reitero, del advenimiento de otra hegemonía cultural sucesora como la que predicán los gramscianos del progresismo globalista, salvo sus fuegos artificiales que abruman sin que afecten el claro dominio expansivo de la gobernanza digital y su necesario sostenimiento dentro de un mundo de usuarios al servicio de unas élites globales sin rostro; difícilmente reducibles al denunciado poder del capitalismo o del crimen organizado transnacional, pues, así como declinó en 1989 la planificación centralizada moderna los mercados competitivos son, esta vez, una antigualla y desaparecen tras las emergentes tecnologías de eliminación (TdE), dentro de un novedoso capitalismo de vigilancia como el que nos ha descrito Zuboff.

BREVE EPÍLOGO

Al plantear, como lo he hecho, la idea de reconstituir nuestras raíces como ciudades-naciones en Occidente, de modo especial en las Américas y en Venezuela, o con vistas a que se tenga conciencia de esta y su carácter esencial para la civilización judeocristiana que nos amalgama, no lo hago como una forma de negación de las tendencias hacia la globalización que dominan desde hace 30 años, a partir de 1989.

Recrear a la nación y así lo entiendo desde cuando leo el opúsculo que recibo de manos del arzobispo de Buenos Aires, Jorge Mario Bergoglio, su autor, en 2005: *La nación por construir: Utopía, pensamiento y compromiso*, lo veo como el desafío agonal de la convivencia civil, para evitar, como lo predicara Juan Pablo II, “el riesgo de la alianza entre democracia y relativismo ético”.

No por azar, tras la apertura de las puertas de Brandemburgo, el signo de la unidad totalizadora de la globalización se ha vuelto un oxímoron.

Como lo expresa el mismo Bergoglio, “en su forma actual fomenta el desarraigo, la pérdida de certezas, uniforma al pensamiento – que es el no pensar, para que los sentidos se desplieguen al máximo bajo los efectos de la gobernanza digital en cierne, agregaría yo – y elimina la diversidad constitutiva de toda sociedad humana”. Todo ello, a pesar de que la propia globalización, para sostener la incertidumbre que facilite la acción de sus redes tecnológicas y ahora cuánticas, no solo haga de la persona un mero código o número dentro de sus grandes plataformas: “consumidores de mercancías”, como les califica el Cardenal Bergoglio. Vuelve rompecabezas a su identidad natural y social hasta disolverla en identidades artificiales varias, subjetivas y al detal, que excluyen a los no semejantes; de suyo corren en línea contraria al derecho a la paz por fomentar el antagonismo, una renacida lucha social entre “clases” que son obra de la arbitrariedad, y apagan a la democracia por ser un derecho integrador de todos los derechos fundamentales.

De modo que, al hacerse referencia, como en una vuelta hacia las raíces y a fin de superar lo que predomina: la discontinuidad con la memoria y con la historia, presentándose como algo que avergüenza, el desarraigo espacial o el abandono del lugar, del terruño, de la ciudad, que antes ofrece identidad entre los diversos, en lo sucesivo se diluye tras la preeminencia de la “segmentación de los grupos humanos” y su atadura a proyectos huérfanos de trascendencia por discontinuos, “sin referencias espaciales y continuidades temporales”.

En fin, “la caída de las certezas” por obra de la fragmentación señalada, termina rindiendo culto al relativismo, cuestionando el sentido de la razón humana e incidiendo en una “cultura de la calle” dominada por el pensamiento débil, por lo que la tarea pendiente es la de volver a pensar.

De allí, entonces, la importancia que atribuyo a la definición que de la nación o la patria nos lega el patricio Miguel J. Sanz: acaso conscientes de que, por naturaleza, todos a uno acusamos, sí, límites ínsitos o inherentes, invariables, y que por ser nosotros, en tanto que personas sujetos perfectibles – unos, únicos, llamados a ser personas en nuestra relación con los otros – hemos de bregar y dominar, antes bien, las limitaciones, que no son otra cosa que la más acabada expresión de la libertad; pero tal y como lo apunta, citando a Epicteto, la pluma aguda de Rafael Tomás Caldera (“Defensa del límite”, *La Gran Aldea*, octubre 7, 2022): “Hay, en lo que existe, cosas que dependen de nosotros, otras no”.

Así que, cuando la Conferencia Episcopal Venezolana nos plantea reconstruir nuestras raíces, como Bergoglio se lo ha planteado a los argentinos: “volvamos al núcleo histórico de nuestros comienzos, no para ejercitar nostalgias formales, sino buscando la huella de la esperanza”, ya que “ser pueblo [o nación, o patria] supone, ante todo, una actitud ética que brota de la libertad”, mi respuesta es la de ser llegada la hora de asumir este reto.

Acerca del mismo escribo manera amplia y defino sus contornos histórico-temporales y argumentales, en mi estudio preparado para la Academia de Mérida (*La conciencia de nación: Reconstrucción de las raíces venezolanas*, Miami, 2022), que luego resumo en mi discurso ante la misma con motivo de mi incorporación como miembro de honor.

Ante el *Deus ex machina* de los griegos, resucitado para darle punto final al sentido del tiempo y ante la «deificación» del cosmos, ambos reflejos de paganismo, el camino, como lo sugiere Agustín (José Luis Villacañas, *Teología política imperial y comunidad*

de salvación cristiana; Una genealogía de la división de poderes, Trotta, Madrid, 2016) y lo considera innovador para Occidente y su cultura, es el identificar “la irracionalidad humana, el mal humano” para forjar una nueva y contemporánea teoría de la racionalización subjetiva; la de la vida personal y social de un sujeto objetivo y militante que es capaz del “regreso del alma al origen, a la patria” de la que partimos, como lo precisa este Santo que es Padre de la Iglesia.

Condado de Broward, diciembre 10, 2022

LA CONCIENCIA DE NACIÓN

RECONSTRUCCIÓN DE LAS RAÍCES VENEZOLANAS

**DISCURSO DE INCORPORACIÓN COMO MIEMBRO
DE HONOR A LA ACADEMIA DE MÉRIDA**

*A la Conferencia Episcopal Venezolana, dedico
A don Pedro Grases, astrolabio de la venezolanidad,
in memoriam*

Honorable señor presidente y demás miembros de la directiva de la Academia de Mérida

Honorables Individuos de número, académicos correspondientes, nacionales, estatales, y académicos de honor

Mi elección como Miembro de Honor de esta Academia emeritense la agradezco desde la intimidad a sus Individuos de Número. Celebro junto a mi esposa, hijos y nietos, esta generosa recepción, pues ella redime mi pecado de ostracismo. En contrapartida, me permite ingresar en una academia amiga para sumarme a sus pasos, para hacer propia su mirada juiciosa sobre el porvenir.

Doy lectura, pues, a mi discurso de incorporación que es brevísima síntesis del estudio detallado que dejo en manos de Ustedes. Hago protesta con la fórmula que es cabal manifestación del espíritu lugareño que me acoge: “Lo que es mío es tuyo y lo que es tuyo es mío”.

Debo decir, entonces, que no hay república sin nación, “que es el gobierno de los pueblos levantado en sus grandes experiencias sobre sí mismos”, lo recuerda Lamartine. Como juicio, vale para la Venezuela del presente.

De consiguiente, se trata de recrear entre nosotros y en esta hora adolorida a esa patria que, como lo dijese el patricio don

Miguel J. Sanz, nos permite ser “libres como debe serlo”. Es aquella en donde se encuentran nuestras raíces genuinas y nos hace memoriosos a distancia del tiempo recorrido y en los espacios siderales hacia los que nos hemos atomizado los venezolanos.

Acaso pueda representar lo señalado un acto de ingenuidad. Nos encontramos ante un «quiebre epocal» que estremece los cimientos de la civilización. Media una suerte de inédita realidad sobrevenida, deconstructiva, virtual, desasida de lugares y de memorias.

El filósofo alemán de origen surcoreano, Byung Chul Han, en ensayo sobre las “No cosas” (2021) explica con mejor claridad que vivimos en un reino de información frenética que se hace pasar por libertad; que se coloca delante de las cosas y las desaparece, desmaterializando al mundo y aislando o extrañando a los seres humanos hacia otra realidad, imaginaria. Sostiene que con la pérdida de las cosas se van nuestros recuerdos, los que nos dan estabilidad como individuos y sociedades, a partir de los que podemos razonar, discernir, elegir en conciencia. De donde, en el aquí y en el ahora, sólo almacenamos datos pues hemos dejado de habitar la tierra y el cielo para habitar en las nubes y sus redes.

La Presidencia de la Conferencia Episcopal Venezolana (CEV), en memorable mensaje con ocasión del Bicentenario de la Batalla de Carabobo, el 23 de junio del pasado año nos plantea de urgente REFUNDAR LA NACIÓN. Lo destaca así, en letras mayúsculas, para que no se olvide lo central del compromiso que demanda: “Mantener viva la herencia que nos dejaron los padres de la Patria [todos y no uno] y, así entonces, dar el paso necesario e impostergable de [ver renacer] a Venezuela, con los criterios de la ciudadanía e iluminados por los principios del Evangelio”. Sin decirlo, nos devuelve al ser que aspirábamos a ser una vez como llegamos a nuestro siglo XVIII, en plena colonia, en vísperas de nuestra Emancipación, y que se frustra luego al desmoronarse nuestra Primera República.

El documento de la Iglesia Católica hace un ejercicio sobre lo que visualizan los Obispos como una vuelta necesaria hacia nuestros valores fundantes, para reafirmarlos y reparar la fractura de la nación nuestra acontecida; para que den otro fruto bueno reconstituyente de la venezolanidad y de nuestra pertenencia a lo americano o colombino. “Basada en los principios que constituyen la nacionalidad, inspirada en el testimonio de tantos hombres y mujeres que hicieron posible la Independencia, la tarea que nos concierne hoy de cara al futuro es rehacer Venezuela, pero sin poner la mirada atrás con nostalgia”, precisa el Episcopado.

Refundar a la nación, reencontrarnos con nuestras raíces, con las formantes de nuestro ethos hecho conciencia, encarnado, y constatar si acaso lograron afirmarse y trasegar o se conservan latentes por sobre el promontorio de nuestros desencuentros intestinos, al cabo tiene un propósito existencial: revertir, como lo creo, el daño antropológico al que hemos estado expuestos y padecido como pueblo, que es el resultado de un traspies político inaugural que aún impide nuestra real Emancipación. Lo actual es como el río que llega al mar para morir, luego de su larga travesía.

A la luz de ese proceso fatal pudo habérsenos construido un alma postiza por sobre la eventual originaria, que probablemente persiste. Puede explicar aquella, eventualmente, nuestro ominoso presente. La he llamado, reitero, el espíritu de la dependencia, del sometimiento, de la servidumbre al mandón de turno, en medio de nuestros arrestos, desenfados y altanerías criollas. Y puede valer en nuestro caso lo que apuntaba Octavio Paz en *El Laberinto de la soledad* (FCE, 1950): “La mentira política se instaló en nuestros pueblos casi constitucionalmente. El daño moral ha sido incalculable y alcanza a zonas muy profundas de nuestro ser. Nos movemos en la mentira con naturalidad. De allí Página 4 que la lucha contra la mentira oficial y constitucional sea el primer paso de toda tentativa seria de reforma”, agrega.

La Conferencia Episcopal sugiere tomar como hito o síntesis de lo nuestro y para reconstruirnos a la misma batalla que sella nuestra Independencia: “Descubrir el significado de “Carabobo” para todos nosotros”, dice. Empero, abriendo el compás y acaso confirmando nuestra perspectiva, algo distinta, acepta que “se trata de la reafirmación de un proceso anunciado el 19 de abril de 1810 e iniciado formalmente el 5 de julio de 1811 al firmarse el Acta de la Independencia”. Es una precisión relevante y de atención, pues Carabobo, observado desde la miopía, tendría a dos actores, a dos miradas, a dos narrativas que aflorarán luego para marcar trágicamente el devenir venezolano: Simón Bolívar y José Antonio Páez.

Lo cierto es que la Venezuela anterior a Carabobo, la profunda, al menos hasta la formación de la Primera República señalada, es una en lo intelectual. Otra distinta o macerada la que nace de las espadas y nos ata a la cultura de la dependencia y de suyo a la de la confrontación fratricida, hija del desafecto; esa que nos impide todavía ser “nación de hombres libres” y nos tiñe de voluntarismo épico junto a sus mesianismos inherentes. Por lo que, como lo creo, tras un ejercicio de conjunto la tarea planteada por los Obispos y así ajustada nos impondrá dejar atrás los mitos; sobre todo los nacidos o forjados de nuestras vivencias y convivencias bajo patadas históricas recurrentes, que se acumulan durante nuestros últimos 200 años.

“¡Basta ya de correr en pos de la sombra siniestra del caudillo muerto! ¡Y bien muerto!, reza don Rómulo Gallegos en su Cantataclaro. “No me arrepiento – dice - de haber intentado esta experiencia temeraria, pues he presenciado dos cosas sumamente interesantes: la rabia heroica de Juan Veguero..., y el candoroso idealismo de Juan Parao... Son dos fuerzas muy nuestras que es necesario desviar de este camino para siempre”.

De nada o poco han servido ello, por lo visto, para frenar el despeñadero nuestro como nación o procurar un exorcismo liberador que morigere su fatalidad. El todo venezolano es y sigue allí, como encono entre los espíritus. Desde las profundidades de

nuestra historia recorrida y enterrada – aquí sí vale la recomendación episcopal – urge desenterrar al optimismo de la voluntad que marcaran hasta el instante de Carabobo nuestros dos celebres abrils, el del 19 de abril de 1749 y el 19 de abril de 1810. “La necesidad de la libertad de comercio en una época – la primera – se corresponde con la necesidad de la libertad civil en la otra”, como lo recuerda Arístides Rojas.

Entre las circunstancias favorables del logro regenerador colonial, que otra vez y como cabe hacerlo presente se nos pierde luego como en el Mito de Sísifo – ya no por causa de la violencia fratricida del siglo XIX, sino bajo El Dorado petrolero del siglo XX – cita don Andrés Bello que la consistencia durable y socialmente modeladora de nuestro sistema político – el hispano y de tradición judeocristiana – se debió, justamente, al “malogramiento de las minas”. Habla de las descubiertas “a principios de [la] conquista”.

La atención se dirigió, tal y como debería ocurrirnos para lo sucesivo, a “ocupaciones más sólidas, más útiles, y más benéficas”, como lo refiere al poner de ejemplos de tal renacimiento: la creación de la Intendencia de Caracas, para dejar atrás el comportamiento monopólico de la Compañía Guipuzcoana, y el establecimiento de la Real y Pontificia Universidad de la Inmaculada Concepción de Santa Rosa de Lima y del Angélico Maestro Santo Tomás de Aquino, semillero de nuestra primera Ilustración. Otro tanto sucede, como cabe subrayarlo, con el Real Colegio Seminario, posteriormente transformado en Real Universidad de San Buenaventura de Mérida de los Caballeros.

Refundar a la Nación e ir al reencuentro de nuestras raíces para afirmar nuestra conciencia y nuestra voluntad de volver a ser nación es, en suma, un desafío agonal y de actualidad, preferentemente cultural y de factura auténticamente constituyente.

Ernesto Mayz Vallenilla habla de nuestra “conciencia cultural”, oteando sobre esas raíces integradoras que nos pide rescatar la Conferencia Episcopal Venezolana; de lo que se alcanza en el

tránsito de lo venezolano, y que para auscultarlo ex novo exige apuntar a lo subjetivo de lo nuestro, incluso buscándolo a tientas, más que atendiendo al simple factor social como objeto observable. “El examen de conciencia ... se trueca así en nuestro propio examen de conciencia”, dice el filósofo y Rector Fundador de la Universidad Simón Bolívar. Nos ofrece de tal modo una interpretación plausible que calza para nuestra mejor inteligencia de lo pasado y actual, en el ahora y en el aquí, a la luz de lo propuesto por los Obispos, a saber, rescatar nuestra conciencia como nación.

José Gil Fortoul, en igual orden y al abonar sobre este asunto opta por poner su énfasis en “el sentimiento nacionalista”; ese que se caracterizaría por “la comunidad de historia y la armonía de tendencias intelectuales y morales”, sin desdeñar de la propensión a que nuestra conciencia se siga afirmando en lo presente, en lo adánico; pero en un presente entre memorioso y utópico para que pueda poner su norte en el porvenir.

A todo evento, que las naciones necesitan “conciencia de sí mismas” para poder construir “algo digno y durable” es lo que piensa el trujillano don Mario Briceño Iragorry; conciencia de unidad, precisa Rafael Caldera. Es decir, que, mediando una unidad de origen, lengua y religión y gradaciones varias en el mestizaje común, la diversidad es un hecho irrevocable y también de realidad en el arraigo local, mientras la unidad es un producto de la conciencia, que adquiere su concreción en la idea de la “voluntad de nación”, según destaca el expresidente.

Así que, en búsqueda de nuestra “conciencia de nación”, desde el nicho de la diversidad lugareña y la pluralidad cultural que nos nutre, cabe, en fin, el oportuno consejo de otro mandatario venezolano, Carlos Andrés Pérez, a saber, “ir a la franqueza abierta, plasmando la armonía de la acción con los ideales [hacer en el presente con ánimo creador, mirándonos en las raíces sin petrificarnos en ellas]; ello, si de veras no queremos prorrogar el engaño de una mera simulación de comunidad ni robustecer por

más tiempo los egoísmos excluyentes... saltar sobre una concepción nacionalista miope, que erige alambradas de púas...”, señala.

Atendiendo a lo subjetivo, tratando de auscultar en búsqueda de esa conciencia de nación que ha de mirarse desde lo local y en el mestizaje, para luego ser proyectada en lo social y político tal y como lo visualizara nuestra primera Ilustración, si nos seguimos por Ramón Díaz Sánchez en su “Paisaje histórico de la cultura venezolana”, dirán algunos que somos y heredamos al ser que ha sido y es el español que nos conquistara: “Ama la libertad, es individualista, rebelde e igualitario en la misma proporción en que es místico, déspota, aristocrático, supersticioso y anticientífico”.

Otros verán al ser que nos integra desde la vertiente indígena, trasladándonos el carácter guerrero y violento de algunos de nuestros originarios o la proverbial mansedumbre de otros. Lo que se dice y cuenta es que en el primer contacto de las naciones originarias nuestras con el descubridor y los conquistadores, estas se muestran refractarias a la nueva cultura por carentes de capacidad para la abstracción, por faltos los originarios de vocablos para el desarrollo de ideas sustantivas.

En cuanto a la savia africana que alimenta nuestro ser, estudiada por Arthur Ramos y en narrativa que hará propia Díaz Sánchez: “...en el barco negrero en el que se mezclaban negros provenientes de los puntos más diversos, y pertenecientes a pueblos de culturas desiguales, se produjo una solidaridad en el dolor, una asociación en el sufrimiento por una comprensión mutua del destino común. [L]os esclavos a bordo del buque negrero se llamaban unos a otros malungo, esto es, compañero, camarada”, introduciendo entre nosotros la cultura de la igualación o lo parejero.

Ahora bien, ¿que traen en sus alforjas, y de probable diferencia con lo que encuentran, nuestros descubridores, conquistadores y colonizadores, como factor dominante superior para el moldeo de nuestra nacionalidad y la fijación de nuestra concien-

cia de nación? ¿Pudo la Humanitas filosófica del Viejo Mundo encontrar pacífico asidero y fácil mixtura cultural entre nosotros o se entreveró?

En cuanto a los españoles migrantes, cabe decir que se trata de gentes que al apreciar el envejecimiento de su entorno e incomodar en casa propia o al extender sus brazos en búsqueda de otros que no le atienden, al término optan por mirarse en el rostro púber que somos el Mundo Nuevo. Venezuela es parte de este fenómeno. La literatura especializada observa en nuestro caso que los españoles se venezolanizan. Intentan seguir dándole sentido a sus existencias precarias en la Península una vez como se zafan del dominio musulmán que la trasiega. Encontrar otro derrotero y amortiguar el espíritu de diáspora que, forzado por la fatalidad, no cesa en ellos – como judíos conversos que son en buena parte – la posibilidad de arraigo, de localización en tierras lejanas como las nuestras, se les hace algo Providencial.

Dícese, así, que lo característico nuestro vendría a ser como denominador la “exuberancia imaginativa”. Una lucha entre dos tendencias: la de la autoctonía como vivencia de lo original sin que se viese afectada por lo racional, pero a la vez ese despertar del sentimiento de libertad que empuja hacia la trascendencia como obra de lo racional y fortalece el sentido de lo humano, como parte de un bien universal.

Seríamos culturalmente bipolares, ajusta Luis Barahona Jiménez: “este estar siendo hacia Dios y hacia la muerte en la Naturaleza, considerada un tanto como divina al modo pagano y un tanto al modo de un Dios inmanente al mundo, que nos hace, nos pone en la vida y luego nos reincorpora a su seno”. Esto lo describe de modo magistral Antonio Arráiz, en su Tío Tigre y Tío Conejo:

– “No es éste el camino; derrocaremos, por la violencia, un gobierno que se sostiene por la violencia; y por la violencia necesitaremos continuar sosteniéndonos, y la violencia seguirá entronizada en medio de la vida plácida de los animales... No será lle-

gado el reino de Tío Conejo el día en que el espíritu agresivo de Tío Tigre entre en su espíritu y apoderándose brutalmente de él, lo incite a sus propios comportamientos...”.

Atrás ha de quedar, por lo visto, la desfiguración que acerca de lo nuestro y originario sufrimos después de Carabobo y ha llevado a que nos golpeemos las espaldas con un cilicio cada vez que se nos pregunta o nos preguntamos por el ser que somos los venezolanos. “No fue Carabobo, fue el largo siglo de descomposición nacional que le siguió”, lo cree a pie juntillas Arturo Uslar Pietri. Y agrega que “muchos creyeron que el país que produjo aquella legión de hombres extraordinarios había caído y degenerado, por eso vinieron uno tras otro los reformadores, los restauradores... los revolucionarios”; lo que a J.A. Pérez Bonalde, poeta y autor de *Vuelta a la patria*, le lleva a concluir que “en Venezuela sólo hay dos negocios buenos: el primero, salirse del país y el segundo, no volver jamás a él”; salvo cuando la bonanza nos esteriliza y anestesia – vuelvo al maestro Bello – y cada vez que se hace realidad esa síntesis que de Venezuela como mítico Dorado hace Cecilio Acosta: “aquí pisan las bestias oro y es pan cuanto se toca con las manos”.

En línea diametralmente opuesta y en prólogo que escribe para mi ensayo “Genesis del pensamiento constitucional de Venezuela” (2018), Manuel Bustos Página 10 Rodríguez, director de la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias, Artes y Letras de España, dice bien lo siguiente:

– “En primer lugar, [tenemos] la demostración de la existencia de una Ilustración de calidad en Venezuela (en lo que luego devendrá este país), a finales del siglo XVIII y principios del XIX, constituida por nombres de relieve en la historia patria, intelectualmente formados, entre otros centros de estudio superiores, en la Real y Pontificia Universidad de Santa Rosa. A la vista de este hecho, convendrá advertir el profundo desconocimiento que de ellos (tal vez con la excepción de Miranda) se tiene en Europa, donde viene imperando la idea de que no hubo otra Ilustración que la forjada por los nombres clásicos franceses

(Diderot, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, etc.) y los británicos (Locke como preludeo o Adam Smith). El propio complejo de inferioridad que padecemos de forma crónica los hispanoamericanos, y que nuestro mismo autor recuerda en alguna ocasión, nos ha llevado culpablemente a este olvido”.

Ciertamente y como lo dirá Bello, “Venezuela tardó poco en conocer sus fuerzas, y la primera aplicación que hizo de ellas, fue procurar desembarazarse de los obstáculos que le impedían el libre uso de sus miembros”. De allí la obra de 1810 y la de 1811, cuya memoria la entierran las espadas.

Señala bien la propia Conferencia Episcopal Venezolana, no por azar, que “en esta nueva lucha por...la refundación de la nación, ... [e]ste proceso de refundación de Venezuela... es una tarea con características políticas, pero no partidarias ni al servicio de ideología política alguna”.

¡Y es que siempre se ha considerado a la nación como la obra diletante de sus élites!, sin ser tal y por no ser no otra cosa, según estas, que la encarnada en el talante pródigo del caudillo que nos gobierne en la circunstancia como Padre Bueno y Fuerte.

Allí nace, exactamente, la diatriba que, oculta tras el citado debate centro federal, despliega sus efectos sobre el comportamiento de nuestras élites y que se prorroga en los siglos sucesivos. No pudo estar mejor representada que en el cruce de palabras habido entre el presidente civil y sabio don José María Vargas y el General Pedro Carujo, prócer de la Independencia, quien incluso intentara asesinar a Bolívar en Colombia: “El mundo es de los valientes” le dice éste al mencionado gobernante, una vez como le arresta en un día de junio de 1835; a lo que el rector Vargas responde categórico, “[n]o, el mundo es del hombre justo; es el hombre de bien, y no el valiente, el que siempre ha vivido y vivirá sobre la tierra y seguro sobre su conciencia”.

Es esta, en fin, la dualidad conductual que luego aflora como un diálogo entre razón y naturaleza sobre el puente de la batalla de Carabobo. Ella nos acompaña como imposición y nos ha

moldeado a los venezolanos del tiempo posterior. Es lo que urge resolver, efectivamente. Es el dualismo civilización vs. barbarie que describe desde el sur hispanoamericano Domingo Faustino Sarmiento, y lo hacen entre nosotros Gallegos y Antonio Arráiz, ya citados.

En orden lo antes expuesto y que he tratado en las páginas de este resumen epistolar del largo estudio que he presentado ante Ustedes, a fin de realizar lo planteado por la Conferencia Episcopal Venezolana, dejo la pregunta de rigor y a resolver y que es de fondo: ¿Se trata la nuestra de una realidad en forja desde nuestro período colonial, que encuentra como hito o punto de inflexión que la diluye o que antes bien le brinda su síntesis al mismo Carabobo, tal como lo sugieren los Obispos?

Al agradecer a la Academia de Mérida y a sus Individuos de Número la acogida que me han brindado, debo decir que no se trata de realizar una tarea que, dado su contenido, las generaciones mejor ganadas para la inmediatez digital puedan juzgar como propia de escribanías medievales. Estamos ante una exigencia de actualidad y porvenir exigentes, que convoca a un supremo acto de responsabilidad, a saber, traducir en valores y principios ordenadores al ser genético nuestro en una hora y en un siglo signados por las ideas de la deconstrucción institucional y sin arraigos, a la vez de descarte, de globalización de la anomia y empeños por la totalización del género humano.

Ello reclama, en lo inmediato y como previsión, de un urgente contrapeso: “La «lugarización», como definición proemio, es decir, aprovechar como impulso del quehacer pendiente, “la inclinación global hacia la valorización de lo local”, como lo plantea Francisco González Cruz, hermano de Fortunato, a quien abrazo en lo personal y como ilustre miembro de esta Academia Emeritense.

Urge ponerle término a la preocupación que varias veces expresara acerca de nuestra circunstancia uno de nuestros más eminentes historiadores. En 1966, Germán Carrera Damas (Una

nación llamada Venezuela, 2017) afirmaba que nos hemos ocupado “de lo que a Venezuela faltaba, o de lo que Venezuela debía ser, que de lo que Venezuela era”. Pero si la nación, como sublimación de la patria, implica – lo hemos dicho con Sanz de la mano – ser libres como debemos serlo, vale igualmente la precisión añeja de Gil Fortoul que juzgo es compartida por el mensaje de nuestro Episcopado y me permite concluir: “Esta injerencia arbitraria del Estado en la vida moral de los ciudadanos, proyecta una sombra muy densa sobre el carácter verdaderamente liberal de las instituciones venezolanas”, diluyendo al cabo el ser que somos desde nuestro más lejano amanecer. Es lo que cabe conjurar.

Honorables académicos.

Casa de los Gobernadores,
Mérida, 15 de septiembre de 2022

**¿DESPERTARÁ OCCIDENTE
DESPUÉS DE LA GUERRA?**

PAPEL LITERARIO, 22 DE MAYO DE 2022
(TEXTO REVISADO Y AMPLIADO)

PRELIMINAR

Conmovido el mundo con el acto de agresión de Rusia a Ucrania, cuya condena no debe cesar, ojalá se amalgame sobre su real trasfondo. Corremos el peligro de que, bajo el dominio del ecosistema de instantaneidad y virtualidad dominante en Occidente, miremos los árboles, no al bosque.

“*El viaje moderno llega a su final*”, es el título que identifica a mi más reciente libro. Que Ucrania sea su inflexión, está por verse. Pero sí es la oportunidad para las enmiendas retrasadas en casa propia desde 1989.

¿Tendrá tiempo la sociedad occidental para ello?

La ocurrencia real y no virtual de la guerra, hemos de admitirlo, la ha sacado transitoriamente de su ensimismamiento y letargo, de su indolencia y la trivialidad que la ha llevado a negarse como civilización.

Durante las tres décadas recorridas (1989-2019) se ha ocupado de destruir sus códigos genéticos. Expresa vergüenza por la extracción judeocristiana y grecolatina de su cultura. Exige disponer de la vida humana, libremente, al principio y en su final; forjar otras identidades que la desprendan de la humillante heterosexualidad inscrita sobre el Génesis; prosternar el mestizaje de razas del que es tributaria; y volver a sus gentes objeto y parte de la Naturaleza, renunciando a su señorío para conservarla y acrecerla.

Han malgastado los occidentales, de modo relevante los hispanoamericanos, los tiempos que arrastra la gran ruptura «epocal» y que bajan el telón con el COVID-19 dejando en herencia 5.000.000 de víctimas, sin dolientes en Naciones Unidas. Son sólo el frío registro académico de la Universidad de John Hopkins.

Quienes se rasgan las vestiduras por la masacre sobre Ucrania, han sido cuidadosos, antes, de no pedir a los chinos – socios de Rusia y con vistas a la Era Nueva – reparen a la Humanidad los daños transfronterizos que les ha irrogado el riesgo «científico» de Wuhan. Mas dicen Jinping y Putin, con la frialdad de los gerentes de un camposanto, que “se oponen a la politización de este tema... es una cuestión de ciencia”, según reza su acuerdo de Pekín.

Hurgando a la distancia, más allá de lo explicado, si bien no nos atreveríamos a afirmarlo tajantemente pues sugiere ser hiperbólico, es predicable que las trágicas realidades que se engullen al mundo actual, aceleradas por la pandemia del Covid-19 y la señalada guerra de agresión contra Ucrania, algún anclaje encuentra en la Venezuela petrolera de inicios del presente siglo. No por azar es ella la puerta de ingreso geopolítico y geoestratégico a la América del Sur y en aquella época la seguridad energética norteamericana.

Cuando los rumbos se nos hacen amenazantes o inciertos, lo enseña Ulises y a fin de proseguir, la mirada hacia atrás se vuelve instintiva. Así que traigo a colación las razones que animaran a los gobiernos de Libia e Irak en 1998, reunidos por Fidel Castro, para comprometer su apoyo financiero al entonces candidato presidencial Hugo Chávez Frías.

Les venía como anillo al dedo contar como aliado a la industria petrolera venezolana para sus luchas contra Estados Unidos. PDVSA, una de las más prestigiosas transnacionales del mundo, era tan icónica para el Oriente y el mundo musulmán como lo fueran para el mundo capitalista las Torres Gemelas de Nueva York.

No es casualidad, así, que al concluir su presidencia Rómulo Betancourt, en 1964, después de haber enfrentado a las invasiones armadas del comunismo sustentado por Rusia en el Caribe, haya dicho que “fácil resulta explicar y comprender por qué Venezuela ha sido escogida como objetivo primordial por los gobernantes de La Habana para la experimentación de su política de crimen exportado”.

“Venezuela es el principal proveedor del Occidente no comunista de la materia prima indispensable para los modernos países industrializados, en tiempos de paz y en tiempos de guerra: el petróleo”, prosigue Betancourt. Y agrega, con juicio visionario, que “resulta así explicable cómo, dentro de sus esquemas de expansión latinoamericana, conceptuara Cuba que su primero y máspreciado botín era Venezuela, para establecer aquí otra cabecera de puente comunista en el primer país exportador de petróleo del mundo”.

Diluidas tales referencias en el tiempo, llegado luego el instante en el que Chávez después de superar la crisis de su frustrada renuncia del 11 de abril de 2002 ha de tropezarse con un referendo revocatorio de su mandato, que al termino le desfavorecía – a pesar del apoyo que a su pedido le otorga el mismo Castro, serán los observadores norteamericanos quienes le salven, en 2004. La cuestión petrolera otra vez se vuelve determinante. La voluntad legítima del pueblo venezolano expresada en esos comicios «destituyentes» se obvió, por subalterna para los gobiernos de las Américas y los europeos.

LOS ACUERDOS DE MAYO EN VENEZUELA

Al término de ese año, el secretario general de la OEA y expresidente de Colombia, César Gaviria, quien en yunta con el presidente Jimmy Carter y su Centro de Atlanta facilitan los célebres Acuerdos de Mayo formalmente resolutivos de la crisis venezolana y que llevarán hasta el referendo revocatorio, se mues-

tra preocupado por la deriva totalitaria del gobernante venezolano. Le recuerda que puede llevar a cabo su «revolución», mientras no burle los términos de la Carta Democrática Interamericana, a saber, mientras no se viese comprometido el patrimonio moral e intelectual de Occidente. Chávez había puesto en marcha, justamente, lo que llamó La Nueva Etapa, El Nuevo Mapa Estratégico de la Revolución Bolivariana, en noviembre de 2004.

Sobre su contenido escribo desde las páginas del diario El Universal, sin ser escuchado. Se trataba de otra exageración para la opinión de circunstancia, la dominante. Presentó aquél, asociado otra vez con La Habana y el Brasil de Lula da Silva, cuyo emisario – el embajador ante la OEA Walter Pecly Moreira - se suma al propósito de frustrar los resultados del referendo del 15 de agosto anterior, las líneas maestras de lo que, tras desafiar a Occidente en territorio venezolano, era la aspiración globalista de los causahabientes del derrumbe soviético.

– “Los enfrentamientos entre los fuertes debemos aprovecharlos... para nuestra estrategia. La Unión Europea, vemos que esta se consolida y eso es muy importante para nosotros, para nuestra estrategia, porque eso debilita la posición de los Estados Unidos”, expresa Chávez. Pero no se queda allí, en lo filatero,

La Nueva Etapa que esgrime muestra un esbozo de estrategia «logarítmica» por su empeño de trascender, que avanza desde antes y se empeña en superar el limitado contexto del Foro de São Paulo. En paralelo ya se construían desde la ONU la manida tesis del desencanto democrático (Informe Caputo, 2004) y la señalada Agenda 2030 (ONU, 2015).

– “En las repúblicas exsoviéticas ... queda una nutriente... Ahí quedó una semilla que ahora parece estar rebrotando”. “China tiene mucho dinero y quiere invertir en estos países. Vamos a invitar a esos capitales chinos. Estamos en el nuevo momento, ellos fortalecidos, nosotros fortalecidos, es el momento de ensamblar”, dice, con la perspicacia de un diablo iluminado, el exmilitar que gobierna a Venezuela, quien se ha sumado, ahora sí

y luego del grave tropiezo del citado 11 de abril, a la estrategia globalizadora y antioccidental que se venía construyendo desde La Habana, bajo la égida de Castro.

Tales tiempos de lo venezolano, así las cosas, se han vuelto papeles con destino, si los analizamos hoy desde el atalaya de la guerra contra Ucrania. Su «tour de force» es y se revela ser, como podrá constatarse de seguidas, el bautizo que podemos hipotetizar y se hace ya parto de sangre para dejar atrás al orden mundial que fenece, nacido en 1945: Cada localidad de Occidente habrá de labrarse sola, y es lo que se pretende, su libertad, o elegir democráticamente a su dictadura.

NO SE TRATA DE UN CISNE NEGRO

Nos escandalizamos, pues, por el aldabonazo de otra guerra distante de nosotros, en efecto, que bien pudo evitarse, que sufren los otros y que la hace Rusia, diría Tucídides, acaso sin apelear a la razón que sosiega. Pero lo hecho por Rusia es y no es un Cisne Negro.

Lo es, en tanto que distraídos los occidentales con el jolgorio del relativismo y de la deconstrucción cultural y política de nuestras naciones históricas y mestizas – catapultados por la caída de la URSS y el ingreso de la Humanidad a las revoluciones digital y de la inteligencia artificial, hemos sido sorprendidos por un acto de violencia militar convencional más propio del siglo XIX y la primera mitad del XX.

Lo cierto es que no se trata – que sí se trata - de una guerra de tercera generación, que es la aparente y visual, pues tras ella, como puede intuirse, se oculta otra guerra, de quinta generación, la del relato o la narrativa que al cabo llegue a dominar.

No olvidemos que “el consumo de noticias es cada vez más digital y la inteligencia artificial, el análisis de la Big Data (que permite a la información interpretarse a sí misma y adelantarse a

nuestras intenciones) y los algoritmos de la «caja negra» son utilizados para poner a prueba la verdad y la confianza, las piedras angulares de la llamada sociedad democrática occidental”, como lo explica Aram Aharonian (Redacción La Tinta, 4 de septiembre de 2018). Una cosa son los medios de Occidente, otra las redes que controlan rusos y chinos.

No es tal Cisne Negro la guerra en cuestión, a su vez, puesto que la agresión al pueblo ucraniano y su artera masacre representa un hito dentro de la escalada de adormecimiento de nuestras conciencias y que avanza sin que nos hayamos dado por aludidos a partir del señalado desmoronamiento de la Cortina de Hierro. El Covid-19 la ha acelerado.

Los temas singulares de tal estrategia, como la gobernanza digital, la transición verde o la cuestión de las identidades, han contado con el ucuse, cuando menos de los gobiernos democráticos en América Latina. Ninguno ha querido reparar en que aquéllos, siendo inevitables, propios de las agendas globales contemporáneas e incluso obras del deslave informativo, se los usa como distractores del verdadero propósito que evidencia el hecho de la guerra, a saber, la forja de un orden internacional sustitutivo del anterior, hijo de la Segunda Gran Guerra del siglo XX.

UNA GUERRA DE VIEJA DATA, EN MOMENTO AGONAL

Desde 2016 se esperaba por una solución negociada del entuerto ruso-ucraniano con Estados Unidos, vinculado al control de puertos estratégicos (Sebastopol) y del paso de ductos de hidrocarburos, según refieren las crónicas. No la hubo, al cabo. Pero lo veraz es que el siglo XXI, presentándose como el de la “desmilitarización” de la violencia, no deja de ser muy cruento desde sus inicios y además indolente.

Las guerras en Afganistán e Irak, y la guerra intestina de los sirios, son reveladoras; para no citar la guerra entre Etiopía y Eritrea que deja 98.000 muertos sobre un puente entre el pasado y

el actual siglo. La Corte Internacional de Justicia le otorgó la razón a esta, mientras la primera le derrotó militarmente y se impuso. El mundo siguió girando sobre su eje y Estados Unidos, recién y por si fuese poco, abandonó su espacio afgano resignándose al Talibán, matriz del terrorismo e invitándole a dialogar.

El asunto es que el tiempo recorrido hasta ahora, desde el otro parteaguas histórico que fue el 11 de septiembre de 2001, cuando el terrorismo se ceba sobre territorio norteamericano, vino a enseñar que una vocación de martirio individual – como la de los mismos terroristas – puede acabar con la heroicidad de un ejército y mover los cimientos de una potencia mundial. Aquella, no obstante, cede en el siglo corriente de los antihéroes que avanza mientras se devalúa el sentido de la patria grande como «destino manifiesto»; ese que aún intenta resucitar un Napoleón de la posmodernidad, Vladimir Putin. Cada ciudadano digital o internauta es en la actualidad su propio héroe, quien diseña patrias domésticas a su arbitrio, que lo sostengan como ser diferente y sin pares que le incomoden.

Regresa la guerra, efectivamente, en un contexto global distinto que se niega a la épica y al sacrificio, se dice; dado lo cual conmueve al planeta la enseñanza aleccionadora que asimismo se vuelve grito desgarrado y nos deja con su corajuda lucha el pueblo ucraniano: ¡Nos han dejado solos!, y solo, prácticamente, ha enfrentado a su Goliat.

Esa soledad quiere significar, cabe precisarlo, no que Ucrania reste abandonada a su destino sin auxilios bélicos y materiales llegados desde Occidente, sino que estos han sido suministrados por retazos, sin un transparente concierto estratégico. Y es que las partes de aquél – USA y Europa – han venido reaccionando asimétricamente y miden los efectos de la guerra, incluso sus tensiones con la Rusia de Putin, en cuanto les afecta o no de un modo directo y en sus economías.

No por azar, el ateniense citado y autor de la *Historia de la Guerra del Peloponeso* (Madrid, 1889), afirmaba con lúcido criterio que “los hombres muy codiciosos de declarar la guerra hacen primero lo que deberían hacer a la postre, trastornando el orden de la razón, porque comienzan por la ejecución y por la fuerza, que ha de ser lo último y posterior a haberlo muy bien pensado y considerado: y cuando les sobreviene algún desastre se acogen a la razón”.

El «acto de agresión» de Rusia contra Ucrania, que así lo califica la Asamblea General de Naciones Unidas en su “período extraordinario de emergencia” de 1º de marzo de 2022, siguiéndose por la definición adoptada por ella misma a propuesta de la antigua Unión Soviética (A/RES/3314-XXIX de 14 de diciembre de 1974), por constituir “el primer uso de la fuerza armada por un Estado en contravención de la Carta” de San Francisco y del párrafo 4 de su artículo 2, ha provocado una sorpresa, aquí sí, por mediar la crisis de legitimidad que está viviendo el sistema multilateral, agravada por los efectos del Covid-19.

Por una parte, es el punto de inflexión de una guerra anterior en curso, prorrogada y no atendida – 13.000 muertos y 30.000 heridos sumaron en 2015 cuando se reúne el llamado Cuarteto de Normandía – y que la propia comunidad internacional se reveló incapaz de conjurar. Además, y por la otra, parecería desafiar, incluso consciente la ONU del acelerado agotamiento del orden mundial que la sustenta, las pretensiones pactadas por Rusia y China en vísperas de la guerra, el 4 de febrero.

Se abre entonces, quiérase o no, una “Era Nueva” en las relaciones internacionales o su debate conclusivo, tal y como lo sostienen desde sus perspectivas culturales las mencionadas potencias a raíz de su Declaración Conjunta de Beijing o Pekín.

LA RUS DE KIEV

Ucrania es una unidad inestable de diversidades históricas, de cruce entre distintas culturas por sobre sus originarias, unas mirando hacia Occidente y otras al Oriente. Es y ha sido, ciertamente, un laboratorio de experimentación geopolítica desde sus más remotos días.

Así las cosas, puede volverse en la hora una oportunidad y el escenario en el que encuentre apropiado discernimiento la Era Nueva – pactada por rusos y chinos – o el Nuevo Orden Global que busca forjarse en medio de una tensión agonal entre esos nichos sociales en los que se ha fragmentado Occidente, tras el derumbe del comunismo.

En lo mediato, hasta el instante en que los ucranianos readquieran su independencia en 1991, su autodeterminación se ha vuelto ejercicio corajudo e inacabado de voluntades en choque, que aún sigue sin destino cierto.

“En el siglo IX fue el país de los eslavos orientales, la nación más grande y poderosa de Europa hasta el siglo XII. Hogar de la primera democracia moderna fue dividida en el siglo XIX tras la Gran Guerra del Norte, la mayor parte se integró en el imperio ruso y el resto en el austrohúngaro” (Fermín Agusti, “Cadena Ser”, 2014).

Llamada Ucrania “la puerta de Europa”, Herodoto habla de la llegada a ella de los escitas – que forman la Escitia en tiempos precristianos, hacia el siglo VIII a.C. sobre sus espacios y el sur de Rusia – comerciando aquéllos con los griegos y persas y nutriéndose de sus sabias, hasta que entran en escena los eslavos. Estos, entre los siglos IX al XIII de la era cristiana establecen la Rus de Kyiv, tributaria de la catolicidad ortodoxa de Constantinopla, desde la que gobiernan los grandes príncipes o zares de Rusia entre el año 862 y 1157, cuando ocurre el cisma, que divide a la monarquía, una residente en Kiev, otra en Moscú, entre 1154 y 1240.

Durante los siglos XVI al XVIII una parte de Ucrania pasa a ser dominada e integrada dentro de la Mancomunidad de las Dos Naciones que forman el Gran Ducado de Lituania y el Reino de Polonia, que a su vez reunía a la actual Polonia, la Ucrania Bielorrusa, Letonia, Estonia y la llamada Rusia occidental.

Empero, mirando entonces hacia oeste cultural los ucranianos, los cosacos – formaciones sociales multiculturales descendientes de eslavos, y nómadas – forman después en sus tierras el Hetmanato, con sus costumbres y formas de autogobierno, basados en tradiciones militares. Y los tártaros – parte de los pueblos túrquicos – crean allí su propio estado, el Janato de Crimea, hoy “reconquistado” por la Rusia de Putin (<https://ukraine.ua/es/explora/historia-y-origenes/>).

En ese tiempo, entre 1648 y 1654 ocurre en los espacios ucranianos la célebre rebelión de Jmelnirski o la revolución de Chmielnicki, que reúne alrededor del atamán de dicho nombre a cosacos de Zaporoshia, de la región de Dnieper, los tártaros de Crimea y ortodoxos contra la Mancomunidad, relajando sus controles polacos, de judíos y católico romanos; ello, en búsqueda de crear un estado cosaco autónomo y que en su final sólo alcanza que las tierras cosacas pasen a control de los rusos, en lo que se conoce como El Diluvio.

Polonia pierde así un tercio de su territorio (Perry Anderson, *El Estado absolutista, Siglo XXI*, Madrid, 2007). La mayoría de la población ucraniana se consideraba distinta de los lituanos y polacos que les gobernaban.

Desde entonces hasta el siglo XX, ese mosaico de realidades culturales que sincretizan las raíces de Occidente con la de Oriente, Ucrania, pasa a dividirse para formar parte de dos imperios, el austríaco o austrohúngaro y el ruso. Quisieron construir los ucranianos su propia nación entre 1917-1921 mediando la revolución bolchevique, a la que resisten unidos a los polacos.

Mas al cabo, a diferencia de Polonia, que conserva su entidad, Ucrania se diluye dentro de la Unión Soviética, ofrenda 8 millones de víctimas durante la Segunda Gran Guerra, de los cuales 1,5 millones fueron judíos.

Es Ucrania, en suma, la víctima sufriente del Holodomor, El Gran Terror, del Holocausto e incluso de la catástrofe de Chernóbil. Y es apenas en 1991, hace dos décadas, cuando les llega, como conjunto de diversidades, la posibilidad de construir un Estado unitario, libre y democrático, bajo la forma republicana. No les ha sido fácil.

Tras los gobiernos independientes de Kravchuk (1991-1994) y Kuchma (1994-2005), a los que siguen la Revolución Naranja que denuncia un fraude electoral en la controversia por la presidencia entre Viktor Yuschenko (2005-2010) que al término se impone a Viktor Yanukóvich, un prorruso dirigente del Partido de las Regiones que le sucederá (2010-2014), amenazado este por la Revolución de la Dignidad o Heudomaidon, europeísta y nacionalista, encuentra allí Putin el hito o argumento para sacar el hacha de la guerra. Propicia de nuevo la fragmentación del país, como lo hiciesen sus antecesores de la Rusia imperial. El parlamento había votado por la destitución de aquél, que huye de Kiev y a cuyo efecto, en violación flagrante del Derecho internacional anexa Rusia a Crimea.

Se afirma que, tras de todo, lo que privaría como objetivo ruso es la conquista de un espacio significación económica y geoestratégica global. Cuenta Ucrania con “el cuarto sistema de gasoductos de gas natural más grande de Europa en el mundo” y es el primer productor de amoníaco. Es el octavo país del mundo “en términos de capacidad instalada de centrales nucleares” y es una potencia agrícola: primer exportador mundial “de girasol y su aceite” y el segundo “en producción de cebada”, como el cuarto “exportador de maíz en el mundo”. “Puede satisfacer las necesidades alimentarias de 600 millones de personas, pero ahora su economía está prácticamente paralizada” (RealEstate: Market & Lifestyle, 28 de febrero de 2022).

¿Qué saldo nos quedará, es la pregunta pertinente, de la guerra en curso de Rusia contra Ucrania – una nación “asociada” a la Unión Europea desde 2014, que ya deja gravosas incidencias alimentarias y energéticas, y pone en cuestión el poder real actual de Estados Unidos – a fin de que tengamos una justa ponderación sobre su significado?

El derecho internacional afirma que “el territorio de un Estado no será objeto de adquisición por otro Estado derivada de la amenaza o el uso de la fuerza”. Mas la ONU no ha sido capaz de garantizárselo a los ucranianos, desde 2013. Se ha vuelto sal y agua dicho predicado. La guerra sigue allí, mientras se eleva la dignidad de los ucranianos que resisten. Eso sí, los partes de guerra nutren a las agencias internacionales dividiendo sus opiniones, sin que los diálogos sugeridos ofrezcan una esperanza cierta e inmediata.

Vivimos un «quiebre epocal» que sin duda alguna afectará a toda la Humanidad, más allá del resultado material de la guerra convencional que avanza y sugiere que pronto podría llegar a su término.

LA RESPUESTA DE UN OCCIDENTE FRAGMENTADO

Los Jefes de Estado y Gobierno suscriptores de la Declaración de Versalles de 10 y 11 de marzo de 2022 y la Declaración de la OTAN de 24 de marzo no son extraños al mencionado quiebre «epocal» sobrevenido: En Ucrania se defienden “nuestros valores compartidos de libertad y democracia”, reza la primera, en tanto que la segunda acepta que “la guerra no provocada de Rusia... representa un desafío fundamental a los valores y normas que han llevado seguridad y prosperidad a todos en el continente europeo”.

La guerra contra Ucrania es, por ende, el desencadenante de una cuestión de fondo, a la vez geopolítica e identitaria – no se olvide que nos encontramos en el siglo de las deconstrucciones

ciudadanas y territoriales, tras las que quedan las proximidades culturales – que aflora con fuerza hasta que sea definitivamente resuelta; pero con costos irreparables que ya sufren, en carne propia, quienes no la olvidarán jamás, los ucranianos. En ese drama con alternativas media el antiguo imperio otomano, la Sublime Puerta, y la acicatean los chinos, simulando ser ajenos a los hechos de la guerra convencional en curso.

Cabe decir, a todas estas, que inmersos en las pugnas y antagonismos estimulados deliberadamente por el progresismo global y los discípulos de Antonio Gramsci (1891-1937) y Theodor Adorno (1903-1969), los americanos y europeos de Occidente hemos dilapidado la larga transición que inaugurara la caída del socialismo real (1989) y asumido otras formas de lucha de clases, como las identitarias señaladas.

De este lado, durante la transición y en acera diferente a la medieval Rus de Kiev, madre de los rusos, más ha importado la destrucción de nuestras conciencias históricas para forjar patrias y comunidades sin memoria, negadoras de la «lugarización»; de allí que el fenómeno envolvente de las migraciones esté arrasando como efecto perverso la resurrección de los fanatismos y la xenofobia que conociera Alemania luego de la apertura de la Puerta de Brandemburgo. Celebramos la declinación de nuestras raíces judeocristianas y grecolatinas, banalizando nuestras concepciones antropológicas y políticas, al punto de inventarnos la categoría de lo iliberal o la de los “autoritarismos electivos”.

Ucrania, hasta ayer nos interesaba sólo como el patio trasero, puente con el Oriente, sobre el que se desandan los enconos partidarios de USA, como el de Donald Trump y Joe Biden. Uno, por tener intereses con el depuesto presidente ucraniano Yanukóvich, socio de Putin. Otro, por presionar al sucesor Zelenski para que le ofreciese pruebas sobre lo anterior. El poder nuclear – quince reactores – es la otra manzana de la discordia.

El Parlamento Europeo, ya había condenado en 2014 – no ahora en el fragor de la guerra – “la violación por parte de Rusia

de la soberanía e integridad territorial de Ucrania y pide a Rusia que ponga fin con carácter inmediato a todo tipo de violencia”. La Asamblea de la ONU, que en efecto condenó el «acto de agresión» ruso, ante similar hipótesis y con lenguaje sibilino, sin resultados, instó en 2020 “a la Federación de Rusia, en su calidad de Potencia ocupante, a que retire sus fuerzas militares de Crimea... y ponga fin sin demora a su ocupación temporal del territorio de Ucrania”.

Visto lo anterior, el rechazo por la ONU de “la declaración hecha por la Federación Rusa el 24 de febrero de 2022 de una «operación militar especial» en Ucrania” y el exigir que “la Federación de Rusia ponga fin de inmediato al uso de la fuerza”, votada afirmativamente por 141 Estados parte sobre 5 votos en contra – Rusia, Bielorrusia, Siria, Corea del Norte y Eritrea – mediando 35 abstenciones, cabe convenir que en modo alguno vino a significar, como ya se constata, que el orden mundial de 1945 estuviese resucitando, ahora sí, sobre bases sólidas. No nos engañemos.

La misma Declaración de Versalles no es ajena a lo señalado: “La guerra de agresión rusa constituye un vuelco descomunal en la historia europea”, asienten aquellos. Aceptan que el desafío presente es estar a la altura “en esta nueva realidad, protegiendo a nuestros ciudadanos, nuestros valores, nuestras democracias y el modelo europeo”. Salvo USA, los americanos del resto del norte, centro y sur, de conjunto y como parte de Occidente hemos permanecemos a la zaga, sin discurso propio, y ello también cabe observarlo pues los efectos de la guerra y del Orden Nuevo, que vemos como cosa distante, los cargaremos a costas durante dos generaciones más, hasta 2049.

Vladimir Putin y Xi-Jinping, en los días previos a la agresión a Ucrania por el primero, como cabe repetirlo, desde Beijing le han dicho al mundo, en efecto, sobre sus reglas, que se harán presentes en la negociación de la paz, mientras el primero afianza su estatus quo de 2014.

LA ERA NUEVA Y LA TRIPLE ALIANZA

Rusia y China, a los que se les aproximara Irán han creado una «triple alianza». El pasado 21 de enero la presentaron otra vez en sociedad con las maniobras navales conjuntas en el Océano Índico, considerado por el gobernante ruso un hito que al igual que el Mar Negro y el Mar Rojo es vital para la seguridad geopolítica de su nación.

Dos días antes, el presidente iraní Ebrahim Raisí visitó a Vladimir Putin para afirmar tal comunidad estratégica: “Llevamos más de 40 años enfrentando a los estadounidenses. Y jamás detendremos el progreso y el desarrollo debido a sanciones y amenazas”, dijo. Lo que prueba, de modo palmario, que la polarización del mundo ha regresado, a despecho de la tesis de Francis Fukuyama esgrimida en 1992, sobre la propagación de las democracias liberales en el mundo.

Al trazar Putin y su homólogo chino las bases de lo que será, según ellos, la realidad planetaria en forja, claramente la intitulan así: “Las relaciones internacionales en una Era Nueva y el desarrollo sostenible global”.

No es fácil, ciertamente, desentrañar el sentido de lo declarado por estos como proemio a la dantesca agresión que el primero desata sobre Ucrania. Dicen ambos “defender firmemente los resultados de la Segunda Guerra Mundial y el orden mundial existente de la posguerra... [y] resistir los intentos de negar, distorsionar y falsificar la historia”. A la vez, como negando lo afirmado y asimismo el pasado, anuncian que las relaciones internacionales reclaman “la transformación de la arquitectura de la gobernanza y el orden mundiales”.

Si nos atenemos a lo que estos ajustan en el documento o Pacto de Beijing que suscriben, a saber, el compromiso para “evitar... negar la responsabilidad de las atrocidades cometidas por los agresores nazis, los invasores militaristas y sus cómplices, a fin de manchar y empañar el honor de los países victoriosos” –

entre otros la misma China y Rusia – mal se entiende lo que horas después, uno de ellos, Putin, lleva a cabo, a saber, sobreponer la fuerza por sobre la razón ética y práctica. A menos que el mensaje subyacente de ambos sea otro, dada la omisión de toda referencia al Holocausto y a su significación axiológica y prescriptiva para el orden internacional de Naciones Unidas.

¿Acaso dejan como elemento de segundo orden para esa Era Nueva que pretenden inaugurar a la razón de Humanidad? De ser así se estará privilegiando el logro geopolítico, paradójicamente dentro de un novedoso ecosistema que, a partir de lo digital y de la inteligencia artificial, le quita sentido al espacio o a la «dugarización» en beneficio de la virtualidad; tanto como devalúa al tiempo, forjador de costumbres y tradiciones, para darle imperio a lo instantáneo.

Dicen, justamente, que “se oponen a los intentos de las fuerzas externas de socavar la seguridad y la estabilidad en sus regiones adyacentes comunes”, según reza lo acordado en Beijing. Mas otra vez se vuelve oxímoron, dado el otro compromiso que ellas sitúan entre líneas: “Defender la autoridad de las Naciones Unidas y la justicia en las relaciones internacionales”.

A la luz de lo observado, el binomio sino-ruso mejor esperaría transformar a la ONU en lo que fuese su predecesora, la Sociedad de las Naciones, una mera secretaría de los Estados hasta que llegó la guerra que no pudo evitar aquella, la Segunda del siglo XX. El equilibrio de poderes de nada sirvió.

Aspiran, entonces y como se aprecia, a unas Naciones Unidas que, para lo sucesivo, sea un ente cuyo “papel central” se limite a la “coordinación”. La vertiente política del gobierno mundial ingresaría, de tal modo, a un plano deconstructivo abierto, mientras Putin y Jinping profundizan en la arquitectura global de lo económico y comercial, con sus estrategias multilaterales para la Nueva Era.

Es sus líneas de acción, en efecto, para sobreponerse al poder de la que califican, sin mencionarla, como “minoría a escala internacional”, léase a Europa occidental y Norteamérica, relanzan los acuerdos BRICS (Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica), a la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS), a la APEC (Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico) y a la Asociación de Naciones de Asia Oriental (ASEAN).

Nacería así, según sea el desenlace de la «guerra de relatos» planteada en paralelo, “un nuevo tipo de relaciones entre las potencias mundiales”, sujeto a la autoridad que dicen rusos y chinos haber adquirido tras su guerra contra el nazismo; mismo adjetivo que Putin, justificando la suya, endilga a sus hermanos ucranianos y que motivase la acción judicial de estos en contra de Rusia ante la distante y muy sacramental Corte Internacional de Justicia. A ambas partes les exige esta, emparejándolas, “garantizar que no agravarán su controversia”.

No les basta con el Cisne Negro de sus regresos al tiempo en que el tiempo y el espacio eran el fundamento del poder geopolítico, y cuando la geografía y su dominio y la historia, cabe reiterarlo, marcaban a la agenda del mundo hasta el instante mismo del genocidio judío. ¡Y es que, en sus convenimientos, a la par avanzan rusos y chinos hacia el control de la realidad orwelliana, del llamado «capitalismo de vigilancia», determinado por la tercera y cuarta revoluciones industriales emergentes!

La economía digital, la conectividad de infraestructura, el transporte inteligente, confluyen todos en la cuestión de la «gobernanza en el campo de la inteligencia artificial». De donde piden los acuerdos Beijing, al efecto, “un instrumento jurídico internacional universal que regule las actividades de los Estados” en tales ámbitos y en lo relativo a lo que es central al conjunto: las denominadas “TIC o tecnologías de información y comunicación”.

Es esta, pues, la otra forma de poder que busca cristalizar y desde ahora envuelve a la sociedad global, al punto que viene comprometiendo los procesos electorales en Occidente con su otra tecnología, la de eliminación, negada a la competencia (TdE).

Otra vez no falta el oxímoron, propio a la dialéctica de culturas que han bebido en las fuentes de marxismo, como China y Rusia. La virtualidad, como lo advertimos antes, choca con la materialidad del poder tradicional a nivel internacional, según la Declaración Conjunta o Pacto de Beijing.

– “La construcción de un entorno abierto ... [el digital, ha de sujetarse a los principios de] no uso de la fuerza, respeto de la soberanía nacional... y la no injerencia en los asuntos internos de otros Estados”, reza aquella, desafiando la lógica de la realidad virtual, extraña al tiempo y al espacio, intentando parcelarla.

En la práctica, entonces, la perspectiva de que la «Iniciativa Global sobre Seguridad de Datos» propuesta por Putin y Jinping como base del diálogo global permanezca sin solución de continuidad en las escribanías diplomáticas, no es nada difícil de predecir. Hace cierto, eso sí, que la gobernanza digital la tendrán y dispondrán sólo las potencias que, como China, a manera de ejemplo, con su tecnología 5G y sus avances con la robótica, logren mayores avances y penetración planetaria; inalcanzables para la mayoría de las naciones. Los habitantes de estas, probablemente los de la sociedad occidental, viviremos como usuarios o dígitos inertes, presas de los Metaversos.

Y si se trata del aparente balance ético que ofrecería a tal gobernanza global el desarrollo verde o el cambio climático, dentro de una perspectiva progresista que se ha hecho denominador común y ve a la persona humana como objeto de las leyes matemáticas evolutivas a las que está sujeta la Naturaleza, China y Rusia apuntan a los habrán de alcanzarlo obligatoriamente, los “Estados en desarrollo”.

– “Las partes se oponen [China y Rusia] a la creación de nuevas barreras en el comercio internacional con el pretexto de luchar contra el cambio climático”, reza la Declaración Conjunta. En suma, verdes los otros, no las potencias citadas, al ser o pretender ser las supremas repartidoras y ordenadoras del poder global. Es lo que aspiran en sana lógica, y que determinaría el final de la guerra.

REZAGOS DE LA SEGUNDA GRAN GUERRA

Los analistas chinos creen que la guerra en curso es de tal gravedad por sus connotaciones geopolíticas, que superará en efectos al ataque terrorista de las Torres Gemelas de Nueva York en 2001; instante, el último, a partir del que se deconstruye y comienza a hacer aguas el Derecho internacional contemporáneo.

Que fue un error táctico y tendrá costos elevados para Putin el haber iniciado la guerra, o que la ha usado como medio de distracción de su dinámica interna, estimulado por o de espaldas a los acuerdos que en la hora previa suscribiera con China, es imposible de juzgarlo en lo inmediato. Otros elementos o incidencias en vías de formación actual cabrá ponderarlos. Pero es una hipótesis razonable si se le da una interpretación ajustada al aspecto memorioso de los acuerdos de Beijing, suponer el carácter concertado y deliberado de la guerra aún en marcha.

– “Defender firmemente los resultados de la Segunda Guerra Mundial y el orden mundial existente de la posguerra”, es lo que se proponen Putin y Jinping, según el pacto que han endosado.

La cuestión es que, a partir de 1989, en lo particular después de agosto de 1991 Rusia pierde su salida a más de la mitad de los 37 puertos que tenía la antigua URSS en el sector europeo, y disminuye al paso su presencia en el Asia.

Desde entonces avanza hacia “una entente paneslavista de identidad lingüística, cultural y religiosa” dentro de cuyo contex-

to explica su tensión con Ucrania, que ha llegado hasta el punto de la agresión. Esta, antes bien, desde el llamado «período de la sospecha» intenta volcarse hacia Europa y dejar de vivir supeditada a lo que considera como “imperialismo” ruso.

Los rusos buscan modificar las fronteras desde entonces, mientras los ucranianos se empeñan en nacionalizar al que fuese el segundo ejército más poderoso del mundo y base del control por parte de aquellos. Y si bien forma Ucrania parte de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) que funda junto a Rusia y Bielorrusia al desmoronarse la Unión Soviética, integrándola con las repúblicas emergentes luego de la caída del socialismo real, se retiraron de esta Georgia en 2009 y la propia Ucrania en 2014 (Aurelio Cebrián Amellan, Estructura regional, globalidad mundial, Universidad de Murcia, 1996)

¿Se trata, por ende, de una recuperación del terreno perdido, que considera suyo e intransferible Rusia debido a las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial; o de reconcentrar el poder nuclear que se ha dispersado y permite a las repúblicas excomunistas mantener su margen de acción libre frente a la gran Rusia? Es esta, en verdad, la cuestión más gravosa que busca resolverse. Por lo pronto ha terminado con un acto de ruptura de la paz y la seguridad internacionales.

Que podría escalar la guerra e involucrar a Occidente, está dentro de las probabilidades, visto lo anterior. No sería un Cisne Negro, reitero. Y que sería letal para la Humanidad y “peor para Putin” como lo cree el analista Hu Wei (U.S.-China Perception Monitor, “Possible Outcomes of the Russo-Ukrainian War and China’s Choice”, marzo 12,2022), tampoco es descartable. Incluso, sin extenderse hacia el oeste y reducido el conflicto a Ucrania, al punto que pueda eyectar a su gobierno, difícilmente tendrá Rusia un ambiente cómodo para lo sucesivo. La resistencia ucraniana no cederá y permanecerá. Es el precio de la estrategia global que ha puesto en marcha el Oriente de las luces.

¿Podrá recuperar Occidente, en especial Estados Unidos el tiempo de inflexión al que se ha sometido voluntariamente durante las últimas décadas? Es posible que así sea, en la medida en que su sincronía con las potencias medianas europeas logre darse y mantener a raya, con eficacia, las provocaciones de Putin; a la vez que desplegando medidas de retorsión eficaces en contra de este, quien podría aliviarlas a través de China, su asociada desde Beijing.

El tema energético y los costos inflacionarios que la misma guerra le significan a Occidente, sin hacer parte directa de la conflagración en curso podrán contribuir al encuentro de una salida, ¿negociada al término, entre USA y Rusia o, mejor aún entre China y USA? Sería lo razonable, como lo enseña Tucídides.

Obviamente, hay quienes dicen y lo predica el mismo analista citado, que le ha llegado una oportunidad a Occidente. Deberá trazar en lo adelante una línea divisoria distinta a la de la Guerra Fría, oponiendo democracias a dictaduras.

La experiencia recorrida entre 1989 y 2019 ha sido, sin embargo, la de la mediocridad democrática, al ahora considerar el Occidente a la democracia como un simple medio o procedimiento para organizar el poder, sin más. Ha dejado de ser lo que comenzaba a ser entre los occidentales hasta mediados de los años '60, una forma de vida o un estado de conciencia. La Agenda de la ONU 2030 no les otorga relevancia a estos asuntos, coincidiendo con las prédicas de Rusia y de China en Beijing o Pekín del 4 de febrero.

EL FORO DE SAO PAULO ES PARTE DE LA GUERRA

No se requiere ser perspicaz para constatar que, todas a una de las realidades e ideas fuerza que se han cocinado en Occidente para su deconstrucción social y política – así en Venezuela y también en Nicaragua como en Perú y ahora en Chile, bajo égida cubana y ruso-china – encontraron como eje articulador inau-

ral al Foro de Sao Paulo; luego a su reconversión progresista, el Grupo de Puebla y el Partido de la Izquierda Europea asociado a ambos. Sus insumos trasegaron a la citada Agenda de la ONU 2030 sobre Desarrollo Sostenible. Pero, todas a una de tales iniciativas, es la novedad, ahora alcanzan y encuentran unidad e interpretación auténtica en el acuerdo Putin-Jinping comentado.

La contracara histórica de este, mirándola por el retrovisor y con algo de hipérbole, es y fue la Declaración de St. James y la Carta del Atlántico, de 1941, y la Declaración de Washington de 1942, en las que Occidente se comprometió a construir una paz duradera sin amenazas de agresión, bajo un régimen de seguridad colectiva afirmado sobre la idea compartida de la inviolabilidad de la dignidad de la persona humana. Todo esto parece estar llegando a su final.

Efectivamente, la posibilidad de que las cuestiones mundiales se conjugasen, normativamente, en favor de la libertad – de allí la consagración de los derechos a la participación política y la asociación, bajo el imperio de la ley y para garantizar al conjunto de los derechos humanos, según la Declaración Universal de 1948 – requería de un poder comprometido con el sostenimiento del sistema de Naciones Unidas naciente, consecuencia del referido Holocausto.

Como sino Rusia, China, Estados Unidos e Inglaterra, desde el mismo Teherán – que ahora forma con las dos primeras la Triple Alianza – fijaron esa estrategia militar necesaria en 1943, concretada en el Consejo de Seguridad de la ONU. Todo esto se ha disuelto, por lo visto.

Putin y Jinping, por cierto, anuncian que reescribirán la historia de esa Segunda Guerra con énfasis en la señalada memoria de los nazis derrotados con sus armas, no reparando, siquiera en entre líneas y en el relato que construyen, en sus mayores víctimas, los judíos. Así que, al mover la primera pieza en el tablero de ajedrez geopolítico naciente, Putin se escuda y excusa en que está persiguiendo a los nazis ucranianos, mientras China se abstiene y guarda el silencio de los cómplices.

Eso sí, en su acuerdo de 4 de febrero avanzan sobre los temas preferidos del globalismo progresista: gobernanza digital, transición verde, identidades, nacionalismos culturales, entre otros. La innovación, sin embargo, es que a diferencia de sus tributarios anteriores se refieren esta vez y de manera expresa a la democracia y al Estado de Derecho.

Lo relevante es que los progenitores del documento de Beijing o Pekín sobre el orden emergente han resuelto que la democracia y los derechos han de ser los que determine cada pueblo, cada nación, a su arbitrio: “Una nación puede elegir las formas y métodos de implementar la democracia que mejor se adapte a su estado particular, basado en su sistema social y político, sus antecedentes históricos, tradiciones y características culturales únicas”, dicen. Y agregan lo que es otro oxímoron, a saber, que la gente de cada país puede decidir democráticamente si su Estado es o no democrático.

Lo que sí es un Cisne Negro, a todas estas y en suma, es que Rusia y China, por lo visto, han podido moverse con la fluidez de los amos por los pasillos de las Américas y Occidente, predicando y financiando la validez de sus dictaduras del siglo XXI.

ORIENTE VUELVE A SU PROTAGONISMO

Como suerte de sino o fatalidad, de regreso sobre nuestros pies tras un largo recorrido de cinco centurias de experiencia a partir del Descubrimiento de América, anonadados otra vez por la guerra, la Pacha Mama, en el siglo XXI, se mueve en sentido inverso al de Colón. Lo constata así el pacto de Beijing.

El oriente euroasiático que aquel buscaba alcanzar transitando desde Occidente y a partir de Andalucía, se nos presenta como el nuevo Occidente, el de las luces sin leyes. Lo manifiestan abiertamente Putin y Jinping.

Rusia y China andan, desde hace treinta años, en búsqueda de realidades que conquistar a través del Pacífico, si bien las economías de este se han colmado de logros por cultivar el modelo liberal. Les perturba que el antiguo Occidente, que para ellos ha dejado de ser lo que es, ose desplazarse más allá de sus fronteras.

Se mueve el Oriente hacia nosotros, los americanos, de un modo preferente. Saben que somos los causahabientes de la envejecida Europa, y seguras Rusia y China de que nos encuentran en desbandada cultural y realengos, practicando el Socialismo del siglo XXI y su matización progresista.

Nos ven, si cabe lo metafórico, como nos veían los primeros adelantados españoles al tocar el sur de nuestro continente en 1498, cuando éramos almas en permanente fuga; nómadas urgidos de ser fijados sobre la tierra, en pueblos de doctrina, para evangelizarnos.

El catecismo de la Nueva Era brega esta vez por entrar en vigor al término la guerra. Que la perderá Rusia, según se afirma y por haber apelado a formas primitivas de violencia ajenas al siglo de la inteligencia artificial en curso, en modo alguno significa que su narrativa o relato intelectual decline. La sociedad occidental la ha acompañado entusiasta, arguyendo su mismo desencanto con la libertad en democracia, al punto que a no pocos de sus gobiernos electos han mutado y les llama Osvaldo Hurtado «Dictaduras del siglo XXI» (Debate, 2021).

LA CRISIS CULTURAL DE OCCIDENTE

Vayamos, pues, a la cuestión de fondo, la de la ruptura «epocal» que medra y explica la guerra que aún permanece en la puerta de entrada y de salida de Oriente con el Occidente de las leyes, hoy incapaz de enfrentar a su dura realidad existencial, signada por las contrariedades e incertidumbres.

Decía el Papa Emérito, Joseph Ratzinger, que “la afirmación de que mencionar las raíces cristianas de Europa hiere la sensibilidad de muchos no cristianos que viven en ella es poco convincente... ¿Quién podría sentirse ofendido? ¿Qué identidad se vería amenazada? Los musulmanes, a los que tantas veces y de tan buena gana se hace referencia en este aspecto, no se sentirán amenazados por nuestros fundamentos morales cristianos, sino por el cinismo de una cultura secularizada que niega sus propios principios básicos”, comenta el Pontífice (*El cristianismo en la crisis de Europa*, Roma, Librería Editrice Vaticana, 2005).

¡Y es que, en la Nueva Era, de acuerdo con el Nuevo Orden Global ruso-chino adoptado en Beijing, sellado con holocausto de inocentes, a saber, con la pandemia y la guerra a los ucranianos, las cuestiones relacionadas con la libertad y sus garantías institucionales abandonan el criterio de universalidad; ese que las soporta y erige como normas de orden público internacional tras la Segunda Guerra!

– “Sólo corresponderá al pueblo del país decidir si su Estado es [o no] democrático”, reza la Declaración Conjunta del 4 de febrero pasado, cuyo texto releemos. Las enseñanzas griegas, que sí son milenarias, con ello se vuelven páginas apolilladas.

La Carta de la ONU y las Declaraciones Americana y Universal de Derechos Humanos, brillando ambas por su ausencia a lo largo de la misma pandemia que separa pueblos y familias ahora distanciados «socialmente», según los acuerdos seguirán siendo “objetivos nobles”, “principios morales”, extraños a lo prescriptivo.

– “Los derechos humanos deben protegerse de acuerdo con la situación específica de cada país y las necesidades de su población”, dicen, al respecto, Putin y Jinping.

Tal desenlace trágico, deconstructivo de los valores concordados entre las civilizaciones en 1948, fue advertido a tiempo por Benedicto XVI. Lo hizo ante sus compatriotas en el parlamento de Alemania.

– “Nosotros, los alemanes, ... hemos experimentado cómo el poder se separó del derecho, se enfrentó a él; cómo se pisoteó el derecho, de manera que el Estado se convirtió en el instrumento para la destrucción del derecho; se transformó en una cuadrilla de bandidos muy bien organizada, que podía amenazar el mundo entero y llevarlo hasta el borde del abismo”, dice el Emérito. Y no le basta.

– “El concepto de los derechos humanos, la idea de la igualdad de todos los hombres ante la ley, la conciencia de la inviolabilidad de la dignidad humana de cada persona y el reconocimiento de la responsabilidad de los hombres por su conducta ... constituyen nuestra memoria cultural...”, agrega con énfasis para intimar luego sobre lo que esperaba de sus interlocutores y no fue: – “Defender [esa memoria] es nuestro deber en este momento histórico”.

¿ES LA HORA DE LAS RECTIFICACIONES?

En suma, más allá del arresto triunfalista y de corte comunicacional norteamericano reciente, como que “el Ejército ruso ha sufrido entre 70.000 y 80.00 bajas desde que inició su llamada operación militar a Ucrania a finales de febrero”, o que son “bastante notables considerando que los rusos no lograron ninguno de los objetivos de Vladimir Putin al comienzo de la guerra”, según afirma desde Washington el subsecretario de Defensa para Políticas del Pentágono, Colin Kahl, lo que trasciende y hemos explicado permanece.

Con la guerra sale Occidente de su Metaverso, de su enajenación y aislamiento virtual, es verdad, acaso para condenar lo que es también su pecado de omisión, a saber, el regreso de la guerra armada en un tiempo de relativismo y deconstrucción durante el que su memoria varias veces centenaria la ha revisado para demandarle cuentas a los muertos, a los conquistadores, en nombre de la libertad.

En el “aquí y ahora” se le tacha a Putin y es válido, pero no lo fue cuando debió hacérselo, en 2014, en el instante mismo en que el gobierno de Ucrania denunciara ante Naciones Unidas la invasión rusa de Crimea y Sebastopol, sin ser atendida.

¿Hace parte de la hipocresía occidental criticar a Putin por su despliegue bélico y a la vez callar una mayoría de los Estados cuando se le expulsa del Consejo de Derechos Humanos de la ONU el pasado 7 de abril, en decisión sibilina – 93 votos a favor, 58 abstenciones y 24 en contra - que contrasta abiertamente con la previa de la misma Asamblea General que condena con firmeza el acto de agresión?

En pocas palabras, la prédica que domina es que todos a uno habríamos de resituarnos en ese “aquí y ahora” para “tener” y previamente “tener que”, según los dictados del capitalismo de vigilancia emergente y sus dictaduras del siglo XXI. El “deber” y “deber ser” o el valor ético comienzan a ser secundarios. Los comentarios huelgan.

Lo veraz es que una pléyade de gobiernos latinoamericanos aún se beneficia de los dineros chinos, atenúa las responsabilidades de Xi-Jinping en la pandemia, y se hacen los distraídos cuando se les señala que China está asociada desde la trastienda con la agresión de los rusos y su incursión armada en la Ruz de Kiev.

La ONU, en suma, somos nosotros mismos, nuestros Estados, nuestros gobiernos, nuestras gentes.

En 2004 pedimos se declarase al 7 de abril como el Día Internacional para la Reflexión sobre el Genocidio en Ruanda, ocurrido en 1994. Fueron asesinados entonces 800.000 ruandesas, ocurrió un genocidio del que fue culpable Naciones Unidas, según los investigadores. Occidente, que vivió el Holocausto, según parece ha perdido la memoria.

Mientras rompe con sus raíces milenarias que le cantan a la vida se ceba con la destrucción de sus íconos, quema iglesias, no mira los genocidios en cámara lenta que tienen lugar a su alrededor, en Nicaragua, Cuba y Venezuela. Le escandalizan, sí, las víctimas ucranianas. ¿Por qué?

Las narrativas de Oriente y Occidente contrastan abiertamente, por lo que se aprecia y en conclusión. No tanto por situarse la guerra en los espacios de aquél y próximos a los de este y a pesar de que la de Oriente bebe de la deconstrucción occidental, cuando por mirarse Rusia y China en una perspectiva de mayor aliento. Imagina el bosque mientras Occidente se tropieza con los árboles.

La guerra debería ser un hito, pues, para la rectificación. Y para que no cristalice la matriz discursiva sino-rusa que estima como “burlas de la democracia” la fijación de estándares sobre esta y que considera “socavan la estabilidad del orden mundial”, lo que procede es oponerle como predicado, la premisa hecha dogma, que se dio la Humanidad total mirándose en el Génesis y, más tarde, luego de recogerse en respetuoso silencio ante los hornos crematorios del nazismo: “La dignidad humana es intangible... fundamento de toda comunidad humana, de la paz y de la justicia en el mundo”, como lo proclama en su pórtico la Ley Fundamental alemana de 1949.

LA INVASIÓN CHINA DE AMÉRICA

¿Podrá Occidente contener a China, visto que China ya ha ocupado a Occidente con sus recursos, y los mismos gobernantes europeos y americanos celebran a diario tal aproximación, por sus beneficios dinerarios?, es la pregunta pertinente y un epílogo apropiado.

Que “China no puede estar atada a Putin y debe ser aislada lo antes posible”, visto que si cae Rusia se verá afectada, pero a la vez el conflicto entre Rusia y Occidente que subyace distrae la

atención de este sobre aquella, cabe como un buen juicio; pero queda comprometido si se analiza el acuerdo entre ambas potencias suscrito el 4 de febrero pasado.

Su amplio marco de proposiciones le sitúa lejos de una «declaración conjunta» y de circunstancia, obra accidental de unos juegos en Beijing. Sin embargo, viendo a Rusia encallejonada, eso sí, China intentará emerger como el gran árbitro. Le ha pedido a Putin negociar y ofrecido apoyo a Ucrania para que encuentre una salida amigable. De tal modo matiza su paridad con su asociada Rusia y se muestra ante USA y el mundo como una “potencia global responsable”. Se lava la cara ante todos y pasan al desván los efectos demoleedores del COVID-19.

Decir Wei que China “debe separarse de Putin y renunciar a la neutralidad ayudará a construir la imagen internacional de China y facilitará sus relaciones con Estados Unidos y Occidente... es la mejor opción para el futuro”, es sólo un buen deseo. No se ajusta al camino conjunto avanzado por aquella con los rusos. A la vez, media todavía un «tour de force» enigmático, saber cuál será el desenlace de la guerra.

La Declaración Conjunta de Beijing entiende y así lo declara, sin ambages, que “la comunidad internacional está mostrando una creciente demanda de liderazgo con miras a un desarrollo pacífico gradual [no instantáneo]”. Y sobre la reivindicación del pasado que hacen sus firmantes, como lo hiciese Ulises para no perder su memoria y regresar a Ítaca, han decidido no estar dispuestos a renunciar a lo que les corresponde a sus naciones en la distribución de poderes pactado al término de la Segunda Gran Guerra, en Teherán, Yalta y Potsdam.

Rusia le ha dado su apoyo textual a la reintegración geopolítica de China. Es su contraprestación.

– “La parte rusa reafirma su apoyo al principio de una sola China, confirma que Taiwán es una parte inalienable de China y se opone a cualquier forma de independencia de Taiwán”, precisa el acuerdo.

China se ha asociado a Rusia, pero le basta con decirle que se opone “a los intentos de las fuerzas externas de socavar [su] estabilidad...”. No va más allá.

Lo cierto, como lo escribiera Zbigniew Brzezinski, “sin Ucrania, Rusia deja de ser imperio, mientras que, con Ucrania sobornada y posteriormente subordinada, se convierte automáticamente en una gran potencia mundial...” (Ana Lázaro, *Ucrania, entre Rusia y Occidente. Crónica de un conflicto*, Barcelona, Editorial UOC, 2015). Ucrania es la joya de la corona, precisa esta.

Vladimir Putin, en una hora en la que se revalorizan las historias mientras Occidente denuesta de la suya propia, arguye que Rusia nace en Ucrania. Ha tenido como su punto de anclaje a la Rus de Kiev durante la Edad Media, fundada en el 882 d.C., luego destruida por los tártaros-mongoles el año 1.240 y de estricta filiación cristiana oriental. Era tributaria no de Roma sino de Constantinopla (Giorgio Pasini, *Il monachesimo nella Rus' di Kiev*, Bologna, ESD, 2011), luego de la conversión de su monarca, a la sazón otro Vladimir, llamado el Santo.

Sólo nos queda, pues, la pregunta crucial que se hace Spengler, ¿qué posibilidad hay de dominar las invisibles fuerzas motrices del devenir? Sólo Dios lo sabe, pero este habría muerto para el Occidente de este siglo.

13 de septiembre de 2022

LA INDEPENDENCIA DE ISRAEL

UN DESAFÍO INTELECTUAL PARA OCCIDENTE
TRAS LA GUERRA EN UCRANIA

DISCURSO ANTE LOS MIEMBROS DEL
INSTITUTO CULTURAL VENEZOLANO ISRAELÍ

Expreso mi sentida gratitud a los distinguidos profesores Sary Levy-Carciente y Freddy Malpica, y a través de ellos a la junta directiva y los miembros del Instituto Cultural Venezolano Israelí, a quienes saludo desde la distancia virtual.

Considero inmerecido el honor de nombrarme orador de orden con motivo de una efeméride de tanta significación histórica, como la independencia del pueblo de Israel. Me pregunté y a mis invitantes les dije que de poco sirven las conmemoraciones históricas si, dentro de ellas, falta la ejemplaridad o no se logra extraer su proyección icónica para las generaciones que nos siguen.

El caso es que creo y sostengo a pie juntillas que lo entonces ocurrido con el nacimiento del Estado judío ha de ser modelador para el conjunto de Occidente, en un momento en el que a este se lo tragan la incertidumbre y le aturden los desafíos de las violencias propias y ajenas que lo están anegando.

La independencia de Israel ha de trasvasar en cuanto a sus fundamentos y para lo sucesivo. El éxito de su Estado y la modernidad científico-tecnológica alcanzada por su pueblo, bajo un clima de libertades en democracia, están fuera de toda discusión. Son aleccionadoras.

¡La cuestión es saber si Israel y las enseñanzas de su milenaria historia han de seguir o no siendo patrimonios universales de la Humanidad, al menos en Occidente!

Ambos se encuentran bajo cuestión a propósito del aldabonazo de esa guerra que ocurre en la puerta de entrada y de salida entre el Oriente de las Luces y el Occidente de las Leyes; y que llega no como un accidente o por algo circunstancial. La agresión

de Rusia, declarada por la ONU como tal, carga a costas otros relatos, distintas cosmovisiones, y son aspiracionales de efectos totalizantes.

Vivimos una hora de quiebre «epocal» para la Humanidad. Es, justamente, lo que debería darle sentido y propósito renovado al manifiesto que lee David Ben-Gurión el 14 de mayo de 1948 en Eretz Israel. De este, diría Tucídides, es un alegato a la razón que sosiega.

La cuestión es que somos testigos de una guerra animada por la reivindicación de legitimidades geopolíticas que se dicen obtenidas tras la Segunda Guerra Mundial, ante un Occidente que se ha declarado huérfano de raíces y se avergüenza de su memoria. No es caso del pueblo judío.

Extrapolando las palabras de don Augusto Mijares, quien defiende lo afirmativo venezolano, Ben-Gurión supo entender que lejos estaba el acto de la independencia que proclamaba de una duda existencial. Optó por el somos, no por el estar. Israel, lo dice, es “un país construido más en las personas que en el territorio”.

Por otra parte, la cuestión de la guerra de agresión rusa – que para algunos puede resultar ajena a sus intereses o al motivo que celebramos y nos convoca – se nos presenta como una paradoja de sentido. Recreamos la independencia del pueblo judío mientras los ucranianos hacen otro tanto al respecto, inmolándose su pueblo en Holocausto.

Una mala decisión – tengo presentes las reflexiones de Harari, profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén (Yuval Noah Harari, “Amenaza bélica”, *The Economist*, 16 de febrero de 2022) – nos regresa a la ley de la selva; a contravía de la experiencia de este tiempo, donde lo único valioso por conquistar es el conocimiento. E Israel lo sabía desde su Independencia hace 74 años, y es el paradigma o modelo a emular.

Tras una penosa historia moderna, una vez como llega el cisma al gobierno monárquico electivo medieval de los eslavos y se eligen príncipes en Moscú, separados de la Ruz de Kiiiv, vive condenado por siglos al infierno de la servidumbre y del despotismo el pueblo ucraniano. No conoce otra forma de vida.

Sus espacios se los reparten las potencias dominantes y al derribarse el comunismo, de suyo predicándose como natural que los ucranianos asumiesen un destino similar, buscan afianzar su independencia. Optan por defender su libertad y vivir la experiencia humana de la democracia con alternabilidad, desde hace tres décadas, a partir de 1991.

¿O acaso esta experiencia, que se cuece tras la caída del Muro de Berlín, no llama o trae a colación la repartición de los grandes espacios vencidos tras la Segunda Gran Guerra sin consideración de su víctima más protuberante, el pueblo judío?

China y Rusia, debo decirlo ante Ustedes, en esta circunstancia, han expresado el pasado 4 de febrero que su cometido es volver al estatus quo de 1945.

* * *

Hace una década o algo más, mucho antes de que la actual pandemia del Covid-19 y la guerra se hiciesen presentes, en similar y tan honrosa ocasión como esta les hablaba acerca de la Paz. La caracterizaba como un derecho humano, aún más, como el derecho a un orden de garantías de todos los derechos que se desprenden de la inviolabilidad de la dignidad de la persona humana.

En la apertura de mis palabras de 2009 les confesaba que “disertar acerca de la paz podía sugerir ingenuidad, hasta representar una provocación innecesaria”. Y es que Harari dice bien sobre esa otra corriente que pesa en el planeta y sostiene que “quienes no creen en la ley de la selva no sólo se engañan a sí mismos, sino que ponen en peligro sus propias existencias”.

Afirmaba antes Ustedes, entonces, que, desde la caída del socialismo real cuando la comunidad de los Estados cede en sus seguridades éticas más que políticas, relaja sus formas de identidad social, lo que es peor, relativiza los valores comunes y universales que renueva el Holocausto, este se nos muestra incapaz de rasgar con fuerza igual a la conciencia contemporánea.

¡Es como si la memoria de nuestra propia dignidad nos hubiese hecho una mala jugada o acaso, como lo diría Miguel de Unamuno, somos presas del culto de actualidad, algo terrible para vida del espíritu!

No exagero al señalar que europeos y americanos ya padecemos los efectos de esa deriva de liquideces culturales – lo constata Zigmunt Bauman – puesta en marcha por el progresismo globalista desde hace tres décadas y que cultiva la fe en el «aquí» y «ahora».

Discernir sobre la paz de un modo renovado, fundada en sólidas raíces, como “convivencia en el orden” y “convivencia en la tranquilidad”, representa un acto de coraje frente al futuro. Desafía a la hipocresía de nuestras élites políticas y diplomáticas.

Harari, con agudeza dice sobre una «nueva paz», visto lo que le ocurre al pueblo ucraniano y apalancada sobre lo inverosímil e inconcebible de las guerras de conquista en el siglo XXI: “El declive de la guerra no ha sido consecuencia de un milagro divino o de un cambio en las leyes de la naturaleza”, afirma, sino de haber aprendido las generaciones modernas y sus gobernantes a “tomar mejores decisiones”. Mas admite que la tendencia acepta excepciones y en mi criterio son muchas y nada excepcionales. Las guerras internacionales se han vuelto guerras internas. El catecismo indolente de Naciones Unidas las ve con distancia y se limita a sugerir entendimientos o diálogos con quienes las provocan: la criminalidad, el narcotráfico, el terrorismo.

* * *

Los flagelos que nos tienen como presas, la pandemia, la guerra, acaso nos retrotraigan al mundo de los miedos durante la Edad Media; esos que describe Delumeau (Jean Delumeau, *El miedo en Occidente: (Siglos XIV-XVIII). Una ciudad sitiada*, 1979) para apuntar al “miedo que angustia”, obra de espantos, de horrores, de carestías, de hambre, de pestes, que se juntan todas durante las guerras. Lo hace el autor para prevenirnos sobre el riesgo de sus ocultamientos y manipulaciones.

Dice este del peligro de sublimar ese sentimiento tan cabalmente humano y extremo, como lo hacen los autócratas y populistas tanto de ayer como de hoy para explotar y dominar a sus víctimas. Y para no hablar de miedos los trasiegan con la ruidosa retórica de lo heroico. La épica se vuelve razón de vida. Es justificativa de las muertes. Y para conjurar esos miedos ofrecen la seguridad, como si fuese la necesidad más valiosa o el único bien estimable dentro de la experiencia de lo humano, en el «aquí» y «ahora».

Georges Duby, autor de *La huella de nuestros miedos* (Paris, 1965), describiendo a ese mundo que intenta sobrevivir mirando más allá de lo visible, aprecia cómo los hombres del medioevo digieren a la “colera divina [así la llaman, que] pesa sobre el mundo y se puede manifestar en diversos azotes”. Todos esperan, ante la adversidad, “asegurarse la gracia del Cielo”.

¿Me preguntarán Ustedes, a qué viene esta digresión en una celebración de independencia? Y vuelvo a lo central para clarificar.

Las ideas de la razón pura y de la razón práctica, fundadas sobre la realidad humana que trasciende y apuesta a la esperanza, más allá de sus contenidos religiosos, es, ha sido y seguirá siendo lo característico de los universales que predica la cultura occidental en su vertiente judía, y en su vertiente cristiana. Es lo que medra en el trasfondo del patrimonio intelectual que nos lega el orden mundial todavía en vigor. No por azar los Estados y sus go-

biernos, y sus independencias, y sus soberanías sobre los asuntos domésticos, todos a uno no pueden franquear impunemente la obligación de respeto a la dignidad humana.

Occidente, sin embargo, es también tributario como el mundo judeocristiano, no lo olvidemos, de la cultura grecolatina y sufre de esa contradicción. “Los griegos no conocen la esperanza, que es el dinamismo fundamental de Israel”. Para los griegos – quienes ven a la historia como causalidad y condenada a repetirse, eso cree Tucídides – contar la historia es hacer el recuento de los hechos pasados.

La cosmovisión de ellos es esencialmente espacial. En cambio, para los israelitas, apegados a la valoración del tiempo y por ende de los procesos que hacen culturas y forjan civilizaciones, mirando desde lo bíblico consideran a la historia para percibir dentro de ella la revelación. Tratan de descubrir la dirección futura de los acontecimientos, destacando su dinamismo proléptico dentro de una historia humana que consideran finalista o teleológica. Los griegos ven, los judíos oyen. (Adolfo Galeano, *Visión cristiana de la historia: Ensayo de escatología*, Bogotá, San Pablo, 2010).

Esta es, en suma, la cuestión agonal que predica el razonamiento de Ben-Gurión al momento de anunciar la independencia de Israel, en 1948.

El «ser» o el «no ser» sobre el que contiene ahora la Humanidad luego del desmoronamiento comunista usando como altar a la cuestión ucraniana, pretende, a fin de cuentas, apolillar el manifiesto leído en su cuna: “Aquí escribió la Biblia y la dio al mundo” el pueblo judío, reza este.

* * *

Israel – prosigue la Declaración de Independencia y que, repito, adquiere inusitada actualidad por sus contenidos – “creó una cultura cargada de significado universal [...] y el pueblo judío mantuvo su lealtad a ella en todos los países en donde permane-

ció en diáspora”. No les basta a los judíos, como tampoco basta a los cristianos dada su prédica de la Resurrección, el mundo del «aquí» y «ahora».

Los miedos del siglo XXI, los de esta hora y que nos inundan, sin embargo, se cuecen en el marco de sociedades desmembradas, que desplazan el significado raizal de la vida y de la vida en democracia y de la personalidad y la ciudadanía como experiencias de lo humano. Occidente se avergüenza de lo que es y por ello derrumba íconos, quema iglesias, reclama de perdones por haber nacido, y hasta ha dado a Dios por muerto para cultivar las enseñanzas de Nietzsche.

En el «aquí» y «ahora» se crean repúblicas imaginarias vaciadas de nación y de culturas. Su objeto es prohijar la amnesia o el revisionismo de la historia, a fin de proclamar otras independencias. Son franquicias u objetos al detal y al arbitrio de sus mandones y traficantes de ilusiones, los dictadores del siglo XXI.

No es difícil desentrañar, por ende, el sentido de lo declarado por Vladimir Putin y Xi-Jinping el pasado 4 de febrero, como proemio de la agresión que aquél desata. Dicen “defender firmemente los resultados de la Segunda Guerra Mundial y el orden mundial existente de la posguerra.... [y] resistir los intentos de negar, distorsionar y falsificar la historia”.

Sensiblemente, de ese orden sólo ponderan los resultados geopolíticos. A la vez, condenando lo que ven de subsidiario por aludir a los elementos éticos que sustentaran a ese orden mundial puesto en crisis terminal con la guerra a Ucrania, Rusia y China anuncian que las relaciones internacionales entrarán en otra etapa que reclama “la transformación de la arquitectura de la gobernanza y el orden mundiales”.

Tras las tres décadas que se cierran con la pandemia de 2019, sobreviene una ruptura de dimensiones inéditas y se privilegia al discurso digital y de la inteligencia artificial. Mi más reciente libro lleva por título: El viaje moderno llega a su final (2021).

Probablemente, como lo creo, la guerra de hoy entre los esclavos es el parto de otra Edad. La evolución geo/bio/morfológica terráquea de más de 40 milenios se verá desplazada y podrá quedar subordinada a la virtualidad e instantaneidad del Metaverso; salvo que la Humanidad, sin intentar revertir la genialidad de esas recientes revoluciones industriales, les imprima el sello humano y su teleología. Leer el manifiesto de Ben-Gurión les sería de muchísima utilidad.

Si la perspectiva que se impone es la del poder y la de la ciencia separados de la razón y de la fe – sea cual fuere la que se tenga – conoceremos otra razón práctica; que sólo se mirará en el “tener” y en el “tener que”. Las ideas del “deber” o del “valer”, fundamentos intelectuales de Occidente, de suyo habrán remitido. Y es este el dilema, repito, lo que está en juego tras los miedos que nos concitan la universalización de las enfermedades y de la violencia, que no sólo se han hecho presentes en la Ruz de Kiiv.

No planteo ni deduzco de mis palabras al Armagedón o la llegada del Apocalipsis. Esa fue la primera impresión del prologuista de mi citado libro, el expresidente del Uruguay Luis Alberto Lacalle Herrera. Al cabo, en líneas más amplias y de cara a lo más novedoso, resume así el pensamiento que compartimos y es de neta filiación judaica y exégesis de la Independencia de Israel: “Ni la globalización ni la pandemia, ni la deriva negativa del medio ambiente lograrán desteñir el concepto de patria. Entre toda la humanidad, que no nos cabe en la mente, ni la familia que implica cierto egoísmo, la categoría país, nación, tierra natal opera como el “ancla del alma”.

* * *

Vayamos, pues, a la cuestión de fondo, para ir concluyendo.

– “Como potencias mundiales con un rico patrimonio cultural e histórico, tenemos tradiciones... de larga data, que se basan en miles de años de experiencia en desarrollo, amplio apoyo popular y consideración de las necesidades e intereses de los ciudadanos”, reza el texto que sellan rusos y chinos y que enciende la mecha de la actual guerra.

¿Los años, entonces, sólo pueden contarse por miles en el distante Oriente de las luces, pregunto y les pregunto a los israelitas con quienes celebramos la efeméride de su Independencia?

Los occidentales del siglo XXI, dependientes de lo instantáneo como los americanos, enconados ante la obra de Cristóbal Colón, se complacen como parias o víctimas de una historia que dice no les pertenece y los ha dejado a la vera, sin raíces. Les maltrata saber que Colón puso su pie y enterró el asta de sus símbolos en esa isla que le perteneciera a Poseidón – donde se funden todas las almas de las que nos hablará centurias más tarde Spengler en *La decadencia de Occidente* (Oswald Spengler, *The decline of the west*, New York, 1926).

– “Han transcurrido en total nueve mil años desde que estalló la guerra, según se dice, entre los pueblos que habitaban más allá de las columnas de Hércules... en manos de los reyes de la isla Atlántida... entonces mayor que la Libia y Asia juntas”, le explica Critias a Timeo, a Sócrates y a Hermógenes. Eso puede leerse en los diálogos de Platón. No había nacido el Navegante genovés que cambiará el rumbo de la historia en el mundo.

En búsqueda del Oriente y su comercio, el gran descubridor, yendo hacia la isla de Zipango o Japón hace 530 años, topa luego desde su Occidente con ese espacio muy antiguo que ignora el mapa de Toscanelli. Eurípides y Heródoto ya lo imaginaban. Aquel habla en su tragedia acerca del mito de Teseo (Hipólito) “sobre los confines de los atlantes”. Era el mar de Atlantis o la Atlántida o la Atlántica sobre la que escribe el último, nuestro primer historiador.

El mestizaje cósmico nuestro, hablo de la América descubierta que ausculta José Vasconcelos (*La raza cósmica*, México, 1966) y se forja desde cuando Europa se instala en estas tierras colombianas haciéndolo mítico, de conjunto y a la vez hizo apolíneos a los atlantes de la modernidad que llega a su final. Nos contuvo como a esas localidades y villas cercadas por cordilleras, que son hijas de la «meditación tranquila», sin que dejásemos de mirar hacia lo alto.

Como contrariedad, asimismo nos tornó fáusticos, desasidos de límites como las gentes que habitan las pampas y llanuras, y que viven en la «física de lo lejano». De suyo, facilitando entender este «acelerador de partículas» espiritual que desborda a toda raza y nace de la proeza de nuestro Ulises - Cristóbal Colón – vino a destacar ese mestizaje, además, lo mágico del alma que se apropia de Occidente. Nuestros originarios explicaban su cotidianidad observando el tiempo y cultivando la exactitud matemática de sus amaneceres y anocheceres. Miraban a la Creación y oteaban en el firmamento, en búsqueda de una «alquimia filosófica» que les develase misterios e hiciese trascender.

Es esta, al cabo, la misma historia sincrética de lo judeocristiano y lo grecolatino que nos ha amamantado, cuyas huellas nos hemos encargado de borrar a partir de 1989.

Es la que silencian los causahabientes del Mundo Nuevo, ciudadanos internautas e hijos adulterinos de la «dialéctica de lo negativo». Prefieren el teatro del absurdo, el de los diálogos de la dispersión. Y dicen escandalizarse tras el regreso de una guerra, pues les perturba en sus ausencias como ermitaños, a la manera de Zaratustra.

La cuestión, en suma, es que cuando la guerra ha vuelto por sus fueros en los límites de un Occidente romano y judeocristiano en camino hacia la deconstrucción, no advertimos los occidentales que aquélla es nuestra propia condena.

Reclamamos para cada hombre, varón o mujer, su divinidad y omnipotencia, empeñados en cambiar la naturaleza de lo humano; cuando lo cierto es que nos transformamos en piezas o dígitos del Deus ex machina: ese recurso de Esquilo y de Sófocles que resucita para dominar sobre la anomia, buscando estabilizar a un género humano insaciable e insatisfecho.

¿O es que la experiencia de la pandemia del Covid-19 con sus más de 6.000.000 de víctimas tampoco nos ha bastado? ¿O no nos hemos percatado del sentido de nuestros distanciamientos sociales, mientras surge el orden de la gobernanza global y de la transición verde?

* * *

Al Papa Emérito, Joseph Ratzinger, víctima propiciatoria de la emergente gobernanza, que es digital y panteísta, razones le asistían al destacar la debilidad agonal de Occidente para comprender el desafío que lo interpela (Joseph Ratzinger, *El cristianismo en la crisis de Europa*, Roma, Librería Editrice Vaticana, 2005).

¡Y es que, en la Nueva Era, de acuerdo con el Nuevo Orden Global ruso-chino adoptado en Beijing, sellado con holocausto de inocentes, a saber, con la pandemia y con la guerra a los ucranianos, las cuestiones relacionadas con la libertad y sus garantías institucionales abandonan el criterio de universalidad de sólido fundamento bíblico y judaico!

- “Sólo corresponderá al pueblo del país decidir si su Estado es [o no] democrático”, proclama la Declaración Conjunta del 4 de febrero pasado. Las tradiciones bíblicas y judeocristianas y el mismo manifiesto de Ben-Gurión perderían, así, todo su sentido.

La Carta de la ONU y las Declaraciones Americana y Universal de Derechos Humanos, brillando ambas por su ausencia a lo largo de la misma pandemia que separa pueblos y familias ahora distanciados, según los acuerdos de Beijing seguirán siendo “objetivos nobles”, “principios morales”, extraños a lo prescriptivo.

- “Los derechos humanos deben protegerse de acuerdo con la situación específica de cada país y las necesidades de su población”, dicen, al respecto, Putin y Jinping.

Tal desenlace trágico, deconstructivo – repito – de los valores concordados en 1948 entre las distintas civilizaciones del mundo, lo advirtió el mismo Benedicto XVI, quien años más tarde renuncia ante su impotencia. Lo hizo frente sus compatriotas en el Reichstag.

– “Nosotros, los alemanes, ... hemos experimentado cómo el poder se separó del derecho, se enfrentó a él; cómo se pisoteó el derecho, de manera que el Estado se convirtió en el instrumento para la destrucción del derecho; se transformó en una cuadrilla de bandidos muy bien organizada, que podía amenazar el mundo entero y llevarlo hasta el borde del abismo”, dice el Emérito. Y añade: – “El concepto de los derechos humanos, la idea de la igualdad de todos los hombres ante la ley, la conciencia de la inviolabilidad de la dignidad humana de cada persona y el reconocimiento de la responsabilidad de los hombres por su conducta ... constituyen nuestra memoria cultural...”. “Defenderla es nuestro deber en este momento histórico”.

La guerra armada en Ucrania se vuelve un hito inevitable por ser palmaria, y es realidad de presente para la rectificación diferida. Y a fin de que no cristalice la matriz discursiva sino-rusa que estima como “burlas de la democracia” la fijación de estándares sobre esta, y que considera “socavan la estabilidad del orden mundial”, cabe oponerle como predicado otra guerra, pero una guerra intelectual. Se trata de acopiar las firmezas de ánimo que despliega la ejemplaridad ucraniana, y la que nos lega Ben-Gurión con la independencia israelí, modelo, qué duda cabe, para la misma Ucrania.

Las libertades prêt-à-porter que celebra el mundo occidental y le disuelven como civilización a fuerza de propulsar derechos a la diferencia e identidades de nuevo cuño – léase, renunciando a sus universales – son el verdadero caldo de cultivo para el re-creo de las tesis de Thomas Hobbes por las izquierdas y las derechas del momento, que se afirman desasidas de toda paternidad.

Antes que conspirar estas, como lo cree Harari, contra las tareas de prevención del cambio climático y de la regulación de las tecnologías disruptivas, favorecen a estas como formas de gobernanza autoritaria necesaria y ante la disolución.

La carrera armamentística de la inteligencia artificial, de no humanizarse su desarrollo y otra vez sujetarse a la racionalidad “de las decisiones humanas”, de las que todo depende – en esto si coincido con el profesor de Jerusalén – bien podría significar el “cierre de un círculo vicioso”: aumento de la carrera armamentística no convencional y el riesgo de “la destrucción de nuestra especie”.

La premisa de la razón ética, de esencia milenaria e intercultural, la renovó la Humanidad una vez como se recoge en respetuoso silencio ante los hornos crematorios del nazismo. Salvarla y defenderla en este instante de «quiebre epocal», es inexcusable. Es políticamente incorrecta, pero evitará lo que a partir de Ucrania sí preocupa en buena lid a Harari: - “Si vuelve a convertirse en norma que los países poderosos devoren a sus vecinos más débiles, eso afectará al modo en que se siente y se comporta la gente en todo el mundo... [pues] la única elección posible es decidir si se quiere ser depredador o presa”.

Muchas gracias
Condado de Broward, 15 de mayo de 2022

**LA DEMOCRACIA OCCIDENTAL
TRAS EL FLAGELO DE LA GUERRA**

PRESENTACIÓN DEL
VII DIÁLOGO PRESIDENCIAL DEL GRUPO IDEA

Han pasado 30 años y algo más desde la reapertura de la Puerta de Brandemburgo, que comunica a los alemanes del Este con los del Oeste.

Agotado el comunismo soviético, en medio de dos grandes revoluciones – la digital y la de la inteligencia artificial – que fracturan el sentido de la historia, por huérfanas de lugar y desasidas del tiempo, tras la predica del desencanto con la democracia sólo han emergido autoritarismos electivos, “democracias al detal” sin columna que las amalgame.

Un complejo adánico nutre a Occidente y alimenta a las corrientes deconstructivas de su ethos cultural y político entre 1989 y 2019. Se cierra un ciclo que destrona principios universales éticos, mientras se despide con la universalización de la pandemia china. Le sigue el aldabonazo de otra guerra, sobre Ucrania, por parte de Rusia, acaso apuntando hacia el año 2049, otros treinta años más.

¿Se cerrarán de nuevo – me pregunto – las puertas que nos comunican con el Oriente, esta vez a través de la Ruz de Kiev? O, antes bien, ¿dichas potencias apenas mineralizan, con sus acciones geopolíticas, el propósito en el que han avanzado desde hace 30 años inundándonos con sus dineros, y tras ellos con sus condicionamientos políticos?

Entre tanto, los occidentales permanecemos distraídos, retraídos y a la defensiva. Destrozamos la estatuaría colombina, quemamos nuestras iglesias, nos avergonzarnos de nuestro mestizaje y, al cabo, evaluamos la cuestión ucraniana como si se tratase de un juego de azar digital que no reclama de esfuerzo – salvo el ajeno – ni compromete nuestro destino.

No olvidemos que, tras las invasiones nórdicas durante el siglo V de la Era cristiana, cuyos cimientos crujen en la actualidad, Flavio Odoacro hizo entrega del manto imperial romano a Zenón, emperador bizantino.

Vladimir Putin y Xi Jinping se dicen orgullos de las civilizaciones milenarias que representan. Lo han declarado a pocos días de iniciarse la guerra y arguyen que habrá paz sólo si aceptamos, desde Occidente – leo el texto concordado – que, “corresponde al pueblo del país [de cada país] decidir si su Estado es democrático” o no.

El caso es que los gobernantes de las Américas, en lo particular quienes intentan ejercer a perpetuidad sus oficios, desde hace tres décadas y sin concluir aún la guerra han endosado la tesis de dichos dictadores.

Dos paneles, pues, conforman el programa de este VII Diálogo Presidencial del Grupo IDEA, “La democracia en Occidente, tras la guerra”.

Uno abordará la cuestión de las citadas democracias al detal, construidas al arbitrio de las dictaduras del siglo XXI y que explotan la deconstrucción social y cultural para sus beneficios. El otro panel es su consecuencia, a saber, discernir sobre el desafío de Occidente para que salga de su Metaverso, para que crezca en libertad y, sobre todo, sepa hacerlo.

Presentaremos al término un manifiesto suscrito por 25 ejefes de estado del Grupo IDEA sobre la democracia y la libertad en la era digital y de la sostenibilidad. Es la obra de un largo período de reflexión para situar la mirada en el porvenir e imaginar al bosque sin tropezarnos con los árboles, como lo enseña Ortega y Gasset. Complementa la Declaración de Madrid de 2020, animada por el expresidente José María Aznar. Los expresidentes Miguel Ángel Rodríguez y Jamil Mahuad, y el profesor José Rodríguez Iturbe de la Universidad de La Sabana de Bogotá, han sido muy generosos con sus aportaciones al respecto.

En la síntesis descriptiva de IDEA que se les ha entregado, se muestran sus actividades desde el 9 de abril de 2015, cuando en Ciudad de Panamá varios de los expresidentes pioneros – Aznar, Calderón, Hurtado, Pastrana, Quiroga – elevaron su voz y la de sus colegas que, en número de treinta y tres, alertaban a la Cumbre las Américas sobre la deriva totalitaria que avanzaba en Venezuela. No se equivocaron.

Un centenar de declaraciones de los expresidentes han puesto bajo la mira de la opinión pública a distintos Estados y gobiernos: – denunciando las rupturas de la democracia o su ausencia; alertando sobre sus riesgos graves; defendiéndola cuando avanza, en medio de dificultades y a contrapelo de una corriente que nos disuelve y retrotrae al tiempo de los odios y los enconos políticos.

Se preguntarán ¿qué se ha logrado en concreto con la práctica de los abajo firmantes?

Las víctimas de violaciones de derechos humanos, es lo invariable y lo afirmo tras mi experiencia de juez interamericano, piden Justicia, que no siempre les llega. La piden sin retardo, y les llega tras años e incluso después de muertas. Pero estas y sus familiares o sobrevivientes, por encima de todo luchan para no verse silenciadas o ser invisibilizadas.

Los expresidentes del Grupo IDEA les prestan sus voces. Las salvan del olvido en medio de la contracultura que no desea memoria o intenta reescribe para falsearla.

Debo decir que el Grupo IDEA conjuga el optimismo con la voluntad. Es el quehacer plural y libre de sus expresidentes, sus artesanos. Pero llegamos a este puerto de cabotaje tras un apoyo sostenido, en soledad, por un venezolano que, junto a su familia, sufriera la pérdida de todos sus derechos. Me refiero a nuestro querido Nelson M. Mezerhane Gosen, empresario y editor de Diario Las Américas. Él, por convicción, se separó de quienes aún creen posible comprar salvavidas a los verdugos de la democracia.

El Miami Dade College ha sido nuestro asiento académico, que es garantía de excelencia y al que llamamos el College de la libertad. Vaya nuestro agradecimiento a su presidencia, invariable en su compromiso.

Concluyo, pues, señalando que el único antídoto eficaz frente a las tendencias deshumanizadoras de la posverdad, la posdemocracia, la posmodernidad reside en la salvaguarda del principio ordenador de la dignidad de la persona humana. Es la base de la civilización nuestra, que se encuentra comprometida.

Byun Chul Han, (“No-cosas, Quiebras del Mundo de Hoy” (*Estudios Filosóficos LXXI* (2022) 191 ~ 217), no por azar, dice bien que “hoy el mundo se vacía de cosas y se llena de información inquietante, [pero] como voces sin cuerpo...”. Y agrega que “como cazadores de información nos volvemos ciegos ante las cosas silenciosas y discretas, incluso las habituales, las menudas, las comunes, que no nos estimulan, pero nos anclan en el ser”.

Tras siete años de peregrinar, en suma, juzgo un deber inaplazable rescatar para nuestra memoria a los soldados de las ideas quienes, dentro del Grupo IDEA, se nos adelantaron en el regreso hacia la Casa del Padre: Belisario Betancur, Armando Calderón Sol, Fernando de la Rúa, Sixto Durán Ballén, Luis Alberto Monge, y Enrique Bolaños.

Miami Dade College,
octubre 25, 2022

APÉNDICE

MANIFIESTO DEL GRUPO IDEA SOBRE
LA DEMOCRACIA Y LA LIBERTAD EN
LA ERA DIGITAL Y DE LA SOSTENIBILIDAD
LUEGO DE LA IX CUMBRE DE LAS AMÉRICAS,
USA, 2022

Los exjefes de Estado y de Gobierno participantes de la Iniciativa Democrática de España y las Américas (IDEA), transcurridos siete años desde el inicio de sus actividades con la Declaración de Panamá adoptada a propósito de la VII Cumbre de las Américas, esta vez, bajo un contexto internacional amenazado por la generalización de la guerra, una vez transcurrida bajo signos contradictorios la IX Cumbre de las Américas, declaramos lo siguiente:

Condenamos, enfáticamente, el acto de agresión ejecutado por la Federación de Rusia contra la nación ucraniana y los crímenes de guerra y de lesa humanidad que son su consecuencia.

Vemos con grave preocupación los efectos que de suyo habrán de derivarse para el mundo, en lo particular para Occidente, por obra de la guerra; todavía más cuanto que, en los días previos a su estallido, China y Rusia, con vistas a las “relaciones internacionales que entran en una Nueva Era” según la Declaración Conjunta que suscriben, afirman como “asuntos internos de los Estados soberanos” las cuestiones sobre la democracia y los derechos humanos. “Sólo corresponde al pueblo del país decidir si su Estado es democrático”, es el predicado de aquella, poniendo en tela de juicio el criterio de universalidad consagrado a partir de la Carta de San Francisco de 1945, a saber, el principio de la inviolabilidad de la dignidad de la persona humana.

I

LAS NUEVAS AMENAZAS A LA LIBERTAD

1. Desde el agotamiento del socialismo real en 1989, cuando la Humanidad hace su ingreso en las Revoluciones Digital y de la Inteligencia Artificial, se ha venido instalando una tendencia global que amenaza los valores de la libertad, la experiencia de la democracia, y el sentido finalista del Estado de Derecho, tal y como fueran concebidos desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial.

2. La pandemia del COVID-19 y el reciente como señalado acto de agresión ejecutado por Rusia contra Ucrania, hacen evidentes los graves trastornos que aquejan al orden internacional y de los Estados, revelando la incapacidad de las organizaciones multilaterales universales y regionales para contener tales amenazas contra el género humano cuando provienen de acciones u omisiones de las grandes potencias.

3. La misma gobernanza digital que avanza en todos los espacios de la actividad humana y no sólo la política o económica, facilitando la expansión de emprendimientos y sus aceleraciones como el tráfico global de informaciones y de datos y la movilización de masas, está siendo víctima de graves interferencias y manipulaciones de origen criminal que fomentan la inseguridad, atentan contra la transparencia y la misma gobernabilidad de nuestras sociedades al ver rotos sus vínculos de confianza.

4. Las agendas políticas y económicas regionales y nacionales avanzan de modo preferente sobre los llamados nuevos temas que impulsa la globalización; desasidas, sin embargo, de todo fundamento antropológico. La libertad, como arbitrio de conciencia y la responsabilidad por las consecuencias de su ejercicio, buscan ser aisladas de su interdependencia con la democracia entendida como forma de vida y con la vigencia de un Estado constitucional de Derecho. No por azar, del conjunto de los 193 Estados parte de la actual ONU sólo se reconocen a 21 Estados

como democracias plenas. Tanto que, al aprobar esta la exclusión de la Federación de Rusia del Consejo de Derechos Humanos por sus palmarios crímenes de guerra y de lesa humanidad, en una importante proporción sus Estados parte se abstuvieron, sumados a los que se oponen.

5. En nuestra Declaración de Panamá, de 2015, a propósito de la VII Cumbre de las Américas, hicimos presente que “La democracia y su ejercicio efectivo, fundamento de la solidaridad entre los Estados, consiste en el respeto y garantía de los derechos humanos, el ejercicio del poder conforme al Estado de Derecho y su sujeción al principio de la alternabilidad, la separación e independencia de los poderes públicos, el pluralismo político, las elecciones libres y justas, la libertad de expresión y prensa, la probidad y transparencia gubernamentales, entre otros estándares; tal y como constan en la Declaración de Santiago de Chile adoptada por la Organización de los Estados Americanos en 1959, luego ampliada y desarrollada por la Carta Democrática Interamericana de 2001”.

6. La Declaración de Madrid que expedimos a raíz de nuestro Diálogo Presidencial de 2020 recuerda, asimismo, que “América Latina existe. Existe como continente propio, como bloque económico, como región surcada por innumerables lazos comunes históricos, culturales y de todo tipo”. Los ideales de libertad y democracia siguen siendo, como lo creemos firmemente, la guía para la construcción de una Latinoamérica que use de forma inteligente e integrada su enorme potencial.

7. Al concluir nuestro Diálogo Presidencial de 2021 observamos que la lucha política viene conduciendo hacia una fragmentación cultural y social que dificulta el diálogo a nivel global y compromete al patrimonio intelectual de Occidente. Frente a los desafíos insoslayables de lo digital y de la inteligencia artificial o la robótica, y ante el delirio de poder que acompaña a no pocos gobernantes en esta hora agonal, recordamos que se impone recuperar en todos los planos la propia dimensión de lo humano y el sentido trascendente de la existencia dentro de la vida ciudadana.

8. La IX Cumbre de Las Américas se ha reunido esta vez bajo el lema “Construyendo un futuro sostenible, resiliente y equitativo”. Costa Rica había pedido públicamente que se trabaje por el “fortalecimiento de la institucionalidad democrática, como un pilar fundamental para la recuperación económica”, y el secretario general de la OEA recomendaba “abordar las transformaciones que requiere la región promoviendo un desarrollo inclusivo y sostenible”, en particular dado el contexto de la crisis mundial generada por el COVID-19. Ha concluido cercada por las dictaduras del siglo XXI y sin resiliencia evidente.

9. Desde nuestra señalada Declaración de Madrid hemos advertido que “podría caerse en la tentación – no cabe duda de que los enemigos de la libertad en el continente y sus aliados extracontinentales lo hacen con abierto desprecio por la dignidad humana – de utilizar la pandemia como coartada para frenar, paralizar o postergar la agenda institucional y económica”. Entre tanto, China y Rusia le demandan a la comunidad internacional no inmiscuirse en tales cuestiones, las de la democracia y los derechos humanos, pues, como lo creen, “socavan la estabilidad del orden mundial”.

10. En medio de las grandes revoluciones del conocimiento que parecen oponer la ciencia o la razón técnica a la razón humana, una libertad mal entendida puede acabar con la misma libertad, al desestimar el valor de la dignidad de la persona. En el ambiente global se aprecia y tiene reflejos claros dentro de nuestras naciones, un fuerte movimiento que considera prescindibles los valores éticos de la democracia y los imperativos del Estado constitucional de Derecho. Al cabo, la comunidad y el orden internacional son la cara de los mismos Estados que la forman y les tiene como sujetos. Por consiguiente, la lucha por la defensa universal de los derechos humanos en el marco inexcusable de las instituciones democráticas y bajo el imperio de un Estado constitucional de Derecho, se hace agonal para el mundo occidental y es la base de la unidad en la diversidad de las culturas.

II

HACIA UN AUTÉNTICO CRECIMIENTO EN LIBERTAD Y CON DIGNIDAD

11. Creemos que asumir el desafío de crecer en libertad es ahora no solo posible, es necesario e imperativo. “Ese principio de libertad que va creciendo a medida que crecen los siglos, y que progresa en el hombre, es la idea madre de toda la civilización, es el espíritu inmortal de toda nuestra historia” en Occidente, lo señala el historiador hispano Emilio Castelar y Ripoll (1832-1899) y es criterio que compartimos.

12. En la Declaración de Madrid sobre Crecimiento en Libertad hemos hecho constar que “la agenda latinoamericana de futuro basada en la defensa de la democracia, del Estado de Derecho, de la libertad de las personas y de la estabilidad económica e institucional, no sólo no debe postergarse sino acelerarse al máximo; incluso para conjurar los graves desafíos que hoy se le plantean a la institucionalidad democrática en no pocos [de nuestros] países”.

13. Hemos de repetir con énfasis, esta vez, que Latinoamérica debe tener un papel en la agenda global. América Latina necesita tiempo y recursos para superar el paso atrás que le significan la pandemia y los efectos económicos y sociales globales de la cruel guerra de Rusia contra Ucrania. Necesita de oportunidades para consolidar sus mejoras institucionales que, en los países más desarrollados costaron conseguir y luego consolidar; pero eso sí, en lucha abierta contra la corrupción, el narcotráfico y el crimen organizado, la informalidad económica y la falta de seguridad jurídica, como pesadas losas que se perpetúan en varios de nuestros países.

14. América Latina, para ganarse el futuro con estabilidad ha de diseñar una estrategia regional de crecimiento democrático que sostenga los indispensables contrapesos institucionales y ciudadanos; que permita el acceso conjunto de sus países a los

mecanismos financieros y de cooperación internacionales, jerarquizándose las prioridades; que fortalezca su integración y el comercio intrarregional, valiéndose del acortamiento de las cadenas de valor y apoyados estos en la seguridad jurídica. No olvidando, como línea irrenunciable, la construcción de plataformas sociales, económicas y políticas guiadas por la idea de dejar atrás los mitos ideológicos, forjando utopías realizables, animadas por una actitud ética que brote de la libertad y de los valores humanos universalmente compartidos.

III

15. Para Occidente, en suma, la pandemia y la guerra han de ser y verse como una oportunidad para las enmiendas retrasadas desde 1989 a raíz del derrumbe de la Cortina de Hierro. También y, sobre todo, acicateados por las enseñanzas del pueblo ucraniano víctima de la resurrección de otro mal absoluto, para que reivindicemos los valores éticos fundamentos de nuestra cultura y el ejercicio responsable de la libertad, relajados a lo largo de las tres décadas que cierran con el COVID-19 y que encuentran sus más trágicos paradigmas en Cuba, El Salvador, Nicaragua y Venezuela.

25 de octubre de 2022

ÍNDICE GENERAL

| | |
|----------------------------------------------------|----|
| PRESENTACIÓN de José RODRÍGUEZ ITURBE | 15 |
|----------------------------------------------------|----|

EL «QUIEBRE EPOCAL». DESAFÍOS DEL HUMANISMO EN OCCIDENTE

| | |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Preliminar | 31 |
| Las tendencias direccionales en 1989: Venezuela y las élites políticas, ajenas al contexto | 35 |
| La simulación de la paz..... | 38 |
| Marxismo de conveniencia y democracia de utilería | 42 |
| La primera reconversión, el Foro de São Paulo..... | 48 |
| El Grupo de Puebla, en las aguas bautismales del pro- gresismo..... | 54 |
| Hacia una nueva síntesis antropológica: dignidad humana y conciencia de nación..... | 59 |
| Hacia la comunidad de un pensamiento práctico | 63 |
| La respuesta del Humanismo cristiano, un epílogo breve..... | 67 |

CIUDAD-NACIÓN Y GLOBALIZACIÓN: ENTRE LA RAZÓN DEMOCRÁTICA Y LA TÉCNICA

| | |
|---------------------------------------------------------|----|
| Universales y particulares como en la escolástica | 75 |
|---------------------------------------------------------|----|

| | |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| El derecho a la democracia | 78 |
| Deconstrucción de la democracia y ciudad-nación espon- tánea | 82 |
| Ciudad-nación vs. Estado nacional..... | 88 |
| Las enseñanzas de Fichte | 90 |
| El derecho a la paz, dentro de la localidad | 92 |
| Los causahabientes de Antonio Gramsci, ¿tontos útiles del capitalismo de vigilancia? | 96 |
| El «quiebre epocal»..... | 100 |
| El neoconstitucionalismo, ¿un errado camino?..... | 104 |
| Breve epílogo | 110 |

**LA CONCIENCIA DE NACIÓN: RECONSTRUCCIÓN
DE LAS RAÍCES VENEZOLANAS 115**

**DESPERTARÁ OCCIDENTE
DESPUÉS DE LA GUERRA**

| | |
|---------------------------------------------------|-----|
| Preliminar..... | 131 |
| Los acuerdos de mayo en Venezuela..... | 133 |
| No se trata de un Cisne Negro..... | 135 |
| Una guerra de vieja data, en momento agonal | 136 |
| La Rus de Kiev..... | 139 |
| La respuesta de un Occidente fragmentado | 142 |
| La Era Nueva y la Triple Alianza | 145 |
| Rezagos de la Segunda Gran Guerra | 149 |
| El Foro de Sao Paulo es parte de la guerra..... | 151 |
| Oriente vuelve a su protagonismo | 153 |

| | |
|------------------------------------------|-----|
| La crisis cultural de Occidente..... | 154 |
| ¿Es la hora de las rectificaciones?..... | 156 |
| La invasión china de América..... | 158 |

**LA INDEPENDENCIA DE ISRAEL, UN DESAFÍO
INTELLECTUAL PARA OCCIDENTE TRAS LA
GUERRA EN UCRANIA 161**

**LA DEMOCRACIA OCCIDENTAL TRAS EL FLAGELO
DE LA GUERRA PRESENTACIÓN DEL
VII DIÁLOGO PRESIDENCIAL DEL GRUPO IDEA..177**

APÉNDICE

**MANIFIESTO DEL GRUPO IDEA SOBRE LA
DEMOCRACIA Y LA LIBERTAD EN LA ERA DIGITAL
Y DE LA SOSTENIBILIDAD LUEGO DE LA
IX CUMBRE DE LAS AMÉRICAS, USA, 2022**

| | |
|----------------------------------------------------------------------------------|------------|
| I. LAS NUEVAS AMENAZAS A LA LIBERTAD | 186 |
| II. HACIA UN AUTÉNTICO CRECIMIENTO EN LI- BERTAD Y CON DIGNIDAD | 189 |

Verba volant, scripta manent

"Corresponde al Humanismo sostener el patrimonio ético y judeocristiano nacido del Holocausto. Ha de fijar la primacía de la inviolabilidad de la dignidad humana por sobre el tiempo y los espacios, para que no pierdan éstos su teleología... [Debe] asumir como aspectos ineludibles del pensamiento y la acción política contemporáneos, desde una renovada perspectiva antropológica que salvaguarde el citado principio inalienable de la dignidad de la persona humana, el necesario escrutinio de los temas de la agenda global en sus distintas versiones, a los que no puede ser ajeno (Foro de Sao Paulo, Grupo de Puebla, ONU 2030, Foro de Davos, Manifiesto ruso chino de Beijing). Otra, frente al panorama de deconstrucción cultural y social en marcha – de destrucción de sólidos y de liquidez cultural como los predica Zygmunt Bauman (Modernidad líquida, México, FCE, 2000) cabe de pertinente postulare la reconstrucción de la idea de la nación como hecho cultural y fortalecer la conciencia de nación, a fin de que las gentes que la forman no sean víctimas del huracán deconstructivo que busca cosificarlas, y para que atadas a sus raíces puedan forjar una utopía de convivencia humana posible y realizable".

Asdrúbal Aguiar

“Para entender este libro de Asdrúbal Aguiar hay que hacer referencia al quiebre epocal, para lograr cabal comprensión del contexto cultural-histórico en el cual debe realizarse la tarea hermosa, pero larga y difícil, de superación de la deconstrucción mediante el redescubrimiento y la reformulación de nuestra conciencia de nación... El gran debate cultural del presente no es otro que el que se libra entre quienes afirman la inmortalidad de la civilización que está muriendo, y ven, además, su evolución progresista en el desarrollo de lo anti humano y transhumano; y quienes, por el contrario, consideran que solo replanteándose los supuestos filosóficos de base del mundo que concluye, haciendo una cruda valoración crítica de su huella y de sus resultados históricos, puede formularse una propuesta alternativa y abordarse la tarea, cultural y política, de la construcción de un mundo mejor, en el cual la dignidad de lo humano esté revalorada, reconocida y protegida...”.

José Rodríguez Iturbe